

ESPIGA DE JUNIO

(Antología)

CARLOS PELLICER

EDICIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE
YVETTE JIMÉNEZ DE BÁEZ

23/50

D E M

3 6

12 13 14 15

19 20 21 22 23 24 25

26 27 28 29 30 31

JULIO

E c f e



TIERRA FIRME

ESPIGA DE JUNIO

CARLOS PELLICER

ESPIGA DE JUNIO

(Antología)

Edición, prólogo y notas de
YVETTE JIMÉNEZ DE BÁEZ



EL COLEGIO DE MÉXICO
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición, 1998

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
—incluido el diseño tipográfico y de portada—,
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,
sin el consentimiento por escrito del editor.

D. R. © 1998, EL COLEGIO DE MÉXICO
Camino al Ajusco, 20, Pedregal de Santa Teresa; 10740 México, D. F.

D. R. © 1998, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-5602-4

Impreso en México

A mi nieto JUAN FRANCISCO,
que ama el agua en todas sus formas desde que nació

A mi nieta ANDREA,
que desde sus primeros meses se entusiasma
con la lectura de los poemas de Pellicer

¿Dónde encontrar una palabra nueva
para ti, junio, que las tienes todas?
Campo de espigas, vasta compañía.
C. PELLICER, "Tres recuerdos", *Otras
imágenes*

I. APUNTE PREVIO

ACERCARME a los poemas y poesías de Carlos Pellicer ha sido una aventura gratificante. Pellicer buscaba el orden luminoso que subyace en la pluralidad desbordada del mundo que le tocó vivir, no por abstracción de sus componentes y sucesos, sino por la disposición de ánimo que quiere abarcar lo aparentemente diverso e inabarcable. Tendencia integradora que asume la dimensión encarnada del hombre y su historia; de una historia, a su vez, del espíritu, que lo impulsa a trascenderse y lo hace reconocerse como criatura y partícipe del aliento creador. Y es, antes que nada, persona en constante asombro ante el entorno natural. La suya es una embriaguez de los sentidos que busca el sentido. En ese estado de búsqueda constante, el poeta canta amorosamente a la vida y al hombre cercano a su plenitud. Cuando se aproxima al misterio, sin embargo, la palabra es precisa y canta lo esencial.

Por eso, más que una antología, he preferido ofrecer a los lectores una selección de poemas que muestre todas las facetas de la obra pelliceriana. No hacer parcelas, sino presentar la amplia gama de matices de su expresión y de su sensibilidad. Que *Espiga de junio* sea ese libro deseado que tanto elogian escritores y lectores, porque va cómodamente con nosotros; y que sea, a su vez, un ir de la mano con el poeta y su mundo.

Para la selección, me he basado principalmente en la segunda edición de Carlos Pellicer, *Obras. Poesía* (FCE, 1994). En cada poema me limito a indicar el título y la fecha del libro en el que se publicó por primera vez. Para el lector interesado, al final de la selección hay una lista con la referencia bibliográfica más completa y, al final del estudio, una bibliografía de las obras citadas.

Es el tiempo y el espacio de agradecer a Carlos Pellicer López el permiso para publicar la selección de poemas. También su lectura detenida y su comentario entusiasta a la primera versión de mi trabajo, "*Poema y poesía*" en la obra de Carlos Pellicer.

Agradezco además a Grissel Gómez Estrada la captura de los poemas y otros detalles que atenuaron la premura del tiempo. A Rafael Velasco, a Alejandro Guevara Arteaga y a mis hijas Margarita e Yvette, su ayuda eficaz en los avatares últimos de la impresión y cotejo del manuscrito.

Y nada más... Que la lectura del poema haga posible la Poesía.

YVETTE JIMÉNEZ DE BÁEZ

Ciudad de México, 26 de junio de 1997

II. "POEMA Y POESÍA"
EN LA OBRA
DE CARLOS PELLICER

“POEMA Y POESÍA” EN LA OBRA DE CARLOS PELLICER¹

Pellicer no es un poeta de moda. Pero cuando se ha escrito tan prodigiosamente bien como él lo ha hecho, la única alternativa a no estar de moda es ser un clásico... el más joven de nuestros clásicos.

JOSÉ EMILIO PACHECO, “Homenaje a Carlos Pellicer”, 1969²

Como esa luz que el tiempo cristaliza,
es tu ansiedad de ser lo que perdura:
alba sin tedio, fuego sin ceniza.

De JAIME TORRES BODET a CARLOS PELLICER,
“Hora de junio”, 1958³

ENTRE el “poema” y la “poesía”, el poeta Carlos Pellicer eleva su voz y busca, festiva y amorosamente, resolver la fisura entre la creatura y su Creador (entre el hombre y Dios; entre poema y poesía, entre la historia y el ideal de armonía y liberación; entre el caos y el orden que surge de la comunión solidaria y el sentido subyacente entre las cosas).⁴

Esta inquietud motiva todo el quehacer del hombre y el poeta Pellicer, y se manifiesta en una poética del instante que reconoce

¹ Primera versión integral, revisada y ampliada, de un artículo que publiqué en dos partes: *Jiménez de Báez* 1992 y *Jiménez de Báez* 1994. En las referencias que hago a la selección de poemas, pondré *Espiga*, seguido del número de página correspondiente.

² *Pacheco* 1969, p. 32.

³ El poema de Jaime Torres Bodet es un claro homenaje al libro *Hora de junio* de Carlos Pellicer. Aparece recogido en *De la Selva* 1977, pp. 85-86. También en *Torres Bodet* 1961, pp. 180-182.

⁴ La distinción que establece Pellicer entre “poema” y “poesía” es clave de lectura que se irá precisando a lo largo del estudio.

los puntos luminosos en que se muestra la plenitud, en el tiempo y espacio de la historia: la unión, por un instante apenas, de los términos que no se alcanzan y se buscan incesantemente.

Asociado con esta búsqueda “alta” que compromete todo el ser y su asombro ante el mundo, está el tema de la juventud. Razón tiene José Emilio Pacheco⁵ cuando aclara al lector que lo clásico de Pellicer pierde la pesantez de lo institucionalizado, y más bien se asocia con el reconocimiento de que se ha logrado asir la clave de la juventud: el estado siempre naciente —por inacabado—. Es lo que también reconoce su contemporáneo Torres Bodet en el poema que le dedica, “Hora de junio”, uno de cuyos tercetos he puesto como epígrafe de este trabajo.

Desde sus primeros libros, Pellicer canta a este estado juvenil que brota del proyecto hondo del espíritu. Por eso no extraña, desde muy temprano, la triple aparición en su obra de una breve estrofa que tiene en su estilo aires modernistas:⁶

ETERNIDAD

Divina juventud, corona de oro,
ventana al Paraíso.
¡Te poseo total! (La muerte no figura
en el reparto íntimo.)
Oíd lo que cantan las musas:
enciende la noche, ha muerto el destino.

En *Hora y 20*, 1927, se encuentra otra estrofa próxima a ésta. Disminuyen en ella las alusiones a lo trascendente (“divina juventud”, “ventana al Paraíso”). Queda intacta sin embargo la relación juventud-inmortalidad. El aire festivo se acrecienta y envuelve a la pareja amorosa y juvenil que junta simbólicamente el oro y la plata de sus copas:

⁵ Pacheco 1969, p. 32.

⁶ Esta primera versión se publicó en *6, 7 poemas 1924* (cf. *Espiga*, p. 99). Después, con muy ligeras variantes, apareció en *Exágonos 1941*, en *Pellicer 1981*, p. 268.

Tengo la juventud, la vida
inmortal de la Vida.
Junta, amiga mía, tu copa de oro
a mi copa de plata. Venza y ría
la juventud, suba los tonos
a la dulzura de la dulce lira.

Es un estado en que la belleza se muestra en el nivel ágil e inmediato de lo humano ("poema"). Descubrir ahí, el tiempo propio, generador de la vida, será un quehacer preparatorio en el camino hacia la "poesía":

En tu Universo propio hay una hora
inaugural de tu destino:
¡líbrate de no escucharla, cuídate de no sentirla!
y haz de tu vida un tiempo joven
que centralice todos los caminos.⁷

En otro momento de la escritura, el sujeto poético advierte que esa juventud asociada con la eternidad presupone la presencia cotidiana, alada, de "un poco de Cristo". La intuición poética de Pellicer es precisa en su saber teológico. A Cristo nunca le conoceremos en su totalidad, pero participamos de su presencia actuante y transformadora: "El mundo será joven cuando un poco de Cristo / se nos familiarice cual paloma en el hombro".⁸

Un proyecto de vida trascendente, como el de Pellicer, informa al hombre y a la historia. Conviene entonces entenderlo como proceso que se gesta en un contexto histórico particular y colectivo, y una presencia activa del sujeto en ese mundo que es, al mismo tiempo, acicate de la escritura y objeto de su acción sobre la historia.

⁷ Fragmento de "Divagación del puerto", *Espiga*, p. 249.

⁸ "Surgente fin", *Cuerdas, percusión y alientos 1976* (*Espiga*, p. 242).

El movimiento revolucionario de 1910 en México, entendido en toda su complejidad y amplitud, es un punto de referencia y de comparación ineludible cuando se pretende deslindar alguna de las manifestaciones sociohistóricas del siglo xx mexicano. Sin lugar a dudas, es también el caso de la producción cultural, con todo lo que implica de modalidades y gradaciones diversas de cambios de mentalidad, que responden a la interacción entre los sujetos y las condiciones estructurales de su tiempo.

En este sentido, por ejemplo, al hablar de "grupos" me refiero siempre a tendencias dominantes que no neutralizan las contradicciones internas en favor de una caracterización estática y formulaica de los procesos. La posibilidad y la necesidad histórica de establecer marcas aglutinantes deberán así destacar las diferencias individuales y colectivas (por negación, transformación o recreación profunda de lo dado o coexistente). También deben tomarse en cuenta los desfases que suelen ocurrir entre las ideas estéticas compartidas con otros o asumidas individualmente, y las obras concretas. Además, siempre habrá diferencias cualitativamente determinantes en los modos específicos de objetivarse cada obra. De ahí la autonomía relativa de toda producción cultural, y la dificultad para ubicar adecuadamente (nunca simplemente) las figuras cuya producción desborda las tendencias dominantes, sin ser ajenas a ellas. En esos casos habrá que afinar los análisis y poner especial atención en las mediaciones particulares.

Estos principios, entre otros, dificultan el estudio de un "grupo" como el de Contemporáneos en la literatura mexicana, y dentro de éste el de una figura como la de Carlos Pellicer Cámara.⁹ Si

⁹ Por única vez me referiré al poeta con sus dos apellidos, como solían hacerlo, según Salvador Novo, los del primer grupo de su generación a la usanza de Pedro Henríquez Ureña (*Novo* 1928, p. 36). El tiempo, sin embargo, ha dado autonomía a su apellido paterno y basta nombrarlo como Pellicer para reconocerlo. Además, es algo que el poeta asumió en algún momento. En los *ex-libris* de sus libros que la familia donó a la biblioteca de El Colegio de México resaltan en negro las iniciales "CP", sobre

bien no puede hablarse de un vacío de la crítica, ésta se “está haciendo” como diría Villaurrutia,¹⁰ pues muchos de los trabajos dedicados a Contemporáneos y a la poesía de Pellicer suelen eludir (por simple omisión o ligereza en el tratamiento) aspectos determinantes para su comprensión,¹¹ sin negar los luminosos aciertos. A veces estos últimos se encuentran más en el apunte inteligente y sensible que en el comentario detenido de los textos.

Ante el proceso revolucionario de 1910, la literatura mexicana adopta dos modalidades principales. En una, la narrativa de la Revolución pretende rendir un testimonio de los hechos que pasa, en muchos de los casos, por la experiencia directa. No obstante, siempre actúa la rejilla seleccionadora de los materiales, conforme la focalización y los puntos de vista de las voces discursivas.

un cuadrado de papel blanco. Además, a juzgar por documentos publicados en la iconografía que editó Carlos Pellicer López, su padre y su abuelo paterno sólo usaban el apellido Pellicer (*Pellicer López* 1982, pp. 17-18; 22) y el poeta, en lo que tal vez sea su “primer autógrafo”, pone Carlos Pellicer (*id.*, p. 40), forma que aparece también en la boleta de calificaciones del Instituto San Francisco de Borja en 1909 (*id.*, pp. 45-46). En el recordatorio de su Primera Comunión aparece como Carlos Pellicer C. (*id.*, p. 43), modalidad que se repite al reverso de una foto de su abuelo paterno con fecha de 1954 (*id.*, p. 18). Sólo en un retrato tomado en Bogotá, y dedicado a sus padres el 12 de septiembre de 1919, el poeta pone Carlos Pellicer Cámara (*id.*, p. 55). En cambio, en su pasaporte de 1922 y en un menú del mismo año que firma junto con Vasconcelos y Julio Torri, aparece como Carlos Pellicer (*id.*, pp. 59-60). Me inclino a pensar que ésta fue la forma que tendía a usar, tal vez por la tradición familiar (la madre firma Deifilia C. de Pellicer), y porque el uso de los dos apellidos fue, efectivamente, una moda. Sin embargo, Guillermo Sheridan, comentando este punto, con motivo de un soneto de ocasión en el que Pellicer alude al tema, afirma que “recientemente ha dejado de usar el Cámara” (*Sheridan* 1991, p. 21). De ahora en adelante me referiré a él como Carlos Pellicer o Pellicer.

¹⁰ *Villaurrutia* 1940, p. 196. Para Villaurrutia, toda obra tiene este carácter proteico. Por ejemplo, lo mismo afirma de los personajes novelescos: “Los personajes de la novela *están siendo*” (*Villaurrutia* 1931, p. 56).

¹¹ Considero que, muchas veces, hay una censura ideológica tácita en la crítica a Pellicer. Algunos tienden a sacarlo del grupo de los Contemporáneos por su actitud comprometida ante la historia; otros (que pueden ser los mismos) cuestionan de algún modo su compromiso. Esta ambigüedad quizá se deba al hecho de que la poesía pelliceriana de carácter nacionalista o político se concentra, por lo general, en los grandes héroes. Más adelante volveré sobre este aspecto de su obra, relacionado con su vida. Un cliché frecuente es la imagen, un tanto estereotipada, del poeta sensorial, exuberante, colorista, volcado hacia el exterior, sin más, es decir, tendiente a la dispersión.

sivas. En otra, se tiende a la búsqueda de una respuesta liberadora desde la literatura misma, en tanto modo particular de trabajar y organizar el lenguaje. Sin embargo, lo que a primera vista parecería una escisión tajante en términos de dos modos antagónicos de asumir la historia sociocultural, se matiza si se observa desde perspectivas más profundas y abarcadoras.

Una de esas perspectivas corresponde al campo de la historia de las ideas. En este sentido, ambas modalidades literarias presuponen la transformación de una visión del mundo modelada por los parámetros rígidos del positivismo cientificista y pragmático (determinado por las leyes físicas y sociales) a una visión del mundo regida por la filosofía del cambio, del dinamismo centrado en la libertad del espíritu, que devolvía al hombre su capacidad para ser sujeto de la historia, creativa y libremente. En el primer caso, la ley basada en la experiencia práctica determinaba una ética utilitarista y la política. En el segundo, se partía del principio de que la materia es mutable (lo cual vulnera la inmutabilidad aparente del orden social), y del postulado bergsonianiano de que todo proceso vital supone un doble movimiento en contrapunto (ascenso del espíritu, descenso de la materia), que sustenta teóricamente la posibilidad anhelada del desplazamiento de los grupos sociales y del cambio político necesario. No obstante el cambio, se postula un principio de permanencia identificado como el impulso vital que hace ilimitadas las posibilidades de transformación y recreación.¹²

Para Alfonso Caso, maestro de las nuevas generaciones —quien a su vez sigue a Bergson—, el arte tiene una función desinteresada que se opone “al imperativo biológico del menor esfuerzo”.¹³ Los artistas, además, tienen natural acceso al “tono especial” de la existencia, y cumplen

¹² Sobre este cambio de mentalidad, véase *Zea 1943*, sobre todo los capítulos II-V de la sección décima, pp. 434-462; también el ensayo que publicó Arnaldo Córdova, “¿Espiritualismo o positivismo? La filosofía de la Revolución mexicana” (*Córdova 1975*, pp. 124-142).

¹³ Cf. *Caso 1957*, p. 53, y *Zea 1943*, pp. 453-455.

su vida estética, impelidos por un resorte oculto que los relaciona secretamente con las cosas; se hacen cómplices de ellas, las pintan, las esculpen o las expresan tan naturalmente como los otros hombres las aprovechan. En esta divina complicidad con el ser individual de cada cosa o ente estriba el arte. Ella es el secreto de la intuición estética [*Caso 1957*, p. 53].

Éstas son algunas de las premisas que orientan las inquietudes de la generación del Ateneo de México, que desde el punto de vista de las ideas y de la cultura anuncia la necesidad del cambio, aunque su práctica efectiva social se ve limitada por la diáspora del exilio, unas veces voluntario; otras directamente provocado por la circunstancia social; en un caso como el de Julio Torri, manifestado como una condición individual, interna y, en todos los casos, propiciado por los hechos históricos desencadenantes: la muerte de Madero, la llamada Decena trágica y el huertismo. Llegan, sin embargo, a organizar la Universidad Popular Mexicana (1912) con métodos ágiles de enseñanza (conferencias, talleres, cursillos, centros, etc.). También se crea en 1913 la Escuela de Altos Estudios.

La siguiente, la Generación de 1915 o de Los Siete Sabios, se formó sin un magisterio definido (salvo por la presencia de Antonio Caso y de Vasconcelos). Tuvieron más bien una impronta neopositivista, una fuerte preocupación por neutralizar las contradicciones de la Revolución, y un marcado interés por la vida pública y por la creación de instituciones.

Serán los Contemporáneos, entre los años veinte y los años treinta, los que retomarán la orientación de los ateneístas. De hecho, inicialmente algunos se organizan en un segundo Ateneo, como bien lo ha señalado la crítica. También ellos buscan el rigor, nuevas modalidades de creación, el cambio y la apertura hacia otras literaturas y manifestaciones culturales. Baste recordar la presencia del modernismo, de la literatura francesa, la generación del 98 española seguida de la del 27 (Machado, Juan Ramón

Jiménez, Miguel Hernández, Aleixandre), y en México los vasos fertilizantes complementarios que son Alfonso Reyes y Ramón López Velarde.¹⁴

La conocida polémica de 1925, encabezada por Julio Jiménez Rueda y Francisco Monterde, contrapone abiertamente la literatura centrada en la manifestación del proceso revolucionario con toda la fuerza "objetiva" que se identifica como arte "viril", y la literatura de carácter esteticista que se asocia, por contraste, con la evasión, la preocupación por la forma y la excesiva sensibilidad. Todavía en años recientes un crítico como Emmanuel Carballo habla de la desmesura de Carlos Pellicer y de sus "meli-fluos" contemporáneos.¹⁵

Contrastes de este tipo tienden a borrar las contradicciones internas de los movimientos. En el caso de los Contemporáneos considero, además, que la biografía particular de muchos, en manos de una crítica miope, ha funcionado como una mediadora que enmascara los posibles puntos de contacto y recepción entre ambas modalidades literarias. En este sentido es ejemplar el caso de Mariano Azuela; también el de Martín Luis Guzmán, aunque en menor grado, y, sin duda, el de Carlos Pellicer.

Paradójicamente, *Los de abajo*, escrita por Azuela entre 1914 y 1915, dentro de la polémica de 1925 se constituye en el paradigma de la llamada "literatura viril" y tiene, al mismo tiempo, una recepción positiva dentro del grupo de Contemporáneos. La presencia de Mariano Azuela en el "grupo" es constatable incluso en fotografías de la época;¹⁶ Xavier Villaurrutia dedica una nota crítica a *Los de abajo* en *La Voz Nueva* (1931),¹⁷ y en la revista

¹⁴ Sería interesante profundizar en el fenómeno ¿paralelo? de los formalistas en Rusia y su "polémica" con el círculo bajtiniano; también, por ejemplo, en las modalidades vanguardistas argentinas que explican la obra de un Macedonio Fernández y después de un Borges.

¹⁵ Cf. Carballo 1965, p. 223.

¹⁶ Cf. Homenaje 1982, pp. 6-7. También en Pellicer López 1982, p. 91.

¹⁷ Xavier Villaurrutia, "Sobre la novela, el relato y el novelista Mariano Azuela", en Villaurrutia 1931, pp. 56-58. La nota, breve y en general lúcida, revela la rejilla crítica. Por ejemplo, en su comentario sobre los personajes: "Los personajes de la novela están

Contemporáneos se publica, en el mismo año de su aparición (París, 1930), traducido por Bernardo Ortiz de Montellano, el prólogo de Valery Larbaud a la “exacta traducción al francés de la novela”, hecha por J. J. Maurin. Además aparecen capítulos de *La luciérnaga* y de *La Malhora*. En la revista se hacen también comentarios positivos, aunque no definitivos, tanto de *Los de abajo* como de las novelas de Martín Luis Guzmán.¹⁸ Es evidente la necesidad de una revisión cuidadosa de los hechos; por ahora esbozo un comentario general, más a manera de cuestionamiento que de una respuesta definitiva.

Estos casos, ¿fronterizos, o más bien de síntesis?, me inclinan a pensar que la escisión consiste no tanto en un rechazo de los contenidos revolucionarios o de otra índole —frente a los cuales puede haber posturas y distanciamientos diversos— cuanto en destacar y privilegiar la modernidad de la escritura. Bernardo Ortiz de Montellano distingue claramente entre literatura de la Revolución y literatura revolucionaria:

El tema de la Revolución no creará nunca para nosotros la literatura revolucionaria; nueva en su concepto estético y de su propia expresión; autóctona dentro de la cultura heredada y abonada durante si-

siendo [...] viven construyéndose y destruyéndose, afirmándose y negándose ante nuestros ojos” (*Pellicer* 1981, p. 56).

¹⁸ Cf. *Torres Bodet* 1928, pp. 15-16. Para Torres Bodet, *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán es “de una técnica más estricta” que *Los de abajo* de Mariano Azuela. En cambio, Bernardo Ortiz de Montellano (*Ortiz de Montellano* 1930, pp. 27-28) considera que *Los de abajo* y *El águila y la serpiente* son las dos mejores obras de la Revolución, pero que la primera es “más íntegramente artística”. Después, en 1931, destaca ambas obras y añade *La sombra del caudillo* de Guzmán, como obras que ya están en camino de lograr un “estilo mexicano”, pero las considera más cercanas a la “lirica” que a la novela, junto con *Visión de Anáhuac* de Alfonso Reyes y *La tierra del faisán y del venado* de Antonio Mediz Bolio (*Ortiz de Montellano* 1931, pp. 205-207). Hay que estudiar más a fondo la obra de Martín Luis Guzmán de tal modo que se destaquen con fidelidad sus simpatías y diferencias, y se le ubique de manera más precisa dentro de la literatura mexicana de este siglo. Hacerlo contribuirá a esclarecer el perfil mismo de los movimientos literarios y las obras contemporáneas o posteriores con las que se relaciona. Con esta óptica amplia estudio *La sombra del caudillo* (1930). Cf. *Jiménez de Báez* 1994a.

glos con fisonomía particular; enraizada en la más profunda vertiente de la sensibilidad peculiar de México y enemiga de viejos moldes [*Ortiz de Montellano* 1930, p. 80].

La “revolución” literaria busca el extrañamiento de la forma, de manera similar a como la entienden los formalistas por esos mismos años (si bien de manera teóricamente rigurosa); el carácter proteico de la escritura de raíz bergsoniana, al que ya aludí antes, la búsqueda de la economía poética que tiende a la sustantividad (cristalización, objetivación) del lenguaje; la literatura no como explicación sino como un mostrar y develar la forma significativa que la determina; la conjunción —que hoy llamaríamos semiótica— de las artes diversas (pintura, música, cine...), el diálogo —por tanto ruptura de fronteras— entre los rasgos épicos y los líricos; entre las formas métricas (verso de arte mayor, verso corto y libre) y las estróficas (poemas de forma abierta y de forma cerrada); entre lo culto y lo popular; el ritmo ascendente y descendente, en contrapunto y otras variaciones rítmicas; la sensorialidad y la razón y cierto gusto por la biografía.

Así planteado, y de regreso de una lectura que descubre la modernidad de *Los de abajo* precisamente en la actualización de muchos de estos aspectos de la escritura¹⁹ —en general con una mayor economía poética que en *La sombra del caudillo*, donde sin embargo hay pasajes antológicos—, entiendo la recepción positiva, aunque cauta, de estas obras por parte de los Contemporáneos. Además hay que rescatar la imbricada colaboración interna entre literatura, biografía e historia que se encuentra tanto en ellas como en la poesía de Carlos Pellicer.

Un recorrido por las revistas²⁰ y la crítica literaria favorece la

¹⁹ Cf. *Jiménez de Báez* 1991.

²⁰ Si se parte de las revistas literarias de la época, Pellicer colabora, entre los dieciocho y los diecinueve años, en *Gladios* 1916, a la que pone el nombre y en la cual dirige la sección de literatura. Se trataba de rescatar el espíritu heroico, gesto romántico, según su primer editor Octavio G. Barreda, a quien sustituye en el segundo número Luis Enrique Herro. La postura de Pellicer como coordinador de la sección era abierta a

inclusión del poeta tabasqueño dentro del grupo de Contemporáneos.²¹ Su atipicidad es un rasgo que también define al "grupo". Sí es una suerte de hermano mayor (aunque cronológicamente tiene la edad de Bernardo Ortiz de Montellano y sólo lo separan dos años de Gorostiza; cinco de Torres Bodet; cuatro de Xavier Villaurrutia, Elías Nandino y Jorge Cuesta; cinco de Sal-

todo tipo de trabajo de calidad estética. "Blasones de belleza", escribe, con claro acento modernista. Pero en la apertura, así como la revista se abre a diversas modalidades de la cultura (literatura, ciencia, música, artes plásticas), ya hay un espíritu contemporáneo. Éste se acentúa en la revista *San-ev-ank* 1918, de la que Pellicer es asiduo colaborador y donde publica poemas de José Gorostiza Alcalá y de Enrique González Rojo. Entre sus colaboradores más destacados están también Bernardo Ortiz de Montellano y Jaime Torres Bodet. Gorostiza y González Rojo fundan en 1919 la *Revista Nueva*. A cargo de la redacción aparecen, entre otros, Ortiz de Montellano y Torres Bodet. Carlos Pellicer aparece en la lista de colaboradores. En la revista *Contemporáneos*, tanto Jaime Torres Bodet (*Torres Bodet* 1928, p. 6), como Bernardo Ortiz de Montellano (*Ortiz de Montellano* 1931, p. 208) lo incluyen como uno de los "escritores contemporáneos". En 1928, Gabriel García Maroto lo incluyó también en su conocida *Galería de poetas nuevos de México*, inclusión que asume Celestino Gorostiza en una reseña a la *Galería* publicada en *Contemporáneos* 1928, p. 203. La Redacción de *Estaciones. Revista Literaria de México* reconoce también que el poeta tabasqueño forma parte de los Contemporáneos (*Estaciones* 1958, p. 370):

²¹ Para Xavier Villaurrutia ("Cartas a Olivier", *Ulises* 1928, p. 16), "Pellicer precede a los nuevos poetas de México y, a menudo, los supera, no en la calidad total pero sí en la riqueza de metáforas y en la sugestión de movimiento, a quienes se proponen conseguirlo. A todos supera en el sentido del color". José Luis Martínez afirmará en 1961 que Pellicer es "el más antiguo y el menos contemporáneo de los Contemporáneos" (*Martínez* 1949, p. 31). En 1968, Gorostiza reconoce en Pellicer al maestro y al guía: "Él fue quien me inclinó y me entusiasmó por la poesía. Así es que, Gorostiza poeta, se debe a Pellicer poeta" (*Mauricio de la Selva* 1977p. 77). Años más tarde, en 1977 Carlos Monsiváis afirma las dos tendencias principales del poeta: la política de tendencia heroica ("bolivariana y vasconcelista") y su búsqueda de la "revolución formal", tendencia que compartía con los Contemporáneos, así como la amistad (*id.*, pp. 78-79). Un año después, Octavio Paz considera implícitamente que Pellicer, junto con Cuesta, son algo así como los más "contemporáneos de los Contemporáneos", en tanto sí responden a la eticidad y al interés político de la poesía y, al mismo tiempo, en el caso de Pellicer reconoce que "fue un poeta extraordinario" (*Paz* 1978, pp. 28-29). En "La poesía de Carlos Pellicer" (1955) de *Las peras del olmo* (*Paz* 1974, p. 83), Paz reconoce que el poeta tabasqueño "no pertenece tanto al pasado como al porvenir": es contemporáneo. En las notas de *Poesía en movimiento* (*Paz, Chumacero, Aridjis, Pacheco* 1966, p. 365) se reconoce que "Pellicer es el primer poeta realmente moderno que se da en México". Y para Frank Dauster (*Dauster* 1963, p. 45), Pellicer es probablemente "el de más alto vuelo del grupo". En los ochenta, David Huerta (*Huerta* 1982, p. 58) le da su lugar entre los Contemporáneos.

vador Novo y seis de Gilberto Owen, el menor de todos, quien muere sin embargo veinticinco años antes que Pellicer). La mayoría de edad algo tiene que ver con su formación y su precocidad como poeta cuyos primeros poemas corren con buena suerte. Desde el comienzo es poeta de poesía "en voz alta", de aliento épico, como él mismo la calificará al compararse con Elías Nandino sobre un poema que ambos debían escribir dedicado al *Che Guevara*;²² pero también de poesía de profundo lirismo, de goce intimista ante la naturaleza, con la cual se identifica para trascenderse; y ante el amor humano y el divino que se entreveran depurándose y ensalzándose, porque todo pasa por el tamiz de un acendrado sentido religioso.

Este último se afirma con raíces hondas, desde la infancia, en el cristianismo evangélico que impulsa a Carlos Pellicer naturalmente (como una exigencia ineludible y salvadora, el "suave yugo") a enraizarse en la historia. Su actitud esperanzada, que tantos destacan, no desconoce la pérdida, la indignación o el dolor individuales y colectivos. Pero el poeta es sobre todo árbol-cruz;²³ pal-

Recientemente José Prats Sariol (*Prats Sariol 1990*) afirma, refiriéndose a la revista *Contemporáneos*: "Aunque Pellicer no fue una figura central de la publicación —tampoco lo fueron otros— vincularlo a *Contemporáneos* (promoción y revista) se ajusta a la realidad, es imprescindible como factor situacional (histórico-cultural) y útil para deslindarlo con precisión".

²² Pellicer alega que Elías Nandino no tiende a escribir poesía de tipo épico-político: "—A lo mejor, sí, mejora cien mil veces lo que yo acabo de escribir, pero yo no sé. Elías, que yo sepa, nunca ha escrito una cosa de esas que llamamos en *voz alta*". Mauricio de la Selva le recuerda "Nocturna palabra", largo poema de Nandino por la paz (*De la Selva 1977*, p. 68). Pellicer escribió el poema "Líneas por el *Che Guevara*" (*Espiga*, p. 276).

²³ En la entrevista con Mauricio de la Selva, Pellicer afirma: "El cristianismo, la cruz, tiene un símbolo extraordinario, es la cabeza, los brazos y el cuerpo, y los brazos están abiertos y cuando uno abre los brazos no es para matar; sí, el cristianismo [...] nos hace sentir positivamente lo eterno [...] podemos sentir, casi palpar, lo que es temporal y lo que está fuera del tiempo" (*De la Selva 1977*, p. 72). Véanse también sus "Sonetos bajo el signo de la cruz", de *Práctica de vuelo 1956*, (*Espiga*, p. 356), que concluyen con dos tercetos, de tono desiderativo en que la voz del sujeto manifiesta su anhelo de ser hombre-cruz-árbol: "¡Si yo pudiera levantar los brazos / y abrirlos como en fruto bien maduro / hace el árbol al sol! A tus hachazos, / oh vida, mucha rama está cayendo. / Tal vez queden las dos que el tronco oscuro / entre sombras y estrellas va pidiendo".

mera erguida para elevar el mundo. También es hombre de su tiempo.

Este ser hombre de su tiempo se relaciona, a la vez, con el carácter religioso de su obra. Indudablemente Pellicer forma parte de un grupo de "poetas católicos" que participan de la cultura moderna mexicana. Entre otros, cabe mencionar a Ramón López Velarde, Concha Urquiza, el padre Ponce, el padre Placencia, Mauricio Brehem y Javier Sicilia. Hasta aquí los que mencionan Zaid y Francisco Magaña, sobre los cuales comparto un criterio similar. Sin embargo, habría que añadir a otros más como Enriqueta Ochoa y Elsa Cross y, en buena medida, reescribir varios de los capítulos de la literatura mexicana contemporánea, en la que se inscribe Carlos Pellicer, con esta nueva dimensión. Considero, por ejemplo, que lo mismo habría que hacer con la narrativa.²⁴ En un sugerente ensayo, Gabriel Zaid²⁵ estudia el sentido histórico de esta voluntad de formar una cultura católica moderna, frente al vacío creado por el desplazamiento de lo religioso en el mundo contemporáneo. Si bien antes la cultura se identificaba prácticamente con la cultura católica, después ésta se margina, y la cultura oficial deviene cultura dominante. Aunque en general me parece atendible la propuesta de Zaid, sobre todo en tanto la marginalidad nos hace autocríticos y autoconscientes, pienso más bien que, antes y ahora, ha habido, por parte de críticos y estudiosos, un descuido y un enmascaramiento notable de los procesos histórico-culturales, en tanto tienden a omitir las contradicciones y la pluralidad de estos mismos procesos. En México,

²⁴ El estudio detenido de *Pedro Páramo*, tomando en cuenta el nivel simbólico, me llevó a una lectura esclarecedora que coloca en el centro mismo del proyecto de escritura de Juan Rulfo el intertexto bíblico. Toda la novela se explica desde una interpretación cristiana, trascendente, de la historia, que abarca todos sus estratos. Cf. Jiménez de Báez 1990. Es también, en buena medida, el caso de José Revueltas. Cf. *Negrín* 1995.

²⁵ Zaid 1997, pp. 15-71. También fue publicado, con el mismo título, por el Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana (Imdosoc), México, 1992. Colección Diálogo y Autocrítica, 23. Relacionado con el mismo tema, cf. también Magaña 1997, pp. 63-66.

además, el discurso histórico y cultural no ha privilegiado el estudio del componente religioso de su cultura como tal.

Para Carlos Pellicer en México —como para Claudel, Bernanos y Simon en Francia, y para todo escritor o intelectual católico—, el reto exige que el poeta y su poesía sean capaces de enfrentar los signos de los tiempos. Es, diría Zaid,

un heterodoxo que se gana el derecho de admisión en el discurso dominante: un creyente de creencias que hemos dejado atrás, que insiste en hablar con nosotros y que lo hace tan bien que, aunque quisiéramos, no lo podemos ignorar. Tiene que dominar el discurso moderno, sin dejar de ser católico; ser bilingüe, bicultural, casi un antropólogo, capaz de situarse en ambos discursos, desde adentro y desde afuera [Zaid 1997, p. 24].

Dejo a un futuro estudio la hipótesis —común a otros escritores, intelectuales y revistas como *Sur*,²⁶ en Argentina— de que en la modernidad y precisión evangélica de Carlos Pellicer debió incidir también toda la avanzada francesa que tuvo como centro la filosofía personalista y social de Emmanuel Mounier, fundador de la revista *Esprit*, en 1932, y literatos como Péguy y Maritain, o un Bergamín en España, a quien Pellicer dedica un poema.

Si atendemos a la formación del imaginario de Pellicer y a la de su temple de ánimo, descubriremos algunos datos sustanciales: un mundo solar que no ha perdido su centro de energía luminosa, de donde emanan el color y la forma; el mundo de las aguas en que el poeta renace y se sumerge en una reiterada y palpable vivencia de purificación, y que en su lugar de origen, San Juan Bautista, hoy Villahermosa, Tabasco, naturalmente compite con la tierra (tierra de pantanos y de corrientes entrecortadas que recalcan en las hermosas aguas del Grijalva, a las que canta el

²⁶ Recientemente, Nora Pasternac, quien hace su tesis doctoral en El Colegio de México sobre la revista *Sur*, ha dedicado un artículo a este tema: "Corrientes cristianas durante los años 30 en la revista *Sur*", en *Pasternac 1997*.

poeta, hasta desembocar en el mar). Y unas experiencias que marcaron su infancia: la primera visita al mar con su madre; la muerte de su hermano menor, Ernesto, en la temprana infancia, quien ya se distinguía como una criatura especialmente inteligente y sensible, y a quien le unía un gran afecto. Más que el impacto de las carencias materiales, lo forma también el arte con que la madre las superaba, sobre todo mientras el padre estuvo en la Revolución.

Pellicer alimentó su espíritu con los modelos familiares próximos. Del materno aprendió a conocer la vida de Cristo, en un trato directo y temprano con los evangelios que no dejó nunca; también la vida de oración —momentos filiales compartidos que el poeta atesoraba y ha podido plasmar en su poesía—. De las oraciones que oía a la madre, Pellicer destaca en el recuerdo el *Magnificat* (canto de liberación de los oprimidos que refuerza el valor infinito de la persona y la liga con su Hacedor). Del padre recibe un modelo de acción y de buen humor, que si bien no alcanza la intensidad de la relación con la madre, no la contradice y la complementa. Él le dará a leer tempranamente, como un libro escogido, la vida de Simón Bolívar que lo marcó para siempre, y un modelo de perfección para la creación poética: la poesía de Salvador Díaz Mirón (con este gesto, independiente del modelo mismo, avaló el padre la vocación del hijo y, una vez más, lo sitúa ante un objetivo que lo impulsaba a trascenderse).

Además, la sensibilidad de Pellicer se templea en el desprendimiento de los bienes materiales unido al goce de la naturaleza de un San Francisco de Asís, lo cual explica que acuda a un convento franciscano después de su más grande crisis afectiva, contradictoria e intensa, porque el poeta pasa de la experiencia amorosa más alta a la pérdida.

Sin duda se entrecruzan las redes integradoras de la sensibilidad ligada a la experiencia sensorial y a la intuición: un Dios que asume, redime y sostiene la naturaleza humana, pero deja al hombre la responsabilidad de su libertad, y un proyecto de vida cen-

trado en el amor —entendido sobre todo como solidaridad humana— y en un principio de justicia liberadora.

La cosmovisión que de aquí se deriva implica un sentido último, trascendente, que informa la totalidad, y cuyo dinamismo se manifiesta en la naturaleza aparential y cambiante del mundo. Por eso, en el comienzo de los tiempos,

la voz del universo en cada acto —divina—
fue de la piedra al hombre y del cielo a la tierra
en órbitas magnéticas,
cambiando de apariencia y de silencio,
pero en su identidad, unánime.

(“La voz”, *Espiga*, p. 330)

Reconocer esas voces y traducirlas “en palabras de ángeles caídos” (*ibid.*, p. 330) es tarea que sólo puede cumplir la gracia del espíritu (“del aire”, *ibid.*, p. 330), porque implica alcanzar la integración de los contrarios, más allá de la dualidad sexuada, aparential, que indica nuestra lengua. Por eso se confunden los sexos para nombrar el instante de la Creación:

La voz de cada cosa fue enumerando el mundo
y el macho poesía y la hembra poema,
en claridad confusa como de amor presente
oyeron y se amaron bajo un techo de voces.

(*Loc. cit.* Las cursivas son más)

La voz del poeta, deseante (“Y la Poesía / era ante todo súplica, secreta, / y yo era en secreto, poesía”, *ibid.*, p. 331) busca el instante de umbral entre el odio y el amor, y aguarda en silencio (“porque sólo al callarme escucho cerca de mí las voces”, *loc. cit.*).

El carácter desiderativo de la voz es imperativo pues se sostiene en la certeza de la esperanza. Pero gradualmente la forma interior crece, y la forma exterior manifiesta el proceso en un juego de ritmos que nos lleva de ese “llamado oportuno” (*ibid.*, p. 333), úni-

co, hasta el triunfo de la palabra “caída”. Ritmo marcado por los encabalgamientos, las cesuras del verso en contrapunto con el sentido de la frase y los enlaces que acumulan los elementos:

[...]

La voz de callar nos dé fuerzas
para oír el llamado oportuno
de la abeja y del mar, de la palmera
y la esmeralda y el río
para ser la voz íntegra que al Paraíso
de la voz de Dios vuelva
en la voz de los ángeles que no caerán, jamás.

(*Loc. cit.*)

La preposición de finalidad (“para...”), en el antepenúltimo verso, introduce el objetivo del deseo: la conjugación de la “poesía y el poema”, de la -voz humana con su principio divino: dualidad entonces sí, armónica, que liberaría definitivamente. El carácter épico del último verso de dieciséis sílabas, con sus dos hemistiquios octosílabos; la quiebra del ritmo en el segundo hemistiquio, junto con los acentos marciales, graves, del verbo futuro y del adverbio de negación aislado, o más bien destacado por la pausa (“jamás”), culminan el proceso. No obstante, el tono desiderativo informa toda la estrofa. En su recorrido dinámico, la palabra ha fortalecido la certeza del logro que, sin embargo, aún aguarda su realización plena. Volveré, al final, sobre este centro generador del universo, del hombre y la escritura.

El espíritu universal implícito en esta cosmovisión se gestó en la cotidianidad de la vida misma, y se amplió con los viajes frecuentes de Pellicer que lo pusieron en contacto con otros mundos. Su espíritu viajero se identifica con su quehacer poético:

Dulce melancolía
de viajar.

Ilusión de moverse a otro poema
que alguna vez se había de cantar.

("Divagación del puerto",

Espiga, p. 249)

Xavier Villaurrutia confirma la relación de hermano mayor que tenía Pellicer con el grupo de los Contemporáneos (o tal vez sólo con una parte de ellos, por la vaguedad de la referencia), y deslinda la diferencia entre uno y otros, a partir del modo como viven la experiencia del viaje:

Para Carlos Pellicer, la poesía ha sido el viaje alrededor del mundo, en vez del viaje alrededor de nuestra alcoba que la poesía ha sido, hasta ahora, para nosotros. Este espíritu se hizo viajando. Los demás, los que usted ya sabe, nos estamos haciendo inmóviles, en el ansia de viajar. El mismo día del regreso del hermano mayor será, como en la parábola de André Gide, el día de nuestra salida sin retorno [...] Entonces, cada uno podrá decir: "tú has abierto el camino; pensar en ti me sostendrá".²⁷

Nosotros lectores sabemos que el "ansia" de Pellicer está orientada, más allá del viaje, hacia un anhelo de totalidad que actualice el sentido trascendente del mundo.

Los primeros viajes del poeta —aparte de sus amplios recorridos por México— fueron hacia nuestra América (se suma, entonces, como compañía, la figura compleja y al mismo tiempo afín de Vasconcelos,²⁸ quien reforzará muchas de las tendencias previamente trazadas en el imaginario interior del joven poeta).

²⁷ Carta de Villaurrutia a Olivier, publicada en *Villaurrutia 1927*, pp. 14-16.

²⁸ Pellicer mantuvo con Vasconcelos una relación profunda que le permitió conocerlo y aceptarlo en su grandeza y sus caídas. Su "Elegía apasionada", a la muerte de Vasconcelos, muestra los pliegues contradictorios, íntimos, del entrañable amigo y mentor (Las Lomas, 30 de junio de 1960. *Cuerdas, percusión y alientos 1976*, en *Pellicer 1981*, pp. 487-493). En *Espiga* (p. 222) preferí incluir el hermoso poema dedicado a Vasconcelos, "Estudio y poema", que Pellicer escribe en París en 1926 y que manifiesta una cosmovisión moderna, abierta al futuro, en la que la danza se identifica con la melodía universal y sideral.

Después irá a Europa a fines del 1925 y del 1929 (Francia, Italia, España, Inglaterra y los Países Bajos). También visitó Palestina y conoció Turquía, Egipto y Grecia.²⁹ Y en 1937 vuelve nuevamente a España, en un viaje significativo de solidaridad con la República española. Lo acompañan, entre otros, Juan de la Cabada, Silvestre Revueltas y Octavio Paz. En este mismo año publica su hermoso y revelador poemario *Hora de junio*.

Además, la vida heroica no se desgaja de la cotidiana ni en el ideario, ni en la poesía de Pellicer. En la galería de su imaginario están las figuras históricas de Bolívar, San Martín, José Martí, Ho Chi Minh y el *Che* Guevara; de México las figuras prehispánicas de Cuauhtémoc, Netzahualcōyotl, Tzilacaltzin se juntan a las de Morelos, Juárez, Cárdenas.³⁰ Algo de acento heroico tienen también,

²⁹ Relacionado con el viaje a Europa, véase Pellicer 1985. Las cartas revelan la sensibilidad, el entusiasmo y la avidez de ver, oír y palpar los nuevos espacios y, sobre todo, las realidades culturales. Pellicer recrea estos encuentros con la espontaneidad puntual que nos lleva de una experiencia a otra: "Gracias a mi descaro, refinado y magnífico, tuve en mis manos a uno de los volúmenes originales del Códice Atlántico de mi tata Leonardo, así como el Virgilio de Petrarca (*Bucólicas*), con las estupendas miniaturas de Simone Martini. Pasé una mañana en la Biblioteca Ambrosiana viendo libros estupendos. La catedral, por dentro, *impresiona*, como cualquier gran sala de Karnak. Por fuera me jode, y la Cartuja me jode también. Tiene un patio casi pequeño, precioso. No amo los amontonamientos de cosas ni los desórdenes. Por eso no me gusta la Catedral de Chartres en conjunto. Me encanta la Vía Dante con el Castillo al fondo, formidable y lleno de recuerdos. Me gusta Milán. San Ambrosio es una maravilla. Soberbia la planta octagonal de San Lorenzo. Vi trabajar en un teatro a la Menichelli" (*id.*, p. 13). Sobre los viajes del poeta, cf. también el prólogo de Carlos Pellicer López a Pellicer 1979, pp. ix-xii.

³⁰ He seleccionado una muestra amplia de poemas sobre estas figuras históricas que representan —en nuestra historia hispanoamericana y mexicana, en particular—, para Pellicer, el modelo heroico y, con ello, la posibilidad de la épica en nuestras tierras. El más alto, sin duda, es Bolívar, y ocupa el mayor número de poemas (véase *Espiga*, pp. 255-271). Le siguen José Martí y el *Che* Guevara (*id.*, pp. 272-277). En el comienzo de la historia de México, destacará a los padres fundadores Cuauhtémoc y Netzahualcōyotl (*id.*, pp. 278-296) y al Caballero Águila y al Caballero Tigre. Si bien es Bolívar el que Pellicer asocia y entrevera más cercanamente con Jesús, ante los héroes prehispánicos hay una admiración melancólica que motiva el canto amplio de los poemas. Además, son figuras también clave para la integración de lo heroico con lo religioso, a lo cual se suma el reconocimiento de una fina sensibilidad creadora. Y de los héroes de la historia de México, a partir del movimiento liberador de la Independencia, se destaca, con rasgos paradigmáticos similares, Morelos (*id.*, pp. 299-303). Más cercano en el tiempo, cantará la muerte de Lázaro Cárdenas, a quien considera liberador del hombre campesino (*id.*, pp. 304-305).

ante su retina, los creadores y artistas: figuras dilectas a su espíritu, a quienes rinde homenaje en sus poemas. En la danza, Tórtola Valencia y Antonia Mercé (*Espiga*, pp. 226); en literatura la galería de recuerdos altos se expande —a la que habría que agregar los escritores a quienes dedica muchos de sus poemas—: Amado Nervo, Salvador Díaz Mirón, Ramón López Velarde, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, los Contemporáneos José Gorostiza y Salvador Novo, y Juan José Arreola.³¹ De las tierras americanas se elevan las figuras de Germán Arciniegas, Germán Pardo García y Gabriela Mistral; también los españoles fray Luis de León y Juan Ramón Jiménez. Para el deleite del oído, los cantos de Fanny Anitúa, y para el de los ojos la obra plástica de José Guadalupe Posada, José Clemente Orozco, Héctor Cruz, Frida Kahlo, Rufino Tamayo, Alberto Gironella...³² La virtualidad de actualización de la vida heroica es infinita, no obstante la negatividad de las circunstancias inmediatas, porque el modelo subyacente es cristocéntrico. Ese algo más que tienen los poemas de Pellicer de tono y acento épico, relativos a las figuras de héroes y creadores de su predilección, se vincula con la cosmovisión sustentante de carácter teleológico. El héroe y el poeta son mediadores altos entre el hombre que desea reintegrarse a la unidad de su ser en Dios, y Dios mismo. De aquí se deriva necesariamente, desde una óptica de fe, la identificación con Cristo. El héroe procura la liberación de la historia, y el poeta la liberación de la Palabra fundadora.

³¹ Casi todos están representados en *Espiga* (pp. 310-322), colocados después de las figuras históricas, pues son —desde el punto de vista de la vocación personal— lo más cercano a Carlos Pellicer, artista. A casi todos ellos les hace poemas-semblanzas que manifiestan los rasgos que los caracterizan para la mirada enaltecida del poeta. A otros les dedica poemas afines.

³² La pintura y todo su campo semántico devienen texto fundador en los poemas y la poesía de Carlos Pellicer. Habría que estudiar esta relación de manera integral. A la pintura se asocian otros motivos del imaginario pelliceriano (las manos, la luz y el color, la fuerza plástica de las imágenes). Entre los poemas dedicados a pintores he escogido como más reveladores del imaginario de Pellicer los que dedica a Carlos Chávez, Héctor Cruz, Adolfo Best Maugard y Frida Kahlo. Junto con poemas que hablan de la pintura y otros motivos, conforman la sección "Y así voy con los ojos en las manos" (*Espiga*, pp. 206-219).

Así también, desde esta perspectiva universal que exige la concreción histórica particular, la geografía de México —incluso la de su ámbito regional de origen— se amplía a niveles simbólicos cosmogónicos y se inscribe dentro de un proyecto americanista de liberación que Carlos Pellicer defenderá siempre en su poesía y su vida. Valga, como muestra, la dedicatoria que precede a unos primeros “versos marinos” que el poeta presenta como “breves homenajes” a Salvador Díaz Mirón:

El mar —que no es un aspecto físico del Mundo, sino una manera espiritual— tiene para mi corazón los elementos principales para subordinarme a él.

Por el afán dinámico que predomina en mí, el gran lugar donde se mueve el agua me atrajo soberanamente. Y me atraerá por mucho tiempo todavía.

¡Playas de México, playas de Colombia, de Venezuela —repúblicas inolvidables a donde llevé durante dos años la representación de los estudiantes mexicanos—, playas de Cuba, sonoras playas del Atlántico, soberbias playas del Pacífico! La sal y el viento de sus panoramas han invadido mi sangre tornasolándola con todos sus recuerdos.³³

No hay fisuras de identidad, sino coherencia profunda porque Pellicer humano, “fieramente humano”, se sabía también llamado a la liberación. Es decir, el proceso vital —suyo y de todos— era el contrapunto entre la caída y el ascenso cuya tendencia se abría al infinito. Así su vida; así también lo muestra la trayectoria de sus poemas.

Sin duda, además, este apunte sobre el imaginario particular de Pellicer se explica y refuerza por la mentalidad, ya descrita antes, que emerge —no sin dificultades y limitaciones— con el Ateneo de la Juventud y que se gestaba, compleja y gradualmente, en las múltiples redes menores y amplias (el romanticismo y el modernismo) que conforman una comunidad de intereses

³³ *Colores en el mar (1915-1920)* (Espiga, p. 109). Véanse, conjuntamente, las tres primeras estrofas de la primera marina (*id.*, p. 110).

y una sensibilidad de época. De ahí esa preeminencia de una “manera espiritual” sobre el “aspecto físico”, y de ese “afán dinámico” que predomina sobre otros en el interior de la persona y se reconoce en la naturaleza. También la tendencia épica del poemario de Pellicer, eso que muchos consideran exuberancia de los sentidos y de las formas —que no es la tendencia exclusiva de su poesía— tiene ecos del afán totalizador que las nuevas generaciones derivaban de un Novalis o de poemarios como el de Walt Whitman. Bajo ella late en los poemas de Carlos Pellicer esa apasionante búsqueda de un orden que, sin embargo, necesita pasar por las manifestaciones múltiples que afectan la sensibilidad y la mirada del hombre y del poeta, para satisfacerse. Búsqueda que define la voz poética, y se enraiza en la dimensión cristiana que lo sustenta, no como un saber crítico, sino como principio vital —no por eso desprovisto de razones—.

Esto me lleva a un comentario crítico de Octavio Paz en su libro *Xavier Villaurrutia en persona y en obra* (1978).³⁴ Tras afirmar que a los Contemporáneos, “singularmente tímidos en materia de filosofía y de política, no se les puede llamar ni revolucionarios ni conservadores”, admite que “las excepciones fueron Cuesta y Pellicer”. Del primero señala que no pudo llegar a sistematizar sus ideas “originales pero dispersas”; de Pellicer concluye: “Fue un poeta extraordinario; en cuanto a sus convicciones ant imperialistas y antifascistas: nos impresionan, como sus creencias religiosas, por su sinceridad, no por su rigor intelectual. Fue un hombre de fe, no un crítico”.

Sin negar lo primero, sobre lo que volveré después, diría que fue, ante todo, *poeta* y que de su obra no se desprende una voluntad, trunca o no, de adoptar el discurso crítico como una forma idónea de manifestarse. Pero en su poesía sí asumió Pellicer la denuncia y la crítica; alcanzó con ellas el amplio aliento de *Piedra de sacrificios. Poema iberoamericano* (1924) y la concreción poética

³⁴ Paz 1978, pp. 28-32. Todo el ensayo se reproduce como prólogo en *Villaurrutia* 1980.

en poemas que van desde los primeros años hasta los últimos de su escritura. Después de la “Elegía” (poema 25 de *Piedra de sacrificios*) en que el poeta ha caído junto con su pueblo casi en la desesperación, la voz poética reclama, con trazos que recuerdan la agonía del Monte de los Olivos, no “la palabra única” tantas veces invocada, sino la perfección de un acto liberador:

Jesús, te has olvidado de mi América,
[...]
Danos una mirada por nuestras melodías.
Enciéñenos los ojos y sella nuestras bocas.
Que no haya “discursos” sino actos perfectos.
Yo sé (aunque no lo digas) que somos predilectos...
¡Huracanea un riesgo que hasta tus plantas grita!
¡El amor será inmenso! ¿No basta odiarse tanto?
Sobre las playas tórridas tu azul ola se agita
brotando signos turbios y acantilando un canto.

(*Espiga*, p. 254. Las cursivas son mías)

Porque —ya lo he apuntado— la fe del poeta no sólo va indisolublemente aunada a la esperanza; también conlleva la necesidad de actualizarse en acto. Y, en efecto, el hombre Carlos Pellicer supo comprometerse con su palabra, dentro de los límites virtuales de su trayectoria, tanto más que muchos otros intelectuales, a lo largo de una vida que vio surgir diversos grupos y generaciones.

Sobre su serenidad ante la amenaza de la muerte por violencia, como consecuencia de su participación en el vasconcelismo después de su regreso de París (fines de 1929, comienzos de 1930), comenta Alejandro Gómez Arias, quien junto con Mariano Azuela hacía “gestiones legales y personales” para liberar lo más pronto posible a los presos políticos:³⁵

³⁵ Sobre esta relación entre su vida y su obra con el compromiso histórico, hay que recordar (y después estudiar más detenidamente) sus protestas, hechas canto, por Corea, Vietnam (que le costó nuevamente la cárcel), Cuba, Nicaragua, Guatemala, Puerto

Fue entonces cuando Carlos Pellicer demostró su sereno valor. En las noches les formaban cuadro y hacían simulacros de fusilamientos. El poeta cristiano llegaba tranquilo al paredón, en una escena que se repitió sádicamente, muchas veces. Asombraba a sus valerosos compañeros que ese hombre, joven aún pero cuyo nombre se extendía por toda la América de nuestro idioma, jugara, impasible, al juego de la muerte. Sabía desde entonces que —como dijo alguna vez— la vida puede ser también un acto poético. Una obra de arte limpia, pura [De la Selva 1977, p. 75].

El hispanoamericanista Ernesto Mejía Sánchez, crítico y poeta él mismo, destacó el acierto poético de poemas de Carlos Pellicer que sí conllevan el peso de la historia. Son textos a los que Pellicer se mantuvo fiel en los últimos años de su vida, junto con el nocturno a su madre. Como si en la madurez privilegiara poemas que conjuntaran la concreción estética con una ética solidaria hispanoamericanista y con modalidades de su amor más luminoso:

A los setenta años —comenta Mejía Sánchez— se encuentra en el pleno mediodía de su producción poética. Mediodía en el que no se vislumbra ocaso ninguno [...] Apenas salva en esta hora de la plenitud algún recuerdo amado y el nocturno maternal, seguro de que su última producción: los tres poemas a Cuauhtémoc, el poema a Juárez y el de Machu-Picchu, alcanzan una altura cívica y patriótica y una interpretación del paisaje americano pocas veces conseguidas en nuestras letras... [De la Selva 1977, pp. 77-78].

Pero si en la vida el poeta se involucra con acciones concretas, su poesía de contenidos épicos tiende a cantar el gesto heroico y a promover —tirando hacia lo alto— la fuerza de los caminos liberadores, desde modelos paradigmáticos. Al hacerlo, se adelanta a poemas nerudianos en los que deja su huella, como en el *Canto general* —relación que la crítica y el propio Neruda han reconoci-

Rico y toda nuestra América, en una constante antimperialista que define su vida. Véanse, por ahora, *De la Selva 1977*, pp. 61, 75 *et passim*.

do, aunque no se haya estudiado debidamente— y también en poemas como “A Bolívar” de *Colores en el mar* (1915-1920) y *Elegía ditirámica. Simón Bolívar*, de *Hora y 20* (1927).³⁶

DE LA POESÍA A UNA ESTÉTICA

En la medida en que la poesía se concibe como el hacerse de la forma significativa, en un proceso que manifiesta el sentido en todos los estratos del poema, el acto poético cristaliza en una forma relativamente autónoma que guarda relaciones múltiples con la compleja red discursiva de que procede y de la que se distingue, al mismo tiempo que la transforma. Esta concepción permite acercarse al poema mediante el trazado de alguno de sus múltiples hilos más representativos.

He señalado antes, además, que en la poesía de Pellicer se conforma una cosmogonía relacionada con la naturaleza (sus ciclos; sus elementos; sus puntos de referencia espaciales; sus ritmos y sensaciones auditivas, visuales y táctiles). Más que de una poesía espontánea, que suelen destacar algunos lectores de Pellicer, yo hablaría de una actitud positiva (vitalista) y esperanzada ante el mundo que procede casi siempre de la pasión. Al manifestarse poéticamente, esta actitud pasa, como la naturaleza, por los modelos de una tradición cultural y literaria compleja (prehispánicos, clásicos, hispanoamericanos y de la simbología universal). El afán totalizador convoca también desde los primeros poemas de Pellicer diversas tendencias estéticas que le anteceden y que he mencionado antes: el romanticismo, el modernismo. El nuevo orden cambiante de sus poemarios establece, a su vez, nuevos vasos comunicantes.

³⁶ A Pellicer le enorgullecía este reconocimiento. Así lo admite cuando abordó el tema Mauricio de la Selva: “—¿Te agrada que Pablo Neruda reconociera la contribución de tu poesía a la suya? // —No sólo me agrada, sino que lo considero un gran honor porque proviene del mayor poeta vivo de nuestra América y uno de los mayores del mundo” (*De la Selva* 1977, p. 63).

Por ejemplo, en un lúcido ensayo, Gabriel Zaid (Zaid 1989) muestra el carácter plenamente vanguardista que logra Pellicer en varios poemas y el trabajo cuidadoso sobre el lenguaje que supone esa transgresión profunda de los códigos modernistas. La lectura crítica de Zaid de siete poemas me parece muy acertada, sobre todo porque muestra la capacidad de concreción poética que logra Pellicer en esos textos. También me parece una pista sugerente la relación del poeta tabasqueño con José Juan Tablada como la posible mediación que explica este cambio de la escritura. Sin embargo, la referencia es todavía insuficiente —o al menos habría que estudiarla con mayor detenimiento y dentro de un contexto cultural más amplio de lecturas y de relaciones—. De hecho, cuando en 1961 Pellicer habló, en Bellas Artes, sobre su relación con Tablada (después lo hará en Colombia) se percibió cierta distancia, aunque se mostró agradecido por el apoyo que recibió de Tablada para publicar algunos de sus primeros poemas. Se nota la diferencia afectiva de cuando se refiere a su relación con Vasconcelos o con Gorostiza.

Fui alumno de José Juan Tablada [...] Yo creo que es un poco difícil que los escritores sean buenos maestros. Tablada iba una vez por semana cuando mucho y nos hacía el favor de llegar muy tarde [...] Cuando nos encontramos en Colombia, él me hizo el favor de publicar algunas de las primeras cosas que yo había escrito y me hizo el honor de poner unas líneas al frente, que agradeceré toda la vida [*De la Selva* 1977, p. 80].

De todos modos son poesías que, si bien logran la autonomía poética, leídas desde la obra total (que prefiero medir en términos de su búsqueda) funcionan como unidades mínimas donde el poeta ejercita sabia y ¿lúdicamente? su trabajo con el lenguaje. No extraña, por eso, que muchos los titule “Estudios”, o se refiera a ellos como aguafuertes o recuerdos. Son, efectivamente, momentos que ejercitan la escritura y deleitan la imaginación y la sensibilidad. Precisamente el poemario *Exágonos* de 1941 está

compuesto por veintidós breves poemas. La persistencia de los temas permite comparar, por ejemplo, los sonetos de amor de *Hora de junio* con el poema diecisiete:

Canto amigo mío
tu llegada feliz hasta mi puerta.
Mi ventana será fuente de aromas
cuando tú salgas a mirar el cielo.
Pluma de cisne o de paloma
para escribir tu antiguo nombre tengo.

Las imágenes sorprenden por su capacidad de extrañamiento. No obstante, por ejemplo, el movimiento general del “Estudio” que comienza “Esta fuente no es más que el varillaje / de la sombrilla” coincide con otros poemas de corte más “modernista”, como el primero de *Colores en el mar*, 1915-1920, que comentaré más adelante. Zaid sintetiza así este movimiento interno: “Toda la gracia irónica del poema está en ese desplante dictador (... ‘Lléveselo’) que se opone a la serie de metáforas, al mismo tiempo que la continúa y la hace desembocar en la humildad final” (*Zaid* 1969, pp. 11-16).

En general, Carlos Pellicer transforma, en sus poemarios, múltiples tendencias de la tradición poética de su tiempo: el modernismo, López Velarde, la vanguardia, los haikús de Tablada... La poesía pelliceriana las incorpora conforme a su proyecto poético. En ese sentido, José Emilio Pacheco considera al poeta como un “innovador, renovador”. “No es —dice— un poeta de exclusiones, sino de inclusiones: acepta todo aquello que puede alimentar su originalidad y muy precozmente llega a no parecerse a nadie que no sea el propio Pellicer.”³⁷

Esta amplitud de registros formales y temáticos está ligada en la poesía de Carlos Pellicer a la búsqueda del *Centro*. Pero no un centro formal, esteticista, sino un *centro* que asume el devenir

³⁷ Pacheco 1969, p. 34.

porque está más allá de todo, y en todo. Los modos de nombrarlo reproducen el modelo de la simbología universal de cuatro puntos asociada a la Tierra (cuatro puntos cardinales, cuatro elementos) pero, sobre todo, las cuatro estaciones, porque éstas implican el principio de movimiento del Sol que actúa como centro generador de los ciclos de la naturaleza, íntimamente asociados a la vida del hombre.³⁸

Muchos de los componentes principales de este mundo poético y de la estética de Carlos Pellicer están ya presentes en el primer poema de *Colores en el mar*, 1915-1920, que mencioné antes, memorial del amigo Ramón López Velarde. Me limitaré a hacer un comentario crítico breve del poema, que complementaré con el acercamiento a uno o dos de los motivos determinantes en la poesía de Pellicer.

A la memoria de mi amigo Ramón López Velarde,
joven poeta insigne, muerto hace tres lunas en la
gracia de Cristo.

En medio de la dicha de mi vida
deténgome a decir que el mundo es bueno
por la divina sangre de la herida.

5 Loemos al Señor que hizo en un trueno
el diamante de amor de la alegría
para todo el que es fuerte y es sereno.
El corazón al corazón se fía
si el alma cual las águilas natales
estrangula serpientes en la vía.

³⁸ Esta concepción mandálica del mundo (que une cielo y tierra), y por tanto posibilita un proceso trascendente de liberación, se dará también en apretada y oculta síntesis en la obra de Juan Rulfo. Sólo que en el mundo de Rulfo los síntomas del cambio cualitativo habrán de surgir de una atmósfera agónica y de un tiempo condenado a la reproducción circular, incestuosa, que es necesario abolir. Cf. *Jiménez de Báez 1990*. Las relaciones de esta cosmovisión con la prehispánica en la poesía de Carlos Pellicer han sido estudiadas acertadamente por E. J. Mullen, en "Motivos precolombinos en la poesía de Carlos Pellicer" (*Mullen 1973a*, p. 91).

10 Gloriosa palma la que de los males
del huracán se libre porque eleve
la fruta con sus aguas tropicales.

 El corazón al corazón se fía
lo mismo en esas palmas que en el breve
15 corazón de la perla más sombría.

 Porque la flor más alta dance y ría,
el viento entre los árboles se mueve.

 Mi corazón, Señor, como el poema,
sube la escalinata de la vida
20 y te da su pasión como una gema.

 Por la divina sangre de la herida,
es fuerte y es sencillo y cancionero.
Filas de oro pusiste a su ola henchida.

 El amor, que en el caos fue primero,
25 lo lanzó sobre la órbita más pura
y así cumple su ciclo, dulce y fiero.

 Órbita la mejor porque es ternura
esquilhada a la oveja del pastor
que en diciembre hace eterna su ventura.

30 Izaré las banderas del amor
lo mismo en esta magna venturanza
que en palacio en ruinas de dolor.

 Danzaré alegremente, y en la danza
anillaré las espirales nobles
35 con que subo hasta ti viva alabanza.

Sembrar mi vida de cordiales robles
—hóspitas curvas para el peregrino—,
y en junio darte mis cosechas, dobles.

40 Ser bueno como el agua del camino
que la herida refleja y que la alivia.
Ser dichoso, Señor, no es ser divino

pero ser bueno, sí. Por eso, entibia
la nieve, y que sea lago. La infinita
palabra del amor arda y conviva

45 en mi ser, y se dé la estalactita
de la obediencia a ti. Toma mi frente,
y cñela Señor con la infinita
corona del amor.

(*Espiga*, p. 334)

Se trata de un terceto de rima encadenada consonante, con algunas rupturas que conllevan marcas estilísticas significativas. Por encima del encadenado interno, propio de este tipo de estrofa, la repetición paralelística crea nuevos núcleos asociativos en el poema.

El primer terceto marca el tono de alabanza y entusiasmo, y anuncia el objetivo de ese *decir* que imaginamos y oímos “en voz alta”:

En medio de la dicha de mi vida
deténgome a decir que el mundo es bueno
por la divina sangre de la herida.

El espacio se expresa como un estado de ánimo, y el tiempo del decir (“en medio”) sugiere un momento de madurez, de cosecha. Es *vida-dicha* que se opone a la *vida-muerte*. La alusión implícita evidente es al primer verso del Canto I del Infierno en *La divina comedia*: “En medio del camino de la vida”. De un trazo se homologuean dos concepciones del mundo que tienden a la totalidad, aunque responden a dos sensibilidades poéticas y culturales total-

mente distintas. Hay en Pellicer un desapego de la anécdota y una óptica luminosa que no pasa por la vía purgativa del infierno y el purgatorio, para llegar finalmente al paraíso. Por eso el camino es ya *dicha* en su poema.

Pero es aún más clara y profunda la transgresión al modelo modernista del poema "Thánatos" de Rubén Darío³⁹ que comienza:

En medio del camino de la Vida...

dijo Dante. Su verso se convierte:

En medio del camino de la Muerte.

Porque en Darío la amada paradisiaca de Dante se invierte del lado de la sombra y condena al hombre inexorablemente a la muerte:

Y no hay que aborrecer a la ignorada
emperatriz y reina de la Nada.
Por ella nuestra tela está tejida,

y ella en la copa de los sueños vierte
un contrario nepente: ¡ella no olvida!

(*Loc. cit.*)

Es decir, el temprano poema de Pellicer —que tendría unos dieciocho años cuando lo escribió— muestra una clara voluntad de minar la concepción del mundo modernista. Y es voz que se asume como propia. La fuerza lírica del canto, emitido desde el centro del tiempo de la vida del hombre, se marca por el cambio de la primera persona en plural —que rige tanto en el poema de Dante como en el de Darío— al de una primera persona en singular. Esta presencia del Yo se refuerza con la sustitución del *camino* por un estado anímico que define la vida del sujeto ("dicha"), asociado a un acto voluntario de ese mismo sujeto. Importa la acción

³⁹ Rubén Darío, "Otros poemas", *Cantos de vida y esperanza, Los cisnes y Otros poemas*, en *Darío 1952*, p. 300.

autorreflexiva e imperiosa del hombre: “deténgome”, y se destaca la modalidad oral del enunciado, como una proclama de la Buena nueva. El mundo es bueno, debido a la sangre redentora de Cristo. La acción humana se corresponde con la acción divina, en este primer núcleo generador del poema. Entendido así, las estrofas que siguen amplían, muestran, el modo particular de acercarse el caminar del hombre a la presencia de su Dios.

Y lo primero es un llamado imperativo del poeta que convoca a los otros para alabar al Señor-hacedor de la alegría (recuérdese que ha definido su vida como “dicha”). Para Gabriel Zaid, esta alegría que emerge de las raíces mismas de la poesía pelliceriana la constituye en un gozoso homenaje: “Su obra es, ante todo, homenaje; fresco, desgarrado, reconciliado, homenaje a la alegría”.⁴⁰

Ésta es armónica porque supone la acción conjunta de lo más alto (el Cielo) y de lo más profundo de la Tierra. Por eso la “alegría” tiene la dureza y transparencia del diamante, ya que, equilibrada con el amor que la conforma, deviene resistencia. Dios la forja en lo alto, en un instante insólito de energía que es luz y sonido (“en un trueno”); al mismo tiempo disfruta de los estratos profundos de la Tierra por su naturaleza diamantina. Lo alto y lo bajo son pues los parámetros referenciales para mostrar la vida del hombre con su destino trascendente. Es decir, *la alegría es don de lo alto que conjuga en sí misma la unión virtual del Cielo con la Tierra.*

Para actualizarse, el don de la alegría exige la respuesta activa de su receptor. Entonces el movimiento de Dios hacia el hombre se equilibra en la disposición activa de éste: “fuerte y sereno”.

Ese don de sí mismo —de uno a otro centro— es posible si la tendencia al vuelo domina, por su fuerza, lo negativo de la tierra que se va encontrando en el camino o “vía”. Una vez más subyace el nivel de lo alto y el vuelo (el “águila”), en juego con el nivel de lo bajo y reptante (“serpientes”), asociado a la Tierra.

Sigue otro acto ascensional liberador que surge de la Tierra, en voluntad de elevar, y con ello salvar, la fruta “de las aguas tropi-

⁴⁰ Zaid 1969, p. 12.

cales". El verso logra la adecuación exacta de la forma interior y la exterior: el adjetivo inicial que precede al sustantivo crea con éste una unidad sustantivada; en ambas palabras se privilegia el sonido líquido de las *eles*, que continúa en lo que resta del verso. Esto crea en la segunda parte la aceleración entrecortada del ritmo; el verso se aligera también con la presencia de palabras muy breves, lo cual va acorde con la idea de ascensión de la materia:

*Gloriosa palma la que de los males
del huracán se libre porque eleve
la fruta con sus aguas tropicales.*

Como los "grandes soñadores de cosmogonías" a los cuales se refiere Bachelard, el poeta ("Gloriosa palma") valora la cólera como una "voluntad primera" que "ataca la obra que hay que realizar" (Bachelard 1958, p. 279).

Del triunfo sobre el viento huracanado surgirá la acción salvadora de esa figura enhiesta de la palma que eleva sus frutos. La liberación cosmogónica, sin perder su dimensión universal, se colorea, se particulariza con los rasgos del *ahora* y *aquí* del trópico pelliceriano y nuestro que busca su liberación y, con ella, la del poeta. Debido a esto, para nombrar la cólera es propia la voz taína del dios de los vientos, las aguas y el cielo, que conmueve la tierra: Huracán.⁴¹

La reiteración paralelística del verso "El corazón al corazón se fía" (vs. 7 y 13) cierra la voluta de esa unión —de centro a centro— entre hombre y Dios. Se integra la fuerza liberadora de la palma, en su orientación ascendente, con la quintaesencia del valor —acto que se repite con variantes en diversos poemas— gestado en el interior más oculto y profundo, ya no de la tierra, como

⁴¹ Herón Pérez, apoyándose en Luis Reyes García, *Pasión y muerte del Cristo Sol*, recuerda que durante la conquista de América los primeros frailes trataron de establecer equivalencias entre las creencias prehispánicas y la nueva doctrina. "Así, dice Pérez, San Juan Bautista encontró su homólogo americano en Huracán, María en la Luna" (Pérez 1991-1992, p. 64).

el diamante, sino del agua (la perla); la acción tiene aires garcilasianos (“el cabello, que en la vena / del oro se escogió”):

El corazón al corazón se fía
lo mismo en esas palmas que en el breve
corazón de la perla más sombría.

El pareado de endecasílabos que sigue —único en el poema y algo inusitado como forma— no explica; cristaliza el efecto de toda la acción liberadora en el equilibrio ágil de los dos versos:

Porque la flór más álta dánce y ría,
el viénto entre los árboles se muéve.

La palabra inicial hábilmente alude a un acto orientado por la razón (“Porque...”) que, no obstante, se resolverá en las dos imágenes espléndidas de los versos. El tono inicial es medio; se eleva en *flor*, destacándola con el primer acento rítmico. En cambio, en “más alta” el tono baja, porque el acento disminuye su fuerza con la sinalefa. La función de esta unidad es adjetiva y comparativa. En contraste, sigue el ritmo cortado de los verbos breves con acento grave (*dánce, ría*) que se homologan y refuerzan el ritmo ágil del verso. Ese tiempo de la danza y la alegría está sostenido por el compás, equilibrado y uniforme —como en fray Luis de León y San Juan— del endecasílabo heroico con tendencia narrativa. La imagen muestra cómo, en este nuevo tiempo, el huracán (ya superado) es ahora viento que se mueve entre los árboles, como una caricia en movimiento.

Ese poema de la creación es homólogo al corazón del poeta que asciende ya no de manera natural sino por la escalera, símbolo de los grados que el hombre debe superar en la vía mística y que guardan una especial comunicación entre sí (v. 19). Como la *vida-dicha* del comienzo, el corazón es *poema-pasión* (vs. 18 y 20); el don de sí mismo del poeta al Señor, “como una gema” (diamante, perla...). Los versos parecen sugerir que la vida del poeta y su obra

no alcanzan todavía la plenitud de la unión. El rasgo diferencial es que las estrofas anteriores son metáforas plenas, y ahora “poema” y “gema” se asocian al “corazón” y a la “pasión” por la vía del símil.

En la siguiente estrofa, el poeta se reconoce como criatura reducida, mediante la repetición paralelística del último verso del primer terceto del poema. Entonces el *corazón-pasión* del poeta se define con los atributos que hacen posible la *alegría* (ahora “canto”), como se manifestó en la segunda estrofa:

Por la divina sangre de la herida,
es fuerte y es sencillo y cancionero.
Filas de oro pusiste a su ola henchida.

Es un soberbio canto de afirmación que deriva del reconocimiento de la filiación divina del poeta y de su obra. ¿O mejor decir, de la *poesía* y del *poema* como dirá en “La voz”, hermoso poema del génesis y uno de los más nombrados de *Hora de junio*? El endecasílabo polirrítmico inicial es ágil y sonoro (lo cual se refuerza con el sonido reiterado de las íes en las dos palabras núcleo del verso: *divina-herida*); le sigue, como en el pareado, un endecasílabo heroico que sostiene al primero y lo deslinda. El equilibrio se refuerza con los enlaces internos que determina la conjunción copulativa *y*. A diferencia del pareado, ahora se añade un endecasílabo enfático que forja la imagen policroma, dinámica y brillante de las olas ribeteadas de oro. Es la imagen transfigurada del *corazón-pasión*.

Las estrofas siguientes cantan la génesis de esa unión como un orden que sale del caos gracias al amor, que es anterior a toda creación. Esa fuerza del Verbo en el origen lanza al *corazón-poema* sobre la órbita del tiempo (“la más pura”; “la mejor”, como lo indica el endecasílabo enfático). El amor selecciona de sus modalidades la más fina: la “ternura”. Ésta a su vez —nuevamente el eco de Garcilaso— se escoge en la oveja predilecta de ese Je-

sús—pastor, “que en diciembre hace eterna su ventura”. El tiempo sagrado se instala en el tiempo profano y determina sus ciclos eternos signados por la Navidad.

Inevitablemente, todo lector de Pellicer reconoce en esa alusión, la pasión del poeta-hacedor que fue dando cada vez más importancia a la creación del Nacimiento como una obra en que se aunaban todas las artes en torno a ese centro luminoso que ordena el mundo y lo redime.

El poeta, enfático, se afirma como portaestandarte del amor, por encima del dolor y la ventura. En un vislumbre del futuro pleno y anhelado que anunció el pareado de endecasílabos, afirma:

Danzaré alegremente, y en la danza
anillaré las espirales nobles
con que subo hasta ti viva alabanza.

Por serlo, las espirales de carácter ascendente se precisan como símbolos activos y solares; también cabe asociarlas con el aliento y el espíritu, como en las sociedades antiguas. Relacionadas con la danza, como en el terceto, es una forma de facilitar la entrada al “más allá”. Presuponen el intento de conciliación de la órbita de las transformaciones con el centro místico, para “penetrar hacia el interior del universo, hacia su intimidad”.⁴² El poema es ya “viva alabanza”, lo cual sugiere la unión alta, encarnada, de lo humano y lo divino.

La magnitud de la promesa, que el hombre afirma como certera, desemboca finalmente en las cuatro últimas estrofas del terceto. En ellas el poeta promete ejercer dos acciones que garantizan su transformación: “Sembrar”, “ser bueno”. La primera estrofa—como se organizan todas las grandes unidades del poema—tiene autonomía respecto de las otras tres, que parecen derivar de ella. Éstas se encabalgan en una espiral última, que a manera de oración eleva al cielo sus peticiones.

⁴² Cf. Cirlos 1984, s. v. *espiral*.

La actitud humilde del poeta paradójicamente se entrevera con el tono imperativo de la súplica, definida en la certeza del logro; es decir, en un acto de fe, y en la fuerza de esa pasión del corazón que antes ha denominado "ola henchida" (v. 23). Los versos culminan con el don de sí mismo del poeta, acto que a su vez lo consagra. El amor divino funde la nieve en lago y "la infinita palabra del amor" hará de esa agua divina filtrada lentamente por su cuerpo "la estalactita de la obediencia". En actitud reverente, el poeta reclama la corona del logro: "Toma mi frente / y cíñela Señor con la infinita / corona del amor". El último verso se destaca porque es un añadido a los tres anteriores que constituyen formalmente el terceto, internamente enlazado por las conjunciones copulativas y los encabalgamientos. La palabra *infinita* queda suspendida por el sentido y por ser final del verso. La ruptura relaciona y distingue, al mismo tiempo, el heptasílabo final.

Esta imagen del poeta laureado por el amor divino se proyecta en la apreciación crítica de su poesía que hizo tempranamente el abate J. M. González de Mendoza:

Si estuvieran aún de moda las metáforas bíblicas, cabría decir que el personaje vestido de blanco lino, con un estuche de escribano atado a la cintura, que vio el profeta —Ezequiel, 9, 2-6, para los amantes de precisiones eruditas—, ha trazado ya sobre la frente de Carlos Pellicer el *tau* que marca a los elegidos: los que escapan a la muerte.

EL MOTIVO DE JUNIO EN LOS POEMAS DE CARLOS PELLICER

De la última parte de este primer poema de *Colores en el mar*, 1915-1920, destacaré el terceto que la inicia y que sólo comenté de manera muy breve antes. Posiblemente se trata de la primera aparición de un motivo que, con múltiples variantes, recorre toda la poesía de Pellicer:

Sembrar mi vida de cordiales robles
—hóspitas curvas para el peregrino—,
y en *junio* darte mis cosechas, dobles.

(*Espiga*, p. 335. Las cursivas son mías)

La persistencia del motivo de *junio* y su concentración en el poemario *Horas de junio*, 1937, han sido señaladas varias veces por la crítica,⁴³ que tiende a asociarlo con la vida del poeta (“mitad de la vida”; tiempo de un “encuentro amoroso” pleno; de ser una ligera mención cuyo sentido, en cierto modo, se elude. Luis Rius admite: “Hay una clave que al lector escapa para entender la ‘mitad del tiempo, del espacio, incluso de dos estaciones’, etc.), pero en ninguno de los casos pasa historia de este libro. El lector presiente que esa clave existe (junio la tiene) y que se encuentra una historia entre líneas”.⁴⁴

El soneto “Poesía” de *Hora de junio*, 1937, comienza:

Poesía, verdad, poema mío,
fuerza de amor que halló tus manos, lejos,
en un vuelo de junios pulió espejos
y halló en la luz la palidez, el frío.

(*Espiga*, p. 182)

Junio es, al mismo tiempo, el dador del momento amoroso más intenso y el más efímero: “Poesía, verdad de todo sueño, / nunca he sido de ti más corto dueño” (*loc. cit.*). En este nuevo *carpe diem*, la voz poética ha cambiado el tono imperativo dirigido al otro, el tú de “Vive el momento fugaz”. Más bien viene de regreso después de haber realizado todas las acciones posibles con el máximo de intensidad:

⁴³ Cf., por ejemplo, Raúl Leiva, “La poesía de Carlos Pellicer”, *Estaciones* 1957, p. 38; Samuel Gordon, “Notas para una biografía literaria”, *Jornadas* 1989, p. 36, y Marcela Palma, “Ausencia presente / presencia ausente”, *Jornadas* 1989, p. 230.

⁴⁴ Luis Rius, “El *Material poético* (1918-1961) de Carlos Pellicer”, en *Mullen* 1973, pp. 134-177. Originalmente el artículo apareció en *Cuadernos Americanos* cxxiv (1962), pp. 239-270.

Yo rebose los cántaros del río,
paré la luz en los remansos viejos,
di órdenes a todos los reflejos;
Junio perfecto dio su poderío.

(*Loc. cit.*)

Por eso el tono es melancólico y, al mismo tiempo, el poeta resurge en una nueva órbita más alta y es capaz de un salto cualitativo.

Superada la esfera del amor profano —como la palmera (v. 10) y el poeta (vs. 18-25) en el poema analizado antes—, sin que se cancele en la memoria su presencia activa, liberada, el poeta entra en la órbita superior del amor divino. El torbellino del caos huracanado del génesis, de donde emergió el orden de las primeras formas —sensoriales, intensamente vivas y luminosas con lo cual manifiestan el infinito implícito en ellas—, se sustituye ahora por el orden de la más alta esfera —todavía humana— en espera de la unión última del hombre (*corazón-pasión*) con su Dios (*centro de luz eterna*): “El cuerpo hermoso quiere el infinito / y ya no la belleza. ¡La belleza / sin nombre, oh infinito!”⁴⁵

Octavio Paz y Frank Dauster, entre otros, reconocen esa transformación en el poeta y su obra.⁴⁶ Pero lo importante es percibir cómo se manifiesta literariamente este cambio. Conviene pues detenerse en algunos de los motivos poéticos que muestran la transformación. El cambio de las estaciones da las claves.⁴⁷

⁴⁵ Del poema-epígrafe al libro *Hora de junio*, 1937 (*Espiga*, p. 175) dedicado a su hermano. Más adelante comentaré este epígrafe.

⁴⁶ Para Frank Dauster, “estos cambios en nada afectan la premisa fundamental de la poesía de Pellicer: su canto de alegría tiene otra fuerza motriz ahora, es decir, la alegría ciega de los primeros libros se ha encaminado ya en una expresión religiosa. Más aún —dice— creemos que las dos actitudes están íntimamente ligadas y perfectamente consecuentes” (*Dauster* 1963). Octavio Paz, en *Las peras del olmo* (Paz 1974), comenta que la poesía de Pellicer “está bañada —sobre todo a partir de *Hora de junio*, 1937— por un sentimiento que no es fácil encontrar en los poetas modernos: la humildad, el asombro, la alabanza al creador y a la vida”.

⁴⁷ Las estaciones constituyen un motivo especialmente dilecto en el modernismo y en autores como Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, los Contemporáneos en México y otros posteriores. Un ejemplo de la importancia de este motivo en el ámbito

En *junio*, el verano (juego de los sentidos; estación del amor y tiempo de los mayas) pasa por su punto de umbral entre el 22 y el 23 o el 24 de junio. Es decir, se tocan el tiempo de la sangre y el tiempo caliente y seco del estío (propicio, como el desierto, al ascenso del espíritu).⁴⁸

La "hora de junio" que ese paso privilegia (como las dos espirales que se anillan en el verso del primer poema de *Colores en el mar*, *Espiga*, p. 233) es ese momento de tensión máxima entre los tiempos. Tiempo de muerte y de resurrección. En el orden cosmogónico, ésa es la hora de junio que indican los poemas de Pellicer.

Nótese la distinción entre el nombre del libro en singular: *Hora de junio*, y la designación en plural, "Horas de junio", para nombrar la serie de los sonetos que se refieren a la experiencia amorosa en tanto tal. Los poemas de acento épico, enaltecedores, están entreverados con esta serie de sonetos que contraponen el movimiento ascendente dominante (de las órbitas), con la cristalización de la pasión y de la pérdida.

Así como las estaciones son las cuatro fases del curso solar, y se corresponden con las edades de los hombres, la "hora de junio" que indica el solsticio de verano inicia el tiempo de la cosecha.⁴⁹ Lo cíclico, en la concepción del mundo de Pellicer de fundamento cristiano, no remite al principio cualitativamente inmutable del eterno retorno (la serpiente que se muerde la cola que el águila debió dominar). Esto limitaría la vida del hombre a un caminar en círculo. Lo que importa entonces es la certeza de que

literario mexicano es la aparición de *Estaciones*. *Revista Literaria de México*, en la primavera de 1956. En la contraportada, después del nombre de la publicación, se afirma: "Aparecerá con el ritmo de las estaciones del año". Aparecen como editores Elías Nandino y Alfredo Hurtado. La dirigen ellos y Alí Chumacero, José Luis Martínez y Carlos Pellicer. En la portada tiene un dibujo de los solsticios y los equinoccios y la posición de la Tierra que gira alrededor del Sol. En el número de invierno de 1957 se han sumado a la dirección Enrique Moreno de Tagle y Salvador Reyes Nevares. José Emilio Pacheco aparece como coordinador del suplemento "Ramas Nuevas".

⁴⁸ Cf. *Caro Baroja* 1984, p. 92. Comenta el estudioso que, desde la Edad Media hasta el siglo xvii, la palabra *verano* se usó para nombrar la primavera y *estío* para el verano.

⁴⁹ Los griegos representaban el verano "con corona de espigas, llevando un haz de ellas en una mano y en la otra una hoz" (*Cirlot* 1984, s. v. *estaciones*).

siempre pueden darse esos momentos de encuentro, en su máxima tensión, entre dos estados de la vida humana o entre dos o más visiones del mundo. Es el tiempo propicio para el salto cualitativo que pone en juego la libertad humana y su capacidad de selección. Estos actos del hombre, cualitativamente liberadores, requieren la superación del caos aparential.

Para reconocerse en el tiempo de la ascensión a que está llamado, el hombre capta gradualmente diversos estratos de ordenación que finalmente son sólo vías de acceso para llegar a la unidad dinámica y perfecta del principio generador. De ahí que en las poesías de Carlos Pellicer la figura clave para concretar ese paso del hombre por la historia —concreto y al mismo tiempo siempre pasajero en términos del objetivo último— sea *la espiral*, o mejor, *las espirales dobles*, constituidas en la tensión interna de la esencia y sus concreciones históricas, humanas.

“Anillar” las “espirales nobles” (dobles), no anularlas, da acceso a la apetecida unión de la criatura (*poema*) con su creador (*poesía*). Mientras tanto, el hombre (el poeta) *siembra* para “en junio darte mis cosechas, dobles”. Desde la perspectiva sustancial, cristiana, la estación y su simbología son signos-recordatorios que se sustantivan sólo en la medida en que el hombre los actualiza en su vida con un acto auténtico, renovador, que marque su pascua de la muerte a la resurrección: el hombre nuevo en el tiempo nuevo, siempre renovable hasta alcanzar la unidad última, trascendente.

Este paso dual (muerte-vida) propició el surgimiento de las fiestas ligadas a las estaciones y, con ellas, al ciclo anual de la producción agrícola. Casi como una consecuencia natural, los rituales de las fiestas religiosas relacionadas con los santos —sobre todo las fiestas patronales— reiteran el modelo primario de un *centro* —que, si no tiene, adquiere carácter religioso— y de una gramática ritual que emana de ese centro, pero se concreta en los modelos de otras celebraciones tradicionales de la vida del hombre.

Así como el Sol rige los ciclos de la naturaleza (de ahí su analogía con la deidad suprema), en muchas comunidades es frecuente

que el santo patrón reúna actos festivos relacionados con la vida social y la economía, junto con las celebraciones religiosas. Un caso paradigmático es la fiesta de San Juan Bautista, celebrada prácticamente en todo el orbe de lengua española y de tradición cristiana.

El día de San Juan se celebra el 23 o el 24 de junio, de acuerdo con el solsticio de verano.⁵⁰ Por eso a la celebración se le conoce también como “el gran festival del medio verano”.⁵¹ Junio, además, es el sexto mes del año y se asocian a él las nociones de “mediodía” y centro.

Considero que estos hechos son determinantes en la poesía de Carlos Pellicer. En ella el signo se sustantiva en símbolo fundador (junio–solsticio de verano–San Juan), pues sintetiza modalidades determinantes de su imaginario.

Para trazar esta relación conviene ir de lo particular a lo universal. La primera modalidad se refiere al lugar de origen del poeta que sabemos está presente en toda su poesía. En el imaginario se conforma como un espacio original y regenerador, debido a la presencia de las aguas primordiales que representan la vida del hombre (*río-mar*). Es también el espacio que comparte con el caos primero: la exuberancia de la naturaleza, el desorden que antecede y genera las primeras formas.⁵² Tanto la poesía de Pe-

⁵⁰ Para Frazer, los fuegos del solsticio estival generalmente se celebran en Europa en la víspera o en el día del solsticio, el 24 de junio. El cristianismo le ha llamado día de San Juan Bautista, pero la celebración es más antigua. El solsticio estival “es el gran momento del curso solar en el que, tras ir subiendo día tras día por el cielo, el luminar se para y desde entonces retrocede sobre sus pasos en el camino celeste” (*Frazer 1944*, p. 699). El fenómeno observado, por analogía, se presta para simbolizar un momento cumbre de umbral entre dos tiempos, dos estados de vida, etcétera.

⁵¹ *Id.*, p. 398.

⁵² Pellicer es claro cuando se refiere a esta condición aparente de su tierra, de sí mismo y de su obra: “Yo soy sumamente desordenado y ese desorden proviene de los pantanos de la tierra en que nací. En esos pantanos, claro, hay de repente una garza que, por su blancura, su quietud y su verticalidad, no tiene aparentemente nada que hacer allí; sin embargo, *sí tiene qué hacer*: algo parecido ocurre en mis poemas” (*Carballo 1965*, p. 227). En “Los primeros años. Datos biográficos de Carlos Pellicer Cámara”, Carlos Saavedra afirma: “Tabasco, desplegado generosamente entre su fauna terrestre y acuática, entre las que ‘perviven huellas de lo primigenio’ es tierra de un ‘desorden monumental’ [...] Pellicer lo ratifica: ‘Tabasco es desorden. Si usted va, se encuentra que aquello es la mata del desorden’” (*Saavedra 1989*, p. 15).

llicer como su biografía regresan una y otra vez a ese recinto amado. Ese lugar, que hoy se llama Villahermosa, se llamó desde la Colonia *San Juan Bautista*.

Julio Castellanos, pintor y amigo entrañable de Carlos Pellicer, fijó un indicio clave en uno de sus lienzos. En 1982 Olivier Debroise recuerda una anécdota que da relevancia al detalle como un guiño cómplice del pintor al poeta tabasqueño:

Después de una excursión en el Popocatepetl, Julio le comenta a Carlos Pellicer: “Convéncete de que eso no se puede pintar. La mirada tiene un límite. Lo que vimos, yo lo vi con el corazón [...] Nunca podré pintar un paisaje” [Debroise 1982, p. 51].

Y en efecto, la pintura de Castellanos es urbana. “Con la única excepción —escribe Debroise— de un detalle diminuto en la esquina superior de *El día de San Juan*, Castellanos nunca pintó paisajes” (*loc. cit.*).

El poema-epígrafe de *Hora de junio*, 1937, adquiere ahora una nueva posibilidad de lectura:

Hora de Junio:
espiga verde aún, fuerza de abril, ligera.
¡Ya de un golpe de remo y a la orilla
de alta mar!
El cuerpo hermoso quiere el infinito
y ya no la belleza. ¡La belleza
sin nombre, oh infinito!

(*Espiga*, p. 175)

La dedicatoria dice: “A mi hermano”, seguida del poema. ¿Podría leerse: “A mi hermano *Juan*”? El poema, como consta en el archivo personal, fue escrito en 1929 cuando Carlos Pellicer tenía treinta años; representaría más bien, o al mismo tiempo, los veintisiete años de Juan Pellicer, quien nació un 2 de junio, en la primavera de la vida: “espiga verde aún, fuerza de abril, ligera”.

Aludiría también, como señalé antes en este trabajo, a la situación de umbral del poeta que escoge el infinito “y ya no la belleza”. Aunque de hecho escoge entre la belleza derivada del poder de nombrar el mundo y “la belleza sin nombre” del infinito; de lo innombrable.

Si profundizamos más en las posibles asociaciones que junio-equinoccio de estío-fiesta de San Juan permitiría establecer con la poesía de Carlos Pellicer, se multiplicarán las facetas metafóricas de este motivo fundador.

Una de estas facetas mostraría los vasos comunicantes que ponen en diálogo poemas de Pellicer con textos de otros escritores. Por ejemplo con “Siesta” o “Ajuste” de Juan Ramón Jiménez. El primero se gesta entre dos umbrales (*verano-invierno; verano-primavera*). Como en los sonetos pellicerianos de “Hora de junio”, el poeta español canta desde la ausencia, habitada aún por el recuerdo amado:

Verano y sol aquí encima, sin ti,
un eco frío y una pompa seca.

Ahora será, otra vez primaveral, debajo,
a tu apretado alrededor, tu hora entera.

Hora con radios de tu corazón,
centro parado en floración suprema.

(Jiménez 1923-1936, pp. 39-40)

El segundo muestra la dificultad de “anillar” los tiempos para alcanzar la totalidad anhelada:

Qué difícil es unir
el tiempo de frutecer
con el tiempo de sembrar.

(El mundo jira que jira,
ruedas que nunca se unen
en una rueda total.)

Un solo día la vida,
un día completo y todo,
que no se acabe jamás.⁵³

A diferencia de Pellicer, quien ya alrededor de 1915, es decir de sus dieciocho años, cantaba la certeza del logro en sus futuros y el tono imperativo de la voz, como en el primer poema de *Colores en el mar*, 1915–1920, que analicé antes:

Izaré las banderas del amor
lo mismo en esta magna venturanza
que en palacio en ruinas del dolor.

Danzaré alegremente, y en la danza
anillaré las espirales nobles
con que subo hasta ti viva alabanza.

(*Espiga*, p. 335)

También se pueden trazar las redes que unen los poemas pellicerianos con el hermoso soneto de Antonio Machado, “Rosa de fuego”. En el soneto machadiano se tejen los amantes de primavera y de los cuatro elementos naturales, y la voz del sujeto poético los llama a la hora de plenitud del solsticio de verano en los dos tercetos del poema:

Caminad, cuando el eje del planeta
se vence hacia el solsticio de verano,
verde el almendro y mustia la violeta,

cerca la sed y el hontanar cercano,
hacia la tarde del amor, completa,
con la rosa de fuego, en vuestra mano.

(*Machado 1940*, p. 280)

⁵³ Juan Ramón Jiménez, “Ajuste”, *id.*, p. 59. No obstante que se reconoce el trazo de poesía del poeta español en los Contemporáneos, este poema en particular es posterior al que comentamos de Pellicer.

El soneto II de Pellicer de "Horas de junio" (*Espiga*, pp. 192-193) evoca el mismo tono y motivos similares, sólo que la voz del sujeto poético se involucra, porque es el sujeto amante:

A quien trae en las manos la primera
rosa y el primer canto, yo le digo:
toma estos frutos plenos, ven conmigo,
los dos seremos vida verdadera.

(*Espiga*, p. 192)

Otros caminos entre textos nos llevan a uno de los poemas predilectos de Carlos Pellicer, "Testimonios del viento", de Germán Pardo García. Canto de acento épico que pone en la voz de la Tierra un lamento por la posible pérdida de sus estaciones: "¡Primavera, verano, otoño, invierno! / ¡Cuatro heridas que me abre la Hermosura!"⁵⁴

Una faceta de relación, próxima a la de las estaciones, en cuanto responde a la misma concepción cosmogónica, es el motivo de los elementos naturales (aire, agua, cielo y tierra). Aparte de su elaboración en fragmentos de otros poemas, es el motivo principal en poesías como "Poema elemental" del libro de Pellicer, *Camino*, 1929, que inicialmente el poeta tituló *Órbita*.⁵⁵

La organización cuaternaria de la Tierra se amplía a otros contextos y frecuentemente mantiene la idea de un centro: "Cuatro estrofas", en el poema escrito por Pellicer en Bogotá el 21 de agosto de 1919; "Oda tropical a cuatro voces" con la voz del

⁵⁴ El poema apareció publicado por Pellicer en *Estaciones* 1957, p. 437. Después del título, el poeta mexicano escribe: "Una de las mayores creaciones poéticas de los últimos tiempos".

⁵⁵ Pellicer tituló inicialmente este libro *Órbita*, título que se cambió después, según lo explicó el poeta: "Bueno, ésa es una anécdota muy simpática. Guillermo Dávila, cónsul de México en París, poeta además, mi amigo, estando en prensa allá un libro mío y viviendo yo por ese tiempo en Italia, determinó, sin decírmelo, cambiar el título de *Órbita* por el de *Camino*". El poema se escribió en Agrigento y en el mar Jónico en 1926. Cf. *De la Selva* 1977, p. 63. El cambio no fue feliz. Encubrió un indicio que relataba el libro con uno de los motivos fundamentales de la cosmogonía pelliceriana. Véase el análisis del primer poema de *Colores en el mar 1915-1920*, *supra*.

poeta “al centro de las cuatro / voces fundamentales”; “A cuatro mares tocan los poemas”; “Cuatro niños / dejan en sed la fuente jardinera”; “en mi vitrina de cuatro ventanas”; “Una paloma negra / entablada su ritmo y otros cuatro / buscan la aguja mágica del cuento”, etcétera.⁵⁶

Sobre el motivo de *junio*, baste por ahora mencionar dos poemas de Vicente Aleixandre, posteriores a los que he comentado de Pellicer. El primero, “Junio”, mirado con nostalgia desde el invierno,

Junio caliente viento o flores mece,
corro o niñas, brazos como besos,
sueitas manos de junio que aparecen
de pronto en una nieve que aún me llora.

(*La destrucción o el amor*, 1932-1933,
Aleixandre 1960, p. 319)

recuerda el soneto de Pellicer, que comienza:

Hoy hace un año, Junio, que nos viste,
desconocidos, juntos, un instante.
Llévame a ese momento de diamante
que tú en un año has vuelto perla triste.

(*Hora de junio*, 1937; *Espiga*, p. 179)

El segundo, “Junio del paraíso”, es un poema en “voz alta” que canta a un mundo pleno, solidario:⁵⁷

⁵⁶ En orden de aparición, las referencias a los ejemplos son: “Cuatro estrofas”, *Colores en el mar*, Pellicer 1981, p. 50; “Esquemas para una oda tropical”, *Hora de junio*, 1937 (*Espiga*, pp. 165-168); “Invitación marítima”, *Hora de junio*, 1937, Pellicer 1981, p. 220; “Grupos de nubes”, *Hora de junio*, Pellicer 1981, pp. 228, 230, y “Poética del paisaje”, *Hora de junio*, 1937 (*Espiga*, pp. 118-120).

⁵⁷ “Junio del paraíso” pertenece a “Cinco poemas paradisiacos” de *Nacimiento último*, 1927-1952, *id.*, pp. 649-651. Acompaña a los poemas de *Nacimiento último* la nota que apareció en la primera edición: “*Nacimiento último*. Muerte, es decir, en la visión del poeta, nacimiento definitivo a la tierra unitaria. Probablemente escrito entre la terminación de *Sombra del Paraíso*, 1939-1943, y el comienzo de *Historia del corazón*, el último libro, recién acabado e inédito”, *id.*, pp. 585-586.

Sois los mismos que cantasteis
cogidos de la mano, hombres alegres, niños,
mujeres hermosas, leves muchachas.
Los mismos que en el mediodía de Junio,
dorada plenitud de una primavera estallada,
[...]

La dualidad del solsticio de estío en junio se marca por ser un tiempo entre la plenitud y el inicio de la caída del sol hacia el otoño y el invierno. La voz del sujeto poético muestra un proceso análogo, reiteradas veces, en los sonetos de "Horas de junio":

Junio me dio la voz, la silenciosa
música de callar un sentimiento.
Junio se lleva ahora como el viento
la esperanza más dulce y espaciosa.
(*Hora de junio*, 1937, *Espiga*, p. 178)

O como dirá después, de manera precisa, en un pareado de versos paralelos: "Amor así, tan cerca de la vida, / amor así, tan cerca de la muerte" (*ibid.*, p. 189).

Es natural que el sujeto poético, cercado por la contradicción, eleve su voz y reclame el salto unitario y la permanencia. Pero sólo por un instante. Entre el estar y el ser, el sujeto poético silenciará todo lo que no sea el "sólo ser":

Yo quise un instante, ser,
para siempre. Quise estar,
para siempre.
Y entre el odio y el amor
oí la voz
de lo que se ha de callar
sólo, para sólo ser.⁵⁸

⁵⁸ Fragmento iv de "La voz", *Hora de junio*, 1937 (*Espiga*, p. 332).

Desde esta perspectiva de lo deseado como objetivo último, junio puede ser la presencia colmada:

¿Dónde encontrar una palabra nueva
para ti, junio, que las traes todas?
Campo de espigas, vasta compañía.⁵⁹

No obstante, prevalece la contradicción mientras el salto cualitativo aún no es posible; el dinamismo interno de los tiempos queda en estas "Horas de junio" de los sonetos como la verdad que define la poesía-poema:

Poesía, verdad, poema mío,
fuerza de amor que halló tus manos, lejos,
en un vuelo de junios pulió espejos
y halló en la luz la palidez, el frío.

(*Espiga*, p. 182)

Y es precisamente el decir de Pellicer, en diálogo poético con José Gorostiza, el que llama la atención sobre esa verdad de junio que se muestra en el soneto entre sugerencias y silencios:

¿Te diste cuenta de que en Junio el día
tiene algo de la noche? La pregunta
lleva en la flor de tu presencia adjunta
el fruto silencioso deste día.⁶⁰

Al "campo de espigas" que es junio y que ya se anunció en el primer poema de *Colores en el mar*, 1915-1920, como una acción del sujeto poético ("Sembrar mi vida de cordiales robles"), se suma ahora todo el campo semántico asociado a la siembra y a los labrantíos. Es uno de los temas centrales en los poemas de Carlos

⁵⁹ Del segundo poema de "Tres recuerdos", escrito en junio de 1932, *Recinto y otras imágenes*, 1941 (*Espiga*, pp. 169-170).

⁶⁰ "Uno", "Diciéndole a José Gorostiza", *Reincidencias*, 1978 (*Espiga*, p. 198).

Pellicer. En *Piedra de sacrificios. Poema iberoamericano* (1924), por ejemplo, el sujeto poético se identifica como poeta-labrador (“Vivo mi juventud en noviazgo impaciente / como el buen labrador esperando su trigo”, *Espiga*, p. 247).

Pero ahora junio es el sujeto sembrador:

Labró Junio otra vez en carne viva
el campo del amor, y los terrones
su olor a entraña y húmedos talones
dieron al aire en que el amor cultiva.

Y el surco al horizonte se deriva
lleno de trinos y resurrecciones.
La mañana en las nubes, a jirones
se desnudó desnuda y persuasiva.

(“Soneto”, *Subordinaciones*, 1949;
Espiga, p. 195)

Este cambio de sujeto hace pensar en una visión melibeica del amor, en la cual la persona amada sustituye al “yo” amante (“Melibeo soy, é á Melibea adoro, en Melibea creo é á Melibea amo”), en un claro endiosamiento de su persona. De manera análoga, en Pellicer la palabra se escoge en el ritual de la consagración de la Misa: “Y a ti, por ti y en ti vivo y adoro”, que más adelante se entrelaza con los temas y motivos predilectos de su poesía: “manos”, “desierto” “una divina sed”, “cuádruple horizonte de las ansias que suscita” para culminar en la conjunción de la vida como viaje, y la alegría que informa la escritura:

[...] por el oasis
que hay en tu corazón para mi viaje
que en ti, por ti y a ti voy alineando,
con la alegría del paisaje nido
que voltea cuadernos de sembrados...

(Fragmento de *Recinto y otras imágenes*, 1;
Espiga, p. 142. Las cursivas son mías)

La hermosa y lograda identificación metafórica entre escritura y siembra, del último verso, se reitera en el momento humano de la desolación. Pero entonces el poema habla de palabras en fuga. Se disminuye la tensión de la síntesis, y la voz se narrativiza un poco, sin salirse de los endecasílabos, aunque los encabalgamientos amenazan sus límites:

Las palabras emigran y abandonan
el buen surco del verso que ya estaba
sembrado y las estrofas
revestidas de oro y las imágenes
frescas aún en el espejo igual
de donde tan difícil es sacarlas.

(*Recinto y otras imágenes; Espiga*, p. 329)

Esta relación entre escritura y siembra nos lleva una vez más a las fiestas del estío, a la fiesta de San Juan. En muchas partes éstas se relacionan con los “Jardines de Adonis” que se siembran en algunos lugares asociados a la fiesta de San Juan, como símbolo de la fertilidad de la tierra y de los hombres, según Frazer (*Frazer 1944*, pp. 398-399). Y en uno de los sonetos de “Horas de junio”, el poeta dice: “Junio, jardín de junio, yo no quise / sino sólo una voz de su ternura” (*Espiga*, p. 180).

En estos poemas del amor desbordado y totalizador, en términos de la persona amante —que caracteriza una etapa decisiva en la poesía y la vida del poeta— precisamente en la antesala de su más alto vuelo del espíritu, el ritmo de las estaciones se altera. La luminosidad y el brillo del estío triunfan sobre el otoño, gracias a la fuerza del amor, precisamente en el umbral del equinoccio de otoño:

Antes era Junio. Ahora es Septiembre.
Pienso en ti y mi amor es tan grande,
pienso en ti y el amor es tan fuerte

que la luz deslumbrante de Junio
es el jugo frutal de Septiembre.
("Recuerdos", 3: *Poemas no coleccionados*,
1922-1976; *Espiga*, p. 202)

Otros elementos relacionados con las fiestas estivales tienen eco en la obra poética de Carlos Pellicer: los fuegos del solsticio que se celebran desde tiempos muy remotos (*Frazer 1944*, p. 717); las aguas y, sobre todo el sol (la fiesta de San Juan es una fiesta solar). Sobre el agua de San Juan afirma Caro Baroja:

Las virtudes del agua de San Juan se consideran tan extraordinarias que no es necesario recurrir a manantiales especiales santificados para aprovecharse de ellas: las aguas del mar, las de los ríos e incluso el rocío de los campos tienen virtudes excepcionales en la noche y en la madrugada de ese día.⁶¹

Este mundo que anuncia en sus componentes básicos la posibilidad de conversión es fiel al sentido evangélico de la figura de San Juan Bautista. Además el sentido de liberación y de cambio se mantiene en la tradición, pues las fiestas del sol y de las aguas forman parte de las fiestas de la vida. Junto con las de mayo, las fiestas del solsticio de verano "son fiestas de exaltación de la vida [...] en manifestaciones múltiples: la vida de los hombres, de los animales y de las plantas, con el agua y el fuego como principios" (*Caro Baroja 1979*, p. 303).

El universo de la poesía de Carlos Pellicer se va haciendo de imágenes y motivos descritos con una gran fuerza de concreción poética, flexible y dócil a las exigencias del ritmo y de la armonía totalizadora que busca el poeta. El asombro parece orientar el trazo —amplio, variable— del lápiz o de la pluma sobre la hoja en blanco de sus cartas y manuscritos. Bajo ese aparente desbordamiento de las palabras (*palabra-música; palabra sustantiva*) del

⁶¹ *Caro Baroja 1979*, p. 174. También pp. 156 y ss.

primer plano, existe la búsqueda apasionada de un orden que emerja del dinamismo de la escritura. En apretada síntesis de acento bíblico, el propio Pellicer dice de sí mismo: "Yo soy [...] la sensualidad, el ritmo y la riqueza" (*Pellicer 1985*, p. 105), eco de aquel "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida".

Y, más adelante, delata dos de sus preferencias. Primero la pasión por la danza, donde cuerpo y movimiento forjan una imagen que se desplaza y borda figuras y formas al compás de la música. Es pues un deleite para la vista y para el oído. Recuérdense, entre otros, su soneto "La danza" (1924) y el poema largo "Lutos por Antonia Mercé", dedicado a Manuel M. Ponce; como motivo, además, la danza recorre muchos de los poemas de Pellicer. Por eso Italia ("aquí estoy en mi verdadera tierra, en mi casa") es "como una danza. Una danza maravillosa cuyo ritmo es inagotable e infinitamente variado". Y decir ritmo es decir orden.

Pero además añade su otra pasión: "Para mí el mundo es imagen". Imagen proteica; imagen meta del creador, ¿llegado el verano? Al hacerlo, se revela consciente de su escritura, de lo que lo particulariza frente a los otros y que una lectura atenta de sus poemas muestra ante nuestros ojos. Cuando escribe, esa diferencia surge del diálogo con la voz de los otros:

Yo continúo la tradición del *verso* con una cierta personalidad para ejercitarlo, adecuándolo a la imagen, liberándolo frecuentemente de la esclavitud del consonante. Las vocales me bastan para poner en acción toda una máquina de ritmo. A veces los adjetivos los convierto en sustantivos. Mi construcción no siempre es correcta. Yo lo sé. Pero siempre es *poética* [*Pellicer 1985*, p. 105].

La escritura deberá decantarse en los filtros finos que procuren su liberación (liberación del exceso): "A veces las imágenes son dobles o triples y se prestan a confusiones..." El poeta espera unos "pocos años" para que la *primavera gigantesca* que le acompaña "convierta los girasoles y las grandes rosas en breves frutos intensos, cuando mi *entusiasmo* por la vida se cambie de *grito hermoso*

[fundador del mundo] en una sola y *viva mirada*" (*loc. cit.*). Y, en efecto, así fue. Su don poético finalmente recalca en un trabajo que integra los sentidos: el Nacimiento. Escribe entonces poemas rítmicos, de gustoso saber tradicional y popular, como lo son los poemillas del Nacimiento, sobre los que volveré al final.

En la elaboración del Nacimiento que ponía cada año, Pellicer trabajaba con la luz, el agua, el tacto, el espacio y el tiempo; la mirada y el oído alertas para la captación del ritmo de las formas y su demandante necesidad de concreción. Fue también fundador de museos ordenados por él mismo con el intenso deleite de lograr la armonía de las formas, en espacios abiertos como en el Museo de la Venta, en Villahermosa. De esta manera lograba ver, palpar el resultado de su impulso creador y recreaba, sobre todo, el orden perdido del pasado prehispánico.

Poeta hacedor; siempre en movimiento como sus pies ágiles de caminante (véase "El viaje", *Subordinaciones*, 1949; *Espiga*, p. 343), con un oído sensible a los matices rítmicos de la palabra y de la naturaleza; mirada atenta y jubilosa que buscaba, a través de la exuberancia natural, la adecuación perfecta del sentido y la forma; punto de integración entre la unidad y la multiplicidad, en que el "orden" —sentido último de todo— se revelara, como en los símbolos de la "órbita" y de la "espiral". De ahí los dos extremos que finalmente se anillan: las miniaturas de los poemas del Nacimiento y los estudios o los instantes poéticos breves y perfectos —que por la vía del espíritu tocan lo esencial— junto con el gran aliento épico de los poemas sobre nuestra América y la naturaleza. Los últimos buscaban llegar a la concreción del poema fundador ¿correspondiente al sueño de Bolívar?

Esa mirada amplia que buscaba el orden subyacente que trasciende —lo cual motiva la riqueza de sus contrapuntos rítmicos— tenía rasgos perceptivos característicos del pintor que habitaba en Carlos Pellicer. Uno de estos rasgos lo llevó a concentrar la atención en las manos y su lenguaje, desde sus primeros poemarios. Años después, en 1951, José Moreno Villa dibuja sus

“dos tandas de manos mexicanas” en la búsqueda, desde la pintura —como ya lo había hecho el poeta con la palabra— de ese punto en que forma y espíritu se corresponden íntimamente. Entre la mano de Salvador Novo y la de Martín Luis Guzmán, dibuja y describe la mano de Carlos Pellicer:

Su mano es correcta. Yo no tengo nada que objetarle. Me parece la mano de un marino, acaso por el simple detalle de salir por la estrecha manga de una camiseta. No, y por su postura limpia de todo prejuicio, al menos de todo prejuicio terrenal o terrestre. (Los prejuicios marinos deben ser de otro tipo que desconozco.)

Pellicer ha recogido tierras y mares, ha cruzado sus pensamientos con hombres de todas las razas, pero su mano sigue impertérrita y lo mismo su fe cristiana. Ningún esguince, ninguna torcedura en ella.

Se ha posado sobre una forma rectangular, clásica, con el aplomo de los que miran de lejos; de los marinos, de los poetas [*Moreno Villa 1951*, pp. 148-149].

Esas manos y la palabra, definidoras del quehacer humano, delinean los poemas de Pellicer. Porque las manos y sus gestos están movidas por el espíritu interior, son el motivo que guía al poeta y al poema para acercarse al mundo. Su mirada se posa en ellas, y en ellas capta el movimiento del espíritu y de la sensibilidad que habita en el otro (“en la mano espiral del cielo humano”, *Espiga*, p. 126). Desde *Colores en el mar*, 1915-1920, toda la fuerza de la presencia ¿materna? y del espacio de la infancia se condensan, vía el recuerdo y el tono nostálgico, en las manos. Su reiterada presencia transmuta la nostálgica encanto y rivaliza con el mar:

Pasé todo el día pensando en sus manos.
¡tan amantes sus manos de amor!
Provincia. Paisajes lejanos.
Dolor.

Mi llanto de niño de entonces...
La noche de luna de la despedida...
Nuestras manos henchidas y ansiosas
llenaron la vida.

Pasé todo el día pensando en sus manos
y luego me puse a cantar.
Si el mar conociera sus manos!
Caía la tarde en el mar.

(*Colores en el mar*, 1915-1920;
Espiga, p. 159)

Manos hacedoras del poeta que se considera a sí mismo “artesano” de las palabras de Dios (*Espiga*, p. 358); sensibles, hacen del tacto —suave y fuerte— una caricia que le permite adueñarse de América y de su geografía, gracias a la obra artesanal que, en relieve, ofrece a la mano toda la extensión territorial. Porque el mapa en relieve está en la “mesa predilecta” del poeta, sabemos que esa cercanía forma parte de la cotidianidad. La totalidad geográfica se corresponde con la totalidad del instrumento de aprehensión: “América mía, / te palpo en el mapa de relieve / que está sobre mi mesa predilecta” (*Espiga*, p. 247).

No obstante la magia del tacto totalizador, al sujeto poético no lo mueve el afán de dominio. Reconoce que el saber de su acto amoroso es limitado; nada puede decir de su futuro, porque no le es dada la palabra profética. Ante la limitación, la caricia deviene una acción fuerte, intensa, que involucra toda la mano. El poeta capta la armonía de la totalidad, pero no puede, en definitiva, conocerla en sus múltiples estratos. En cierto modo, el poema pone en abismo el sentido de todo el quehacer poético de Carlos Pellicer: la captación de un orden armónico, en la totalidad inabarcable de manera directa. Pero aún no capta el sentido último de la historia americana:

¡Qué cosas te diría
si yo fuese tu profeta!

Aprieto con toda mi mano
tu harmónica geografía.
(*Espiga*, p. 247)

Son manos, además, deseantes, que guardan la huella de una relación amorosa intensa: "Tú alargaste crepúsculos en mis manos sedientas; / yo devoré en el pan tus trágicos estíos. // Mis manos quedarán húmedas de tu seno" (*Espiga*, p. 114).

En "Deseos", uno de sus poemas más apreciados, las manos son él mismo: su altura y su limitación; el sol que anhela el lado moridor; la ausencia de donde se gestará su palabra; su búsqueda del *instante* que supondría, implícitamente, su plenitud contradictoria, el anhelo del poeta de ser síntesis de la totalidad ("Trópico, para qué me diste / las manos llenas de color. / Todo lo que yo toque / se llenará de sol" (*Espiga*, p. 162).⁶²

Mano que busca la humanización del paisaje, lo cual implica sacarlo de la plenitud de su forma para insertarlo en la espiral deseante que busca unir los extremos de lo abismal y de lo trascendente:

Invitar al paisaje a que venga a mi mano,
invitarlo a dudar de sí mismo,
darle a beber el sueño del abismo
en la mano espiral del cielo humano

(*Espiga*, p. 126)

También se humanizan los ángeles, quienes han descendido del más allá al "más acá", entre el amor y la muerte, entre el tiempo y el infinito:

Se van a llenar las manos
de algo entre amores y mar.
Se van a llenar las manos
de una hora que azul da.

⁶² Me inclino más por esta interpretación, que por la de la crítica, que ve en este poema una voluntad de Pellicer de ser como los otros mexicanos o contemporáneos.

Se van a llenar las manos
de más-acá.

(*Espiga*, p. 172)

Manos plenas de amor que no encuentran su espacio: "Si estas manos vacías ya están llenas / al pensar en tu ser [...] // dónde ponerlas, manos asombradas / de mostrarse desnudas al destino / y levantar al cielo llamaradas" (*Espiga*, p. 191). Manos que expresan con la intensidad de su gesto el culmen del amor y los sentidos:

Tú eres más que mi tacto porque en mí
tu caricia acaricias y desbordas.
Y así toco en mi cuerpo la delicia
de tus manos quemadas por las mías.

(*Espiga*, p. 144)

Manos retratistas que logran comunicarse con especial precisión. En el lenguaje de las manos hacedoras, el centro del retrato se fija en el oficio caracterizador que revelan los rasgos. Por ejemplo, de escritor en el soneto "Tres notas para un retrato de Alfonso Reyes" que comienza: "La palabra a la mano y en la mano / toda la flor de la sabiduría" (*Espiga*, p. 321). De pintor en el soneto "A Héctor Cruz":

Y así voy, con los ojos en las manos,
diseminándome por tu pintura,
en que el color es puro, sin blancura,
desnudos primaveras y veranos.

Hay un hondo sentirse, y entre hermanos
me encuentro en tu paleta con la holgura
que se da en la belleza cuando es pura:
la mano se abre por soltar los granos.

(*Espiga*, p. 213)

Las variaciones del motivo son innumerables. Desde temprano se da la presencia de lo alto. Son manos-alas que revelan la inclinación al vuelo que impulsa al poeta: "La mano que tocó todas las cosas / ha de tocar un día / proporciones sutiles, sombras de alas gozosas" (*Pellicer* 1981, p. 169). Invisible mano capaz de establecer un punto de contacto entre el hombre y el cielo: "Es una hoja desasida / que una invisible mano herida / de lo más cielo desprendió" (*Espiga*, p. 203).

Este contacto relacionado con lo alado, y al mismo tiempo profundamente humano, se manifiesta en esos instantes en que la imagen se va haciendo ante nuestros ojos, en una perfecta adecuación entre la forma interior y la exterior, y muestra la riqueza del principio de concreción poética en la obra de Pellicer.

Así la paloma, que finalmente sustituye al águila en su imaginario —¿superación de los contrarios en el interior?—⁶³ se dibuja en un movimiento "fino" (su deseado "escribir con un lápiz muy fino") y sensible de la escritura. La imagen se libera de toda pesantez en la equilibrada elegancia del trazo liberado, maduro. La intensidad del acto creador hace que la escritura desfallezca:

La inevitablemente blanca
sabe su perfección. Bebe en la fuente
y se bebe a sí misma y se adelgaza
cual un poco de brisa en una lente
que recoge el paisaje.
Es una simpleza
cerca del agua. Inclina la cabeza
con tal dulzura,
que la escritura desfallece
en una serie de sílabas maduras.
("Grupos de palomas", *Hora y 20*, 1927;
Espiga, pp. 116-117)

⁶³ El primero de los "Dos sonetos de junio" de *Reincidencias*, 1978, comienza: "Junio trae en el hombro la paloma / que otro tiempo fue un águila. Sus manos / señalan horizontes tan lejanos / que apenas dan la altura de una loma" (*Espiga*, p. 196).

Esa poética del vuelo —que se resuelve en espirales ascendentes y en la transmutación del poeta en ala— ha buscado la plenitud de la unión en el instante diamantino en que se revela la eternidad, sólo por un momento, pero siempre ahí. Esperanza y reto de la acción del poeta —voz deseante, nunca satisfecha—. La fuerza palpable de esa convicción sustenta la voz y la palabra, desde los primeros poemas, como vimos en el poema “En medio de la dicha de mi vida” con el cual inicia su primer libro, *Colores en el mar*. Jaime Torres Bodet, compañero de generación de Carlos Pellicer, lo expresa con gran precisión poética al concluir los tercetos que dedica al poeta tabasqueño:

¡Cómo al leerle, el ánimo se asombra
de ver que ese *momento de diamante*
todo, en tus cantos, sin querer, lo nombra!
(De Jaime Torres Bodet a Carlos Pellicer,
Hora de Junio, 1958)⁶⁴

En 1937 Pellicer reúne los poemas de *Hora de junio*. Éstos entreveran la espiral de la historia, particularmente la experiencia del amor, en el “más acá”, con la espiral que busca las semillas esenciales más próximas al “más allá”, que aquí también se revela (cf. *supra*). Subyace una cosmogonía cristiana, evangélica, que atempera la angustia alejándola de un posible nihilismo o de una ambigüedad relativizante, en su centro. Sin embargo, la búsqueda es apasionada, contradictoria a veces, porque el poeta se coloca en el umbral de lo que intuye como verdad, y al mismo tiempo se le niega, en el difícil y anhelante camino de la búsqueda.

Basta acercarse a los poemas de Carlos Pellicer para percibir que el poeta busca lo esencial en la riqueza plural y exuberante de la naturaleza. También, lo he dicho antes, busca la huella de lo eterno en las figuras de los grandes hombres a quienes asocia con Cristo: Palabra encarnada del Padre. De esa búsqueda, y de los

⁶⁴ Cf. la nota 3.

instantes de encuentro entre la criatura y su creador, se teje el material poético de Pellicer. En *Hora de junio*, el poeta ha plasmado —como en ningún otro poemario— la armonía y la complejidad contradictoria, entreveradas a un tiempo, de esa cosmovisión que sustenta todo poema.

Individualmente, los poemas contribuyen a esta concepción integral y suman matizaciones que plasman los hechos de la historia y preparan la visión trascendente. La organización de todo el poemario revela también esa visión, como se ha visto a lo largo del análisis. Pellicer lo sabía y trató de explicarlo en un apunte manuscrito que pensó incluir como introducción a los poemas. Cuando Carlos Pellicer López leyó la primera versión de este acercamiento a la obra de Pellicer, tuvo a bien hacerme llegar el comentario del poeta. Fue gratificante leerlo por lo coincidente con mi punto de vista, y porque incluye detalles significativos de sus “poemas” y “poesías”:

Mi libro de poemas *Hora de junio* representa diez años de labor.

La *coherencia del conjunto* ha sido más bien espontánea y es acaso su mejor mérito. Con excepción de “Dúos marinos” y “Retórica del paisaje”, calculados más o menos desde el primero al último verso, los demás poemas son puro arrebató con mayor o menor intensidad, inclusive los sonetos.

Sobre dos poemas fuertes: “*Esquemas para una oda tropical*” y “*La voz*” reposa un arco poemático de temas diversos conjugado con otro —interior— de sonetos que se refieren, casi todos, a un desastre sentimental. El libro abarca, ambiciosamente, casi todos los climas y temas de la poesía. ¿Cuáles fueron resueltos bien y cuáles mal? No se me da la gana decirlo. El 95 por ciento de los versos de *Hora de junio* son endecasílabos, tratados libremente en lo que se refiere a las consonancias o asonancias. Y la libertad sólo se encuentra cuando los problemas técnicos fundamentales se han resuelto definitivamente. Ya entonces adjetiva uno como mejor le parece, crea una sintaxis y le desea un feliz año a los doctores necios. *Las alusiones político-sociales en la poesía existen desde hace 26 o 27 siglos. Pero la poesía político-social, inte-*

gralmente hablando, no ha existido, no existe, no existirá. Claro que pueden obtenerse buenos sueldos oficiales barbarizando de ese jaez. Pero nada más. *Las cosas de este mundo se relacionan, pero jamás se unifican o totalizan. La condición humana por excelencia no lo permite. La Justicia y la Bondad son primas de la Belleza. Jamás sus hermanas. Claro está que la poesía es mayor cuanto menos preocupada aparece por motivos inmediatos.* Por eso Rubén Darío es el más grande poeta de la lengua española: su equilibrio, en ese sentido y en todos, es perfecto. *Preparo un poema trágico representable sobre Cuauhtémoc. Será una obra antiimperialista: el héroe víctima del imperialismo azteca y del imperialismo español, pero la poesía estará presente cuantas veces yo pueda. No olvidar que existen poema y poesía* [Carlos Pellicer, abril de 1937. Las cursivas son mías].⁶⁵

Los dos poemas “fuertes” que constituyen el “arco poemático” que sostiene *Hora de junio* manifiestan el centro de la cosmovisión pelliceriana. Contrapuntean la serie de sonetos interiores y el efecto es de un equilibrio poético notable. La forma interior se corresponde sin fisuras a la forma exterior.

En el poema “Voz” se sintetizan todas las claves principales del sentido. El sujeto poético busca en el Génesis de la Palabra la clave de la Creación. La *Vox Dei* se manifiesta como “voz del universo” que crea el movimiento fundante del mundo. Los versos plasman un movimiento en “órbita”, no lineal —diría “en que nos movemos y somos”— que siendo el mismo, se transforma y deslinda, imantado entre sus partes:

Cuando en el pensamiento
de Dios, las cosas y los seres
fueron,
la voz del universo en cada acto —divina—
fue de la piedra al hombre y del cielo a la tierra
en órbitas magnéticas,

⁶⁵ Manuscrito del archivo de Carlos Pellicer, propiedad de su sobrino, Carlos Pellicer López.

11
nintocis y le desea ~~un~~ un feliz año
a los doctores ~~meios~~. Las reuniones
político-sociales en la prensa existen
desde hace 26 o 27 años. Pero la
prensa política-social, integralmente
hablando, no ha existido, no existe
ni existirá. Claro se puede detenerse bien
medios oficiales barbarizando de ese
gato. Pero nada más las cosas de este
mundo se relacionan pero jamás
se unifican, ~~totalizan~~ totalizan. La condi-
ción humana por esencia no lo permite.
La Justicia, la Bondad son primas de
la Belleza. Jamás sus hermanas. Por eso
Rubén Darío es el más grande poeta de
de lengua española: su equilibrio
es sutil y en todo, es perfecto. Prepárese
un poema trágico representable que
temor. Fue una obra antimperialista.
Se fue víctima del imperialismo
imperialismo español, pero la poesía
presta cuantas veces yo pueda. No olvide
que existen prensa y poesía.

Carlos Pellicer

México, D.F. Abril de 1937

Claro está que la poesía es mayor
cuanto más ~~se~~ preocupada aparece por
su ~~inmediata~~ inmediatez.

cambiando de apariencia y de silencio,
pero en su identidad, unánime.

(*Espiga*, p. 330)

De un lado, se da la creación divina de los seres y las cosas en el pensamiento del Creador. De otro, el hombre —creatura— se deslinda de la piedra, y lo celeste se vincula con la tierra. La Voz funda las voces que en ella se identifican. El hombre se moverá en el ámbito de la sombra de los ecos. Su palabra sólo puede repetir el trazo del origen divino que reproduce el eco (“palabras de ángeles caídos”, *loc. cit.*). Perseguirá en los reflejos el sentido del origen: “poema y poesía” (*loc. cit.*) donde “poesía” será el ser de las cosas todavía unido a su principio trascendente (lo deseado) y “poema”, la historicidad de la Forma.

Distinguirse, definirse otro, implica “soledad” en el origen mismo del mundo. El asombro identifica la “voz primera humana”. Asombro de reconocerse otro respecto de las cosas (“el hombre antes formaba parte de la montaña, / de río y nube y flor y esmeralda y abeja”, *loc. cit.*) y, desde la otredad, descubrir “la terrible —por ajena— belleza de las cosas” (*loc. cit.*).

Los reflejos imparten una movilidad y una transmutación espejeante porque en la esencia “esa voz es igual” (*loc. cit.*). Es necesario el silencio del hombre (el poeta) y de su voz que nombra lo aparenzial. Lo que define el acto poético y cognoscitivo es la búsqueda. De lo creado, importa la espiral que se lanza a lo alto. El poema destaca los colores más próximos a la contemplación de lo trascendente, propio de las líneas de la voz que llegan al cielo: “azules, moradas, violeta” (p. 331). Hasta ahí el poema. De la poesía, en la voz del poeta sólo queda la “súplica, secreta” (*loc. cit.*) que, cara al misterio, define al hombre.

Lo que se desea es *ser y estar* “para siempre”, “un instante” (*loc. cit.*); el estado de plenitud que una lo trascendente con lo histórico y lo libere. La parte v del poema (p. 332) coloca la voz poética ante la belleza objetivada en la naturaleza, vinculada con la voz

universal (“divina”). El trópico que simboliza la Belleza en otros poemas de Pellicer se reduce en los dos primeros versos de esta parte a unas pinceladas sintéticas (se silencia lo demás para que el sentido buscado se revele): “Mar y trino, un palmar”:

Un bosque de palmeras para llegar al mar
y en el camino el ave de un trino. ¡La Belleza!,
dijo la voz saliendo del alma, y en el alma
el eco: ¡La Belleza! Mar y trino, un palmar.

(*Espiga, loc. cit.*)

Y si bien por un instante parece darse la fusión buscada y la Belleza vuelve “a encerrarse en el alma”, prevalecerá el carácter solitario de la voz humana, distanciada de lo divino (“Lejos de lo divino se oye esta voz”, *Espiga*, p. 333), pero que testimonia su esperanza. Ahora son los cuatro elementos principales los que abren una posibilidad de encuentro: “En la tierra, en el agua, en el aire, en el fuego, / su ritmo tiene inercias irremediabiles. / Algo de Dios a veces parece que le espera” (*id.*).

Esta vinculación del hombre con la naturaleza —belleza encarnada— y su identificación paradigmática con el trópico son claras en “Esquema para una oda tropical” (*Espiga*, p. 165-168):

El trópico entrañable
sostiene en carne viva la belleza
de Dios. La tierra, el agua, el aire, el fuego,
al Sur, al Norte, al Este y al Oeste
concentran las semillas esenciales
el cielo de sorpresas
la desnudez intacta de las horas
y el ruido de las vastas soledades.

Entonces sí se oye el canto del universo y las palabras podrán hacer el milagro de la transmutación del poeta en cada una de las cosas que conforman la Belleza hecha forma en el origen del ser y del estar

en el pensamiento de Dios. La voz del poeta deviene grito fundador que, a su vez, funda el mundo en la medida en que lo asume:

La oda tropical a cuatro voces
podrá llegar, palabra por palabra,
a beber en mis labios,
a amarrarse en mis brazos,
a golpear en mi pecho,
a sentarse en mis piernas,
a darme la salud hasta matarme
y a esparcirme en sí misma,
a que yo sea a vuelta de palabras,
palmera y antílope,
ceiba y caimán, helecho y ave-lira,
tarántula y orquídea, zenzontle y anaconda.
Entonces seré un grito, un solo grito claro
que dirija en mi voz las propias voces
y alce de monte a monte
la voz del mar que arrastra las ciudades.
¡Oh trópico!
Y el grito de la noche que alerra el horizonte.

(*Loc. cit.*)

En los "Sonetos para el altar de la Virgen", el poeta puede enunciar la perfección que supera toda distancia. Así canta en los dos primeros cuartetos del tercer soneto de *Regina Coeli*:

Coronación, espíritu y presencia.
Reflejo del Espejo sin distancia.
El color imposible y su fragancia
y su tacto y su eco y su cadencia.

Era el color de la innombrable Esencia,
centro de la espiral que es la Sustancia,
orden que multiplica su abundancia,
perfección de divina consecuencia.

(*Pellicer 1981, p. 433*)

Los poemas de Pellicer emergen de una oralidad esencial creadora, en tanto el poeta vive inmerso en una cosmovisión cristiana centrada en el principio del Verbo creador que informa el universo de las cosas y de los hombres. El Verbo habita entre nosotros y se crea una cierta particularidad de esa voz universal que equivale a un universo de las formas, de “las voces”. El poeta —el hombre— crea en la medida en que logra sacar las palabras de ese estado esencial para corporeizarlas y darles vida.

Esta convicción de la oralidad como principio de la creación contribuye a que el Poeta, no obstante la conciencia del estado de búsqueda que lo define y que de suyo implica limitación, sienta la fuerza del poema y la proclame. En la creación por la palabra —que es todo poema— se confunden los límites entre lenguaje y voz:

Las palabras emigran
y en la huida
los plurales abandonan las *eses*
y queda así un rumor de viento manso
de despueses y adioses

(*Recinto y otras imágenes*, 17;

Espiga, p. 329)

Cuando las palabras emigran al poema, queda ese rumor de viento manso sibilante que alcanzamos a oír. El poema insiste en que su creación implica lo que resta en ese universo de las formas eternas —“espejo igual”—:

Las palabras emigran y abandonan
el buen surco del verso que ya estaba
sembrado y las estrofas
revestidas de oro y las imágenes
frescas aún en el espejo igual
de donde tan difícil es sacarlas.

(*Loc. cit.*)

El orgullo de la creación humana domina entonces la palabra poética: “la huida / de las palabras que te prefirieron / porque tú eres la causa de su suerte, / tú, poema, mejor que poesía” (*loc. cit.*).

Por eso el poeta reclama imperativamente a la “Vida” el dominio de la voz y, con ella, del lenguaje:⁶⁶ “Dame la voz, el signo de las voces, / la señal de los signos...”

DE LA CONTEMPLACIÓN A LA MÍSTICA

Antes de concluir este acercamiento a la poesía de Carlos Pellicer destaco, para precisar su significación, la entrada del “poema” en las palabras redondas, esenciales de la “poesía”, propias de una experiencia que llegó a pasar de la contemplación a la mística.

Toda la exuberancia y el acento épico de los poemas de Pellicer se transmutan en sus últimos años, como ya señalé antes, en el quehacer de las figuras del Nacimiento, cada una como expresión encarnada de la vivencia que toca —cada vez más frecuentemente— la otra orilla. Como lo cantó en el poema de amplio aliento, “La voz”, todo regresa al momento naciente en que el Amor funda su centro.

El sentido místico de la poesía de Pellicer, en diversos grados y de manera parcial, puede espigarse desde sus primeros poemas. Sin embargo, es notable su llegada a la forma naciente del Verbo que, en su caso, no pudo sino coincidir con el Nacimiento de Jesús.

Si se sigue el trazado de la presencia de *la noche* —motivo que también recorre, en diversidad de matices, estos poemas y poesías—, se revelará el paso del asombro a la contemplación, y de ésta a la mística. Nada más propicio que la noche del nacimiento de la Palabra para manifestarlo. Por eso he querido cerrar la selección de poemas de este libro de Pellicer, y sobre Pellicer, con tres

⁶⁶ “Estudios”, 2, *Recinto y otras imágenes*, p. 319.

poesías que evocan esa noche primigenia: “Nada como la noche” (*Espiga*, pp. 364-365); “La noche” (*ibid.*, pp. 366-367) y “La palabra en la noche” (*ibid.*, pp. 368-369).

En “Nada como la noche” el poeta enuncia la unión, gracias a “la luz de esta noche”. Y en ese “Pan diamante”, alimento eterno que Dios le da, la criatura se define en el “nosotros”: “Entonces no soy yo: / somos nosotros” (p. 364).

Los versos cantan la entrada a un tiempo por encima de todo tiempo: “eterna Vida” (p. 366). Una mirada basta para llenar de luz la creación y proclamarlo en voz alta: “Miró el pintor / y la paleta / fue toda luz, a toda voz” (p. 367). En la noche, la Luz y la Palabra. Las imágenes de los contrarios —no contradictorios— hablan de esa armonía del amante y el amado:

La palabra en la noche
fuego sin llama,
profundo acorde.

(*Espiga*, p. 368)

El Colegio de México

YVETTE JIMÉNEZ DE BÁEZ

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Nota: En las abreviaturas de los libros, mantengo el año de la primera edición.

Aleixandre 1960

Vicente Aleixandre, *Poesías completas*, pról. de Carlos Bousoño, Aguilar, Madrid, 1960.

Bachelard 1958

Gaston Bachelard, *El aire y los sueños. Ensayo sobre la imaginación del movimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958 (Col. Breviarios, 139). [1ª ed. en francés, 1943.]

Carballo 1965

Emmanuel Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, Ediciones del Ermitaño-Secretaría de Educación Pública, México, D. F., 1986. (Col. Lecturas Mexicanas, segunda serie, 48). [1ª ed., Ediciones del Ermitaño, 1965.]

Caro Baroja 1979

Julio Caro Baroja, *La Estación del Amor. Fiestas populares de mayo a San Juan*, Taurus, Madrid, 1979 (La otra historia de España, 3).

Caro Baroja 1984

Julio Caro Baroja, *El Estío Festivo. Fiestas populares del verano*, Taurus, Madrid, 1984 (La otra historia de España, 10).

Caso 1957

Antonio Caso, *Antología filosófica*, pról. de Samuel Ramos, selec. de Rosa Krauze de Kolteniuk, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1957 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 80).

Cirlot 1984

Juan Eduardo Cirlot, *Diccionario de símbolos*, 6ª ed., Ed. Labor, Barcelona, 1985 (Nueva Editorial Labor/Ciencias).

Contemporáneos 1928

Contemporáneos (México), núm. 4 (septiembre, 1928); núm. 5 (octubre, 1928); núm. 6 (noviembre, 1928), y núm. 7 (diciembre, 1928), en *Contemporáneos*, vol. II, ed. facsimilar Fondo de Cultura Económica, México, 1981 (Revistas Literarias Mexicanas Modernas).

Córdova 1975

Arnaldo Córdova, "¿Espiritualismo o positivismo? La filosofía de la Revolución mexicana", en *Cuadernos Políticos* (México), julio-septiembre de 1975, núm. 5.

Darío 1952

Rubén Darío, *Poesía. Libros poéticos completos y antología de la obra dispersa*, estudio preliminar de Enrique Anderson Imbert, ed. Ernesto Mejía Sánchez, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1952 (Biblioteca Americana, 20).

Dauster 1963

Frank Dauster, "Aspectos del paisaje en la poesía de Carlos Pellicer", en Edward J. Mullen, *La poesía de Carlos Pellicer. Interpretaciones críticas*, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades/Dirección General de Publicaciones, México, 1979, pp. 55-65 (Textos Contemporáneos).

→ *De la Selva 1977*

Mauricio de la Selva, "Homenaje a Carlos Pellicer. Poeta de América", *Cuadernos Americanos*, CCCXII (mayo-junio 1977), núm. 3, pp. 55-65.

Debroise 1982

Olivier Debroise, "La inmóvil permanencia de lo mudable", en *Homenaje 1982*, pp. 51-66.

Estaciones 1956

Estaciones. Revista literaria de México, I (primavera, 1956), núm. 1.

Estaciones 1957

Estaciones. Revista literaria de México, II (invierno, 1957), núm. 8.

Estaciones 1958

Estaciones. Revista literaria de México, III (invierno, 1958), núm. 12.

Frazer 1944

Sir James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*, 3ª ed. en español, Fondo de Cultura Económica, México, Buenos Aires, 1956. [1ª ed. en español, 1944.]

Gladios 1916

Gladios (México), I (enero, 1916), núm. 1; I (febrero, 1916), núm. 2, en *Gladios, La nave*, ed. facsimilar Fondo de Cultura Económica, México, 1979 (Revistas Literarias Mexicanas Modernas). [Sección de Literatura a cargo de Carlos Pellicer.]

Homenaje 1982

Homenaje nacional a los Contemporáneos. Revista de Bellas Artes, tercera época, noviembre de 1982. [Incluye artículos de L. Córdova y Aragón, C. Monsiváis, R. Salazar Mallén, J. S. Brushwood, I. Arredondo, O. Debroise, D. Huerta, D. Galicia y S. Suárez.]

Huerta 1982

David Huerta, "Lugares de los Contemporáneos", en *Homenaje 1982*, pp. 57-61.

Jiménez 1923-1936

Juan Ramón Jiménez, *La estación total. Con las canciones de la nueva luz* (1923-1936), Losada, Buenos Aires, 1946.

Jiménez de Báez 1990

Yvette Jiménez de Báez, *Juan Rulfo. Del Páramo a la esperanza*.

Una lectura crítica de su obra, 2ª ed. revisada, FCE, México, 1994.
[1ª ed., El Colegio de México-FCE, 1990.]

Jiménez de Báez 1991

Yvette Jiménez de Báez, "Los de abajo de Mariano Azuela: escritura y punto de partida", en *Homenaje a Antonio Alatorre, Nueva Revista de Filología Hispánica*, 40 (1992), pp. 843-874. También: "Voz y perspectiva en *Los de abajo*, de Mariano Azuela", en *Varia Lingüística y Literaria. 50 años del CELL. III. Literatura: siglos XIX y XX*, ed. y pról. de Y. Jiménez de Báez, con la colaboración de Martha Lilia Tenorio, El Colegio de México, 1997 (Publicaciones de la *Nueva Revista de Filología*, VIII), pp. 349-368.

Jiménez de Báez 1992

Yvette Jiménez de Báez, "Carlos Pellicer contemporáneo", en *Reflexiones Lingüísticas y Literarias. II. Literatura*, Rafael Olea Franco y James Valender (eds.), El Colegio de México, México, 1992, pp. 269-299.

Jiménez de Báez 1994

Yvette Jiménez de Báez, "Poesía y liberación en los poemas de Carlos Pellicer", en *Los Contemporáneos en el laberinto de la crítica*, Rafael Olea Franco y Anthony Stanton (eds.), con la colaboración de R. Barriga Villanueva, L. M. Schneider, G. Sheridan, El Colegio de México, México, 1994, pp. 305-321.

Jornadas 1989

"Mirando el río de aquellas tardes. Estudio sobre Carlos Pellicer", en *Primeras Jornadas Internacionales Carlos Pellicer*, Villa Hermosa, Tabasco, 1989, ed. y pról. de Samuel Gordon, ICT Ediciones, Tabasco, 1990.

Machado 1940

Antonio Machado, *Poesías completas*, 6ª ed., Espasa-Calpe, Buenos Aires, México, 1952. [1ª ed., 1940.]

Magaña 1997

Francisco Magaña, "Carlos Pellicer. El incendio del vuelo", en *Tierra adentro* (México), junio-julio de 1997, pp. 63-66.

Martínez 1949

José Luis Martínez, *Literatura mexicana del siglo xx (1910-1949)*, 1ª parte, Antigua Librería Robredo, México, 1949 (Clásicos y Modernos/Creación y Crítica Literaria, 3).

Moreno Villa 1951

José Moreno Villa, *Los autores como actores y otros intereses literarios de acá y allá*, El Colegio de México, México, 1951.

Mullen 1973

Edward J. Mullen (ed.), *La poesía de Carlos Pellicer. Interpretaciones críticas*, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades/Dirección General de Publicaciones, México, 1979 (Textos Contemporáneos).

Mullen 1973a

Edward J. Mullen "Motivos precolombinos en la poesía de Pellicer", en *Mullen 1973*, pp. 89-105.

Negrín 1995

Edith Negrín, *Entre la paradoja y la dialéctica. Una lectura de la narrativa de José Revueltas*, Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio de México, 1995.

Novo 1928

Salvador Novo, "Mutilaciones y pequeñez de los nombres seudónimos", *Revista de Revistas*, 16 de septiembre de 1928.

Ortiz de Montellano 1930

Bernardo Ortiz de Montellano, "Literatura de la Revolución y literatura revolucionaria", en *Contemporáneos*, abril de 1930, núm. 23, pp. 77-81.

Ortiz de Montellano 1931

Bernardo Ortiz de Montellano, "Esquema de la literatura mexicana moderna", en *Contemporáneos*, mayo de 1931, núm. 36, pp. 195-210.

Pacheco 1969

José Emilio Pacheco, "Homenaje a Carlos Pellicer", en *Carlos Pellicer. El vuelo de más largo horizonte. La vida literaria*, núms. 25-26, marzo-junio de 1977, pp. 32-34.

Pasternac 1997

Nora Pasternac, "Corrientes cristianas durante los años 30 en la revista *Sur*", en *Varia Lingüística y Literaria. 50 años del CELL. III. Literatura; siglos XIX y XX*, ed. y pról. de Yvette Jiménez de Báez, El Colegio de México, 1997 (Publicaciones de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, VIII), pp. 265-284.

Paz 1955

Octavio Paz, "La poesía de Carlos Pellicer", en *Las peras del olmo*, UNAM, México, 1957, pp. 95-104. [Fechado al final del ensayo: México, 1955.]

Paz 1978

Octavio Paz, *Xavier Villaurrutia en persona y obra*, con diez dibujos de Juan Soriano y una iconografía, Fondo de Cultura Económica, México, 1978. También en *Villaurrutia 1980*.

Paz, Chumacero, Aridjis, Pacheco 1966

Octavio Paz, Alf Chumacero, Homero Aridjis, José Emilio Pacheco, *Poesía en movimiento (1915-1966)*, tomos I y II, Siglo XXI-SEP Cultura, 1985 (Lecturas Mexicanas, 4 y 5). [1ª ed., Siglo XXI, 1966.]

Pellicer 1917

✓ Carlos Pellicer (ed.), *Poemas de Antonio Machado y Manuel Machado*, selec. e impresiones de C. Pellicer, *Cultura* (México, D. F.), v (1917), núm 3.

Pellicer 1959

Carlos Pellicer, *Museos de Tabasco*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1959. También se reproduce en *Por qué el nombre de Carlos Pellicer es importante en la poesía*, núm. especial de *Flor y Canto. Revista de Hispanoamérica. Poesía, Relato, Ensayo*, 1 (1980), núms. 4-5.

Pellicer 1979

Carlos Pellicer, *Poemas*, ed. y pról. de Mónica Mansour y nota biográfica de Carlos Pellicer López, Promexa Editores, México, 1979.

Pellicer 1981

Carlos Pellicer, *Obras. Poesía*, ed. de Luis Mario Schneider, Fondo de Cultura Económica, México, 1981 (Letras Mexicanas). [Al citar, utilizo la 2ª edición de 1994, porque hay variantes.]

Pellicer 1985

Carlos Pellicer, *Cartas desde Italia*, ed., presentación y notas de Clara Bargellini, Fondo de Cultura Económica, México, 1985 (Tezontle).

Pellicer López 1982

Carlos Pellicer López (ed.), *Pellicer. Álbum fotográfico*, ed., cronología y notas de Carlos Pellicer López, Fondo de Cultura Económica, México, 1982 (Tezontle).

Pérez 1991-1992

Herón Pérez, "De la candelaria a las lumbradas", en *Estudios. Filosofía. Historia. Letras* (invierno de 1991-1992), núm. 27, Instituto Tecnológico Autónomo de México, pp. 53-77.

Prats Sariol 1990

José Prats Sariol, *Pellicer río de voces*, ICT Ediciones, Gobierno del Estado de Tabasco, México, 1990.

Revista Nueva 1919

Revista Nueva, Órgano de la Juventud Universitaria de México, 1 (9 de

junio de 1919), núm. 1, y I (25 de junio de 1919), núm. 2, en *San-ev-ank, Revista Nueva*, ed. facsimilar Fondo de Cultura Económica, México, 1979 (Revistas Literarias Mexicanas Modernas).

Saavedra 1989

Carlos Saavedra, "Los primeros años", en *Jornadas 1989*, pp. 14-35.

San-ev-ank 1918

San-ev-ank (México, D. F.), I (11 de julio de 1918), núm. 1, y II (15 de noviembre de 1918), núm. 1, en *San-ev-ank, Revista Nueva*, ed. facsimilar Fondo de Cultura Económica, México, 1979 (Revistas Literarias Mexicanas Modernas).

Sheridan 1991

Guillermo Sheridan, "Carlitos saluda a Pepe", *Biblioteca de México*, agosto de 1991, núms. 3 y 4.

Torres Bodet 1928

Jaime Torres Bodet, "Perspectiva de la literatura mexicana actual: 1915-1928", en *Contemporáneos*, septiembre de 1928, núm. 4, pp. 1-33.

Torres Bodet 1961

Jaime Torres Bodet, *Obras escogidas de Jaime Torres Bodet*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961, pp. 180-182.

Villaurrutia 1927

Xavier Villaurrutia, "Cartas a Olivier", *Ulises. Revista de curiosidad y crítica*, junio de 1927, núm. 2, pp. 61-67.

Villaurrutia 1931

Xavier Villaurrutia, "Sobre la novela, el relato y el novelista Mariano Azuela", en Francisco Monterde (ed.), *Mariano Azuela y la crítica mexicana. Estudios, artículos y reseñas*, pról. de F. Monterde, Secretaría de Educación Pública, México, 1973 (Col. SEP/Setentas, 86).

Villaurrutia 1940

Xavier Villaurrutia, *Textos y pretextos. Literatura-Drama-Pintura*, La Casa de España en México, México, 1940.

Villaurrutia 1980

Xavier Villaurrutia, *Antología*, pról. y selec. de Octavio Paz, Fondo de Cultura Económica, México, 1980 (Letras Mexicanas).

Zaid 1969

Gabriel Zaid, "Casa a la alegría", en *Carlos Pellicer. El vuelo de más largo horizonte. La vida literaria*, núms. 25-26, marzo-junio de 1977, pp. 11-13. [Con mínimas variantes, y bajo el título de "Homenaje a la alegría", aparece en *Zaid 1997*, pp. 235-240.]

Zaid 1989

Gabriel Zaid, "Siete poemas de Carlos Pellicer", en *Revista Iberoamericana*, LV (1989), núms. 146-147, pp. 1099-1118.

Zaid 1997

Gabriel Zaid, *Tres poetas católicos*, Océano, México, 1997.

Zea 1943

Leopoldo Zea, *El positivismo en México: Nacimiento, apogeo y decadencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1968. [1ª ed., en 2 tomos, 1943.]

III. LOS POEMAS EN BUSCA DE LA POESÍA

ETERNIDAD

DIVINA juventud, corona de oro,
ventana al Paraíso.
¡Te poseo total! (La muerte no figura
en el reparto íntimo.)
Oíd lo que cantan las musas:
enciende la noche, ha muerto el destino.

6, 7 *poemas*, 1924

A LA POESÍA

SABOR de octubre en tus hombros,
de abril tu mano da olor.
Reflejo de cien espejos
 tu cuerpo.
Noche en las flautas mi voz.

Tus pasos fueron caminos
de música. La danzó
la espiral envuelta en hojas
 de horas.
Desnuda liberación.

La cifra de tu estatura,
la de la ola que alzó
tu peso de tiempo intacto.
 Mi brazo
sutilmente la ciñó.

En medio de las espigas
y a tu mirada estival,
afilé la hoz que alía
 al día
la cosecha sideral.

Trigo esbelto a fondo azul
cae al brillo de la hoz.
Grano de oro a fondo negro
 aviento
con un cósmico temblor.

Sembrar en el campo aéreo,
crecer alto a flor sutil.
Sudó la tierra y el paso
a ocaso
del rojo cedía al gris.

Niveló su ancha caricia
la mano sobre el trigal.
Todas e idénticas: ¡una!
Desnuda
la voz libre dio a cantar.

Sabor de octubre en tus hombros,
de abril tu mano da olor.
Espejo de cien espejos
mi cuerpo,
anocheceará en tu voz.

Siracusa, 1928

Camino, 1929

GRUPOS DE FIGURAS

A Genaro Estrada

Los GRUPOS de figuras
equilibrio con onzas de poema
—la voz lineal y las palabras mudas.

Los efebos se bañaban en el Eurotas.
La tarde en automóvil detuvo sobre el puente,
y entre las aguas rotas
de acantilante labio a veces,
el sudor del estío
refrescaba sus gotas en las gotas
de la caída en arco a hender el río.

Sobre una piedra
deja un joven su ropa.
Se descalza apoyándose
y entra al río saltándolo
y en la mano le tiembla un poco de agua
de lujo y desnudez.

En la prosodia esdrújula y aguda
risas y gritos se bañan tan claros
que a toda voz desnuda.

En un grupo de cuatro las cabezas
siguen el ritmo de las piernas vivas
al principio de un juego.

Se agrupan en la orilla y al dispersarse luego
—brisa en la desnudez del calor ciego—
paraliza el rincón su antigua estrofa.

Áridas, las montañas militares
alertan sus gargantas desastrosas.

Los grupos de figuras
equilibrio con onzas de poema,
la voz lineal y las palabras mudas.

El parque del colegio rueda en sombras:
nubes sobre el estanque y pino intenso.
Al pie de cada paso roen quiebres las hojas.

Yo me tropiezo y caigo y de todos los rumbos
ciñe al parque un coral de veinte risas,
y así el poeta es fruto
comido de mujeres y de prisas.

Primero dos se acercan; luego, todas.
Las preguntas pueriles
como ardillas en lianas tropicales
saltan entre los límpidos abriles.

La rueda de mujeres cuyos senos
bajo el color del vestido,
en la lista frutal que a otoños pido
es fuga de espirales.

Unas por la cintura, las otras por el cuello
se abrazan.
El rojo al amarillo da el destello

y danza
a un oro tan alegre, que el cabello
de aire cambia.

Todas —rueda—, uno,
el anillo nervioso de las bodas.
Pinos. Risa y poema.
Los grupos de figuras
equilibrio con onza poesía
la voz lineal y las palabras mudas.

En el piso cincuenta
las viguetas de fierro, paralelas,
vida cuadrangular dan al espacio.
Dos obreros azules
remachan un amarre. Los martillos
enloquecen los átomos de fierro
y hacen brillar el hongo del tornillo.

La pausa entre dos golpes
da a una figura el par del otro instante.
Los músculos del cuello
hacen eco a los ruidos. Y parte una
canción que cruza el vértigo en la palma
de la mano del aire que la deja
en otro oído que al sentirla piensa
en cinematográficos amores.

Abajo, la ciudad arterialmente
bebe la gasolina.
Y el ritmo microbial que la devora
es un hermoso caos.

Solos, los dos obreros
desmoronan la altura a martillazos
y son, azules y altos, vértigos prisioneros.

Los grupos de figuras
equilibré con onzas de poema,
la voz lineal y las palabras mudas.

Hora de junio, 1937

IV. LOS MOTIVOS DEL POETA Y EL AMOR

“¡EL MAR, Y SIEMPRE EL MAR!”

EL MAR —que no es un aspecto físico del Mundo, sino una manera espiritual— tiene para mi corazón los elementos principales para subordinarme a él.

Por el afán dinámico que predomina en mí, el gran lugar donde se mueve el agua me atrajo soberanamente. Y me atraerá por mucho tiempo todavía.

¡Playas de México, playas de Colombia, de Venezuela —repúblicas inolvidables a donde llevé durante dos años la representación de los estudiantes mexicanos—, playas de Cuba, sonoras playas del Atlántico, soberbias playas del Pacífico! La sal y el viento de sus panoramas han invadido mi sangre tornasolándola con todos sus recuerdos.

A Salvador Díaz Mirón, lleno de la eternidad de la gloria, viejo y entristecido y olvidado, dedico estos versos marinos, breves homenajes.

Colores en el mar, 1915-1920

LANZÓ el mar el gran grito de la aurora
y fue desmantelándose lo mismo que un navío.
Yo dilaté mi espíritu, reverdecí, y en toda
la playa hubo un encanto de espumas y de bríos.

Nuevas decoraciones vio el mundo. La mañana
me devolvió mis dulces manzanas. En la flor
del alba, dispersé la Rosa de los Vientos:
Al Norte, al Sur, al Este y al Oeste el amor.

Floralia luminosa, disímbola y constante.
Sobre alabastros nuevos mi vaso cincelé.
(Los matinales brindis de las albas cantantes,
de todas las auroras de mi inmutable fe.)

Planté en la playa el noble palmar de tu recuerdo;
te erigí el obelisco de mi blanca lealtad.
Debajo de las palmas y enfrente del desierto
me consagré a la aurora de tu inmortalidad.

Colores en el mar, 1915-1920

DÚOS MARINOS

A Xavier Villaurrutia

EL MAR diurno en la sombra de sus naves.
El mar nocturno en el farol de proa.
El mar del día que voltea el día.
El mar de noche que el timón platea.
Los días en el mar nos siembran cielo.
Las olas diarias lían su fortuna.
El mar noche es la rana gigantesca:
croa gárgaras bruscas en las rocas.
El sol arquea peces voladores,
la luz a tiempo es flecha en tiempo claro.
El mar sabe su edad en pleno día.
En las noches marinas son morenos
los andantes espumas del pasado.
El mar de noche es de segunda mano.
El mar de día es toda la sandía,
la primera tajada es brisa y rosa,
barca lisa en el agua amanecida,
mano de siesta y agua presurosa.
La tinta de los pulpos deja a tientas
el mar que busca la puerta del baño.
La gran noche del mar es vida o muerte.
El mar se busca y se halla y grita y huye.
La sal huele a azúcar en manos mojadas
y el color es nada que nadie miró.
Cuando el mar nocturno, cuando el mar diurno
—¿las sombras desde cuándo?, ¿las luces cuándo?—
vira el viaje a las islas sorprendidas,

el ave del paraíso mueve su reflector
sobre la fiesta enorme de Oceanía.
El agua en la mañana
ciñe a los niños limpia resolana.
Las noches están llenas de piedras usadas.
El mar nocturno, el mar bajo de noche
cuyo viaje aplazó porque es de noche,
y en las noches el mar corre más riesgo.
El mar diurno entre azul y buenas noches
que se comió las perlas y se ríe
con las perlas que valen un gobierno.
El mar cuenta en las noches las ausencias.
Su voz tiene una lágrima, otra lágrima.
Dos lágrimas tan juntas que parecen de dos.

Una cualquier mañana
de mar volvieron los adioses.
Ni quien los despidiera, ni una ventana abierta.
¿Volvería a comprarlos el que ya los conoce?

Y el mar del día
se metía a caballo en las basílicas
de los cantiles vastos y tan altos
que el águila costera
escuchó los barriles del asalto
y preguntó a las nubes: ¿es o era?
Mar de la noche, mar ciego, mar frío,
cuando los capitanes son más lúcidos
entre la borrachera de los barcos.
En una mano tengo el mar de noche.
En otra mano tengo el mar de día.
La angustia de estar solo un solo día
abre los ojos para mí en la noche.
El mar nocturno traigo en una mano.

Premio al número par deste mareo.
La voz a nado sube a su deseo.
El mar diurno en la palma de la mano.
Mar de día y de noche,
abierto de noche y de día,
de perfil y de frente,
sangre al costo, poema y poesía.

Hora de junio, 1937

AL DEJAR UN ALMA

AGUA crepuscular, agua sedienta,
se te van como sílabas los pájaros tardíos.
Meciéndose en los álamos el viento te descuenta
la dicha de tus ojos bebiéndose los míos.

Alié mi pensamiento a tus goces sombríos
y gusté la dulzura de tus palabras lentas.
Tú alargaste crepúsculos en mis manos sedientas;
yo devoré en el pan tus trágicos estíos.

Mis manos quedarán húmedas de tu seno.
De mis obstinaciones te quedará el veneno
—flotante flor de angustia que bautizó el destino.

De nuestros dos silencios ha de brotar un día
el agua luminosa que dé un azul divino
al fondo de cipreses de tu alma y de la mía.

6, 7 poemas, 1924

“PERFUMES Y PALOMAS ESPIRALES / ALA DE AROMA...”

SOLEDAD

¡HASTA cuándo mi vida
ha de ser solamente una ala presentida!
Ala que si tendiere alguna vez sus plumas
será para la guerra, para una guerra púnica...
Ala que habrá de ser lira en sus soledades,
tendrá como la aurora, parientes en los árboles.
¡Ala llena de luz! Más alta que la lluvia;
más bella que la noche a través de la música.
¡Hasta cuándo mi vida
ha de ser solamente una ala presentida!
Delante de las aguas
sentimentales,
canto y mi canto tiene
recuerdos de mujeres y paisajes.
Agua sentimental, noble agua hundida
que vio pasar mis trenes, sonoros de ilusión.
Aguas del corazón, aguas vencidas
que votaron la paz para mi corazón.
Os habrá de agitar esa ala presentida.
Quebrará con sus plumas los vidrios de la paz.
¡No sé!... ¡Pero este vasto silencio de mi vida
anuncia un grito largo, un gran grito de mar!

Piedra de sacrificios, 1924

GRUPOS DE PALOMAS

A la señora Lupe Medina de Ortega

1

LOS GRUPOS de palomas,
notas, claves, silencios, alteraciones,
modifican el ritmo de la loma.
La que se sabe tornasol afina
las ruedas luminosas de su cuello
con mirar hacia atrás a su vecina.
Le da al sol la mirada
y escurre en una sola pincelada
plan de vuelos a nubes campesinas.

2

La gris es una joven extranjera
cuyas ropas de viaje
dan aire de sorpresas al paisaje
sin compradoras y sin primaveras.

3

Hay una casi negra
que bebe astillas de agua en una piedra.
Después se pule el pico,
mira sus uñas, ve las de las otras,
abre un ala y la cierra, tira un brinco
y se para debajo de las rosas.
El fotógrafo dice:
para el jueves, señora.

Un palomo amontona sus *erres* cabeceadas,
y ella busca alfileres
en el suelo que brilla por nada.
Los grupos de palomas
—notas, claves, silencios, alteraciones—
modifican lugares de la loma.

4

La inevitablemente blanca
sabe su perfección. Bebe en la fuente
y se bebe a sí misma y se adelgaza
cual un poco de brisa en una lente
que recoge el paisaje.
Es una simpleza
cerca del agua. Inclina la cabeza
con tal dulzura,
que la escritura desfallece
en una serie de sílabas maduras.

5

Corre un automóvil y las palomas vuelan.
En la aritmética del vuelo,
los *ochos* árabes desdóblanse
y la suma es impar. Se mueve el cielo
y la casa se vuelve redonda.
Un viraje profundo.
Regresan las palomas.
Notas. Claves. Silencios. Alteraciones.
El lápiz se descubre, se inclinan las lomas,
y por 20 centavos se cantan las canciones.

México, 1925

Hora y 20, 1927

POÉTICA DEL PAISAJE

A Vicente Magdaleno

TODAS en el alero,
tornadizo perfil del mensajero
friso de palomar.

A medida que el pie cubre el espacio
el horizonte prometido enseña
su barricada azul, su tiempo lacio.

Muy cerca, a la distancia de un perfume,
una piedra aplastante.
En un charco, adelante,
un buen trago de lluvia se consume.

Ya lejos, unas lomas
de un verde "golf" y bosque a la derecha
y un tajo en carne viva su desnivel aploma.
(Un ocho de palomas
divide mi atención en varias fechas.)

Al fin de la mirada se acomoda
la paloma de un templo en la colina.
A la izquierda la sierra cambia azules
temerosos. Y a veces, se ilumina
y lava sus colores y se pone desnuda
a recordar senderos y relieves.

Antes que se pensara
pasa una nube gruesa y siembra dudas
que florecen en tema de matices.
Y la memoria muda
cuatro temples de azul en gris perdices.

Pasa la nube a tono
con la punta del lápiz quebradiza.
Y está la pausa en trono.
(Tiempo y color: yo les doy un abono
y designo banquera a una sonrisa...)

Una paloma negra
entablera su vuelo y otras cuatro
buscan la aguja mágica del cuento.
Mientras vira la nube yo me ausento
a revisar las cuentas de mi teatro.

El patio lo ocupó el endecasílabo;
el palco y la platea
ciertos traje-de-cola alejandrinos.
En galería
hay uno que otro gratis sin oficio.

Nube y punta de lápiz acreditan:
una: luz por ausencia, y otra: cifra.
Y ya es mecer al aire
ya sin otro contento que el mecerlo,
en una prosa semejante al mar
que abstrae en espiral vidas de perlas.

Ya nada tengo que decir del panorama,
pero algo como el agua en el desierto
roba a todos la sed y queda intacta,

me queda en abundancia y en deseo.
La sobra musical; una delicia
de todo ritmo, de toda danza,
de todo vuelo...

Hora de junio, 1937

POEMA ELEMENTAL

A Rafael Cabrera

EL AIRE

EL AIRE es transparente
cual el silencio en una lectura prodigiosa.
Y funde la cera voluptuosa
del mediodía,
y es una rosa
de caminos estelares,
un fruto diáfano, una sombra divina
que acerca espíritus y mares,
pájaros y naranjas,
nube más piedras tórridas y palabras marinas.
El aire es translúcido
como el saludo de los amantes
en los grupos cordiales.
Alí en arcos invisibles
la palabra olvidada, las augustas señales
y las manos de la danza fúnebre
que antes saludaron a la primavera.
El aire me persuade de tu ausencia, ¡oh amor!
Aire, fino-aire, largo-aire-lira, aire-cera.

EL AGUA

Aguas horizontales
con hombres y peces y nubes.
Aguas azules y verdes,
espacio palpitante,
atmósfera del paraíso submarino
cuyas medusas arcangélicas
mudan ojos y manos en huertos coralinos.
Aguas reales del viaje fabuloso
manchadas como tigres por las guerras.
Aguas víctimas o insaciables en la sed de la tierra;
sorbo de sed, aguas vírgenes.
Una gota de agua
salvó la última espiga del sembrado
o hizo temblar el dorso de Susana
entre las barbas bíblicas del baño.
Agua del nadador que la divide
y la vuelve laurel o vida nueva.
En las tinajas familiares
el agua se hace negra
de silencio y frescor. Y el ritmo de los mares
vira el buque ladrón que halló en las islas fiestas.
Aguas verticales, horizontal, cerámica y primera.

EL FUEGO

Sobre la yema de los dedos
se sostiene la noche
aérea y enorme.
El espíritu reposa en el seno
del vasto paisaje astronómico.
Amarra el mar su puerto traficante de estrellas
y el aire es el pulmón lleno

sobre las máquinas minerales de la tierra.
Es la noche clarísima diálogo universal.
Pulsos de fiebre imponen la voz negra INFINITO
que se quema en los labios del eterno deseo sideral.
El cielo gira ágilmente
sobre el convoy de ceros de las cifras humanas
y hace estallar el horizonte de las hormigas
con un tiro de bólido
que aventura en el alma una sombra de augustas palabras.
Fuego a velocidades por los íntimos tactos,
fuego de sacras catástrofes,
fuego en el magno silencio empuñado de voces flamígeras,
aire quemado en los hornos de vidrio del mar.

Sobre la yema de los dedos
se sostiene la noche
aérea y enorme.

LA TIERRA

El mediodía se derrite.
Huele a cabras y a espuma de mar.
El pie dejó su sombra en el camino
y va a danzar.
La tierra da su sangre para la humana sangre;
la festival y sepulcral, la tierra viva,
base del pie, ímpetu de ala, ansia de naves,
la tierra feliz, tan bella como la tierra maldita.
El mar que la enamora
y el aire que la ve desnuda,
juntan las cejas triples cuando la antigua aurora
une en acto fecundo tierra y fuego.
¡Tierra! Voz marítima,
límite y ambición, próspero grano,

heroína y cerámica.
La azuleen los kilómetros o la palpen las manos
está llena de odio, de amor y de esperanza.
Por disfrutarte
Alejandro discóbolo siente el aire de Brahma.
Por ayudar a poseerte
Leonardo enflaquece en el castillo de Milán.
Te coronaron de águilas y plantas militares,
a ti, buena tierra campesina
que hueles a cabra y a espuma de mar.

LA MUERTE

Semejante a la sombra de Dios
circula entre nosotros imponderable y fecunda.
Es el sagrado elemento, el fluido del tránsito,
la inmensa fe muda.
Semejante a la sombra de Dios
que vigila la tierra y el fuego y el aire y el mar,
trae el orden que disminuye y aumenta,
la resta y la suma total.
Semejante a la sombra de Dios
es bella por indudable e invisible.
La fe de su esperanza embellece un instante
el juramento del amor.
Semejante a la sombra de Dios
se esparce en el pensamiento
y nos domina sin nombrarla nunca,
y seca las llagas, y en el sueño
amontona la nada, cosa aérea y ruda.
Semejante a la sombra de Dios
hiere a la guerra con la paz sañuda
de las altas venganzas.
Salúdala, cazador de los trópicos,

y tú, capitán del submarino,
y tú, que no buscas lo que alcanzas,
hombre divino.

Salúdala, pueblo de súplicas
que te despierta el sol y te salpica el mar.
(Sacude un vasto aliento el corazón del aire
que funde estrellas, fecunda voces y va en un largo dar.)

ENVÍO

Elemental, la mano enriquecida
rayó el agua al diamante y echó al fuego
del poema las fuerzas de la vida.

Salvó la muerte el fruto de la aurora,
y el pie fino del bosque
redondea su falda bailadora.

El canto sube y en el alma ondea
la sensación del baño en una ola
que adelgaza los visos de la arena.

Liberándola de alas y cadenas
quedó a la orilla de una mar hermosa,
la boca grave y la visión serena.

Porque dijo los nombres de las cosas
que azogan el espejo de la vida,
elemental la mano enriquecida
que pesa aire por perlas y por danzas el fuego,
te saluda y envía.

En Agrigento y en el mar Jónico, 1926

Camino, 1929

“YO ACARICIO EL PAISAJE, / OH ADORADA
PERSONA”

INVITACIÓN AL PAISAJE

A Ignacio Medina

INVITAR al paisaje a que venga a mi mano,
invitarlo a dudar de sí mismo,
darle a beber el sueño del abismo
en la mano espiral del cielo humano.

Que al soltar los amarres de los ríos
la montaña a sus mármoles apele
y en la cumbre el suspiro que se hiele
tenga el valor frutal de dos estíos.

Convencer a la nube
del riesgo de la altura y de la aurora,
que no es el agua baja la que sube
sino la plenitud de cada hora.

Atraer a la sombra
al seno de rosales jardineros.
(Suma el amor la resta de lo que amor se nombra
y da a comer la sobra a un palomar de ceros.)

¡Si el mar quisiera abandonar sus perlas
y salir de la concha...!
Si por no derramarlas o beberlas
—copa y copo de espumas— las olvida.

Quién sabe si la piedra
que en cualquier recodo es maravilla
quiera participar de exacta exedra,
taza-fuente-jardín-amor-orilla.

Y si aquel buen camino
que va, viene y está, se inutiliza
por el inexplicable desatino
de una cascada que lo magnetiza.

¿Podrán venir los árboles con toda
su escuela abecedaria de gorjeos?
(Siento que se aglomeran mis deseos
como el pueblo a las puertas de una boda.)

El río allá es un niño y aquí un hombre
que negras hojas junta en un remanso.
Todo el mundo le llama por su nombre
y le pasa la mano como a un perro manso.

¿En qué estación han de querer mis huéspedes
descender? ¿En otoño o primavera?
¿O esperarán que el tono de los céspedes
sea el ángel que anuncie la manzana primera?

De todas las ventanas, que una sola
sea fiel y se abra sin que nadie la abra.
Que se deje cortar como amapola
entre tantas espigas, la palabra.

Y cuando los invitados
ya estén aquí —en mí—, la cortesía
única y sola por los cuatro lados,
será dejarlos solos, y en sigo de alegría

enseñar los diez dedos que no fueron tocados
sino
por
la
sola
poesía.

Hora de junio, 1927

PAISAJES

I

CUANDO los árboles entraban a la casa
húmedos de aurora y con una mirada
ponían azul lo que era blanco, y altas
voces de juegos y poemas rompían la ventana
tibia aún de los diálogos —palomas—,
no pasaba nada.

La mañana que vendía relojes de seis horas
y desayunos de paisajes con toalla limpia
y cuadernos con el arca de Noé y sus
20 atracciones mundiales
al grito de amor y fe,
como tenía los dedos de cristales
y los ojos inmemoriales
y los oídos de plata,
no pasaba nada.

Y mientras rezaba con mi madre,
la puerta y yo pensábamos en ti,
tan dulce, tan ligera y tan amante,
que yo veía a los ciegos sumar,
dividir y multiplicar las estrellas;
y a los sordos
dirigir el concierto de los ángeles.
Tú, que eras un lirio en la noche
con caminos y canciones
y recuerdos de años con lágrimas
y sangre y degollaciones de corazones inocentes.

Yo estaba azul de ausencia
 —pedazos de mar y puertos urgentes—
 y mis cartas se quemaban en el camino
 lleno de palabras y poemas.
 ¡Nuestro amor silencioso y ágil como un signo!
 Nuestro amor que maté
 porque lo necesitabas muerto
 para que fuésemos novios toda la vida
 en la bahía con luna de mi voz y de tu silencio.
 Y ahora soy ya la imagen opuesta a cien espejos:
 una gota de agua en los divinos ojos esféricos.
 Y te amo como los árboles al alba
 y por ti enseño a cantar a las águilas.
 Y tu belleza es mi tesoro que gasto
 en sostener el lujo de la aurora
 y los grandes robos al aire libre, de la noche.
 Eres la mujer morena de todas las épocas,
 la espiga bíblica,
 el pretexto colérico de la Ilíada,
 el encuentro anecdótico de Florencia,
 la fiesta de Quetzalcóatl y mi canción mecida
 entre las olas y las estrellas.

El teléfono llama, pero todo es inútil,
 porque tú y yo estaremos siempre azules de ausencia.

París, 1926

Hora y 20, 1927

NOCTURNO DE CONSTANTINOPLA

A E.

ENTRE la media noche de la bruma de oro
abandono el fondo de mis deseos
y camino sobre las horas. Todo
danza sobre las manos nuevas. Todo
en una música lenta. Todo
en un aire de oro.

Los nombres se olvidan poco a poco
bajo la estrella reinante del
collar de tu recuerdo.

Y sueño en tus ojos
las aventuras inefables, tus sutiles besos,
entre la bruma de oro
de la historia semitonada
en nuestro amor perfecto.

Y por la media noche de la bruma
camino entre la tierra y el cielo,
y oigo tu voz (que glorificó mi nombre),
junto a los muros inútiles del serrallo desierto.
Y la dicha de haberte amado tanto
me transforma en un dios ordenador de sueños.
Tuyas son estas cosas que salen de mis ojos
para permanecer.

Y nunca sabrás que son tuyas
estas cajas sinfónicas
que hacen girar sus cúpulas lentamente
entre el oleaje lateral de las bóvedas

y el ritmo lejano de los minaretes.
De la bruma diáfana van surgiendo
las mezquitas gigantescas.
Un ojo de ámbar
brilla sobre todas ellas.

Y los últimos cipreses,
muertos de sed junto a las fuentes
policromas,
se agitan
en una leve música de fuego.

La ciudad perfumada de café
se embarca en el Bósforo
rumbo a los libros y el quinqué
familiar de los días de oro.

Y entre la media noche de la bruma,
la luna con su girasol disecado,
cruzaba el Cuerno de Oro con el agua al tobillo
y un aire melancólico de pañuelo olvidado.

Constantinopla, 1926

Hora y 20, 1927

EL PAISAJE decía:

“¿Quién iba a sospechar, después de tanto
ir y venir por cuatro mares —sueños—...
que en un valle pintado
por el niño sin nombre, yo sirviera
para el de ojos errantes, teatro amor?
Toda su geografía del paisaje
vino a quedar en un rincón inédito,
en un lugar cualquiera de la Mancha
de cuyo nombre...”

Y el paisaje
cintilaba los Bósforos, las tardes
florentinas, la palma Río Janeiro,
la grande hora de Delfos y el bazar
de las tierras de España y las etcéteras,
y enrollaba los mapas...

Porque sólo
tengo los ojos dioses del paisaje
echados a los pies del valle poco,
inédito tal vez... Y ágil escondo
el lugarcillo esbelto cuya diáfana
desnudez aligera sus contornos,
sus posturas aéreas, sus pueblos de bolsillo,
y sus luces audaces.

Y el paisaje
con su risa de siglos, mi memoria
invadía. Las puertas de las horas
cerráronse y quedó ya solo, dentro
de la errante mirada,
el valle poco —grande con su dueño—
seguro al corazón como una espada.

Recinto y otras imágenes, 7; 1941

YO ACARICIO el paisaje,
oh adorada persona
que oíste mis poemas y que ahora
tu cabeza reclinas en mi brazo.

Hornea el mediodía sus colores,
labrados panes para el ojo
que comulga con ruedas de molino.

10, 15, 20, 30, las parcelas
opinan sobre el verde, sin agriarse;
y los poblados, vida y ropa limpia
sacan al sol. Caminos campesinos
suben sin rumbo fijo, a holgar, al cerro.

Los árboles conversan junto al río,
de nidos en proyecto, de otros en abandono,
de la nube servida como helado
en el remanso próximo,
del equipaje de las piedras
que acaso nadie ha dejado en la orilla,
de la avispa hipodérmica,
del aguacero y la joven vereda,
de las ranas deletreadas en su propia escuela,
del verso como prosa
y del viento de anoche que barrió las estrellas.
El río escucha siempre caminando.
El río que se conduce a sí mismo, cómo y cuándo..

Detrás de un cerro grande
va estallando una nube lentamente.

Su sorpresa
es como nuestra dicha: ¡tan primera!
lo inaugural que en nuestro amor es clave
de toda plenitud.
El aire tiembla a nuestros pies. Yo tengo
tu cabeza en mi pecho. Todo cuaja
la transparencia enorme de un silencio
panorámico, terso,
apoyado en el pálido delirio
de besar tus mejillas en silencio.

Recinto y otras imágenes, 3; 1941

QUE se cierre esa puerta
que no me deja estar a solas con tus besos.
Que se cierre esa puerta
por donde campos, sol y rosas quieren vernos.
Esa puerta por donde
la cal azul de los pilares entra
a mirar como niños maliciosos
la timidez de nuestras dos caricias
que no se dan porque la puerta, abierta...

Por razones serenas
pasamos largo tiempo a puerta abierta.
Y arriesgado es besarse
y oprimirse las manos, ni siquiera
mirarse demasiado, ni siquiera
callar en buena lid...

Pero en la noche
la puerta se echa encima de sí misma
y se cierra tan ciega y claramente,
que nos sentimos ya, tú y yo, en campo abierto
escogiendo caricias como joyas
ocultas en las noches con jardines
puestos en las rodillas de los montes,
pero solos, tú y yo.

La mórbida penumbra
enlaza nuestros cuerpos y saquea
mi ternura tesoro,
la fuerza de mis brazos que te agobian
tan dulcemente, el gran beso insaciable

que se bebe a sí mismo
y en su espacio redime
lo pequeño de ilímites distancias...

Dichosa puerta que nos acompañas,
cerrada, en nuestra dicha. Tu obstrucción
es la liberación destas dos cárceles;
la escapatoria de las dos pisadas
idénticas que saltan a la nube
de la que se regresa en la mañana.

Recinto y otras imágenes, 2; 1941

VIDA,
ten piedad de nuestra inmensa dicha.
Deste amor cuya órbita concilia
la estatuaria fugaz de día y noche.
Este amor cuyos juegos son desnudo
espejo reflector de aguas intactas.
Oh, persona sedienta que del brote
de una mirada suspendiste
el aire del poema,
la música riachuelo que te ciñe
del fino torso a los serenos ojos
para robarse el fuego de tu cuerpo
y entibiar las rodillas del remanso.
Vida,
ten piedad del amor en cuyo orden
somos los capiteles coronados.
Este amor que ascendimos y doblamos
para ocultar lo oculto que ocultamos.
Tenso viso de seda
del horizonte labio de la ausencia,
brilla.
Salgo a mirar el valle y en un monte
pongo los ojos donde tú a esas horas
pasas junto a recuerdos y rocío
entre el mudo clamor de egregias rosas
y los activos brazos del estío.

Recinto y otras imágenes, 4; 1941

CON cuánta luz camino
junto a la noche a fuego de los días.
Otros soles no dieron sino ocasos,
sino puertas sin dueño, soledades.
En ti está la destreza de mis actos
y la sabiduría de las voces
del buen nombrar; lo claro del acento
que nos conduce al vértice del ámbito
que gobierna las cosas.
Gracias a ti soy yo quien me descubre
a mí mismo, después de haber pasado
el serpentino límite que Dios
puso a su gran izquierda. Sólo tú
has sabido decirme y escucharme.
Sólo tu voz es ave de la mía,
sólo en tu corazón hallé la gloria
de la batalla antigua.
¡Ten piedad
de nuestro amor y cuídalo, oh vida!

Recinto y otras imágenes, 6; 1941

ESTUDIOS

I

VIDA,

¿qué me darás si al cabo de los días
hallas tu pie ceñido de poemas,
si se besan sus manos con mis manos?
¿Qué me darás si a tus tobillos de oro
de nuevo me encadenó y encadenó
a mi cadena la cadena suya?

Tuyo, oh vida, reclamo de tus voces
la voz que hiera para siempre el sueño
y lo cuelgue en el vértice que empuña
los caminos radiantes que no vuelven,
los que son sin retorno, los que enfilan
el minuto en ejército infranqueable.

Dame la voz, el signo de las voces,
la señal de los signos, el secreto
de saber no decir lo que se ansía,
lo que tú sabes dar en poesía
cuando ya tú no eres sino asueto.

II

Apenas te conozco y ya me digo:
¿Nunca sabrá que su persona exalta
todo lo que hay en mí de sangre y fuego?
¡Como si fuese mucho
esperar unos días —¿muchos, pocos?—,

porque toda esperanza
parece mar del Sur, profunda, larga!
Y porque siempre somos
frutos de la impaciencia bosque todos.

Apenas te conozco y ya arrasé
ciudades nubes y paisajes viajes
y atónito, descubro de repente,
que dentro estoy de la piedra presente
y que en el cielo aún no hay un celaje.
Cómo serán estas palabras, nuevas,
cuando ya junto a ti, salgan volando
y en el acento de tus manos vea
el límite inefable del espacio.

Recinto y otras imágenes, 1941

ANTES que otro poema
—del mar, de la tierra o del cielo—
venga a ceñir mi voz, a tu esperada
persona limitándome, corono
más alto que la excelsa geografía
de nuestro amor, el reino ilimitado.

Y a ti, por ti y en ti vivo y adoro.
Y el silencioso beso que en tus manos
tan dulcemente dejo,
arrincona mi voz
al sentirme tan cerca de tu vida.

Antes que otro poema
me engarce en sus retóricas,
yo me inclino a beber el agua, fuente
de tu amor en tus manos, que no apagan
mi sed de ti, porque tus dulces manos
me dejan en los labios las arenas
de una divina sed.
Y así eres el desierto por
el cuádruple horizonte de las ansias
que suscitas en mí; por el oasis
que hay en tu corazón para mi viaje
que en ti, por ti y a ti voy alineando,
con la alegría del paisaje nido
que voltea cuadernos de sembrados...

Antes que otro poema
tome la ciudadela a fuego ritmo,
yo te digo, callando,

lo que el alma en los ojos dice sólo.
La mirada desnuda, sin historia,
ya estés junto, ya lejos,
ya tan cerca o tan lejos, que no pueda
por tan lejos o cerca reprimirse
y apoderarse en luz de un orbe lágrima,
allá, aquí, presente, ausente,
por ti, a ti y en ti, oh ser amado,
adorada persona
por quien —secretamente— así he cantado.

Recinto y otras imágenes, 1; 1941

TÚ ERES más que mis ojos porque ves
lo que en mis ojos llevo de tu vida.
Y así camino ciego de mí mismo
iluminado por mis ojos que arden
con el fuego de ti.

Tú eres más que mi oído porque escuchas
lo que en mi oído llevo de tu voz.
Y así camino sordo de mí mismo
lleno de las ternuras de tu acento.
¡La sola voz de ti!

Tú eres más que mi olfato porque hueles
lo que mi olfato lleva de tu olor.
Y así voy ignorando el propio aroma,
emanando tus ámbitos perfumes,
pronto huerto de ti.

Tú eres más que mi lengua porque gustas
lo que en mi lengua llevo de ti sólo,
y así voy insensible a mis sabores
saboreando el deleite de los tuyos,
sólo sabor de ti.

Tú eres más que mi tacto porque en mí
tu caricia acaricias y desbordas.
Y así toco en mi cuerpo la delicia
de tus manos quemadas por las mías.

Yo solamente soy el vivo espejo
de tus sentidos. La fidelidad
del lago en la garganta del volcán.

Recinto y otras imágenes, 8; 1941

YA NADA tengo yo que sea mío:
mi voz y mi silencio son ya tuyos
y los dones sutiles y la gloria
de la resurrección de la ceniza
por las derrotas de otros días.
La nube
que me das en el agua de tu mano
es la sed que he deseado en todo estío,
la abrasadora desnudez de junio,
el sueño que dejaba pensativas
mis manos en la frente
del horizonte... Gracias por los cielos
de indiferencia y tierras de amargura
que tanto y mucho fueron. Gracias por
las desesperaciones, soledades.
Ahora me gobiernas por las manos
que saben oprimir las claras mías.
Por la voz que me nombra con el nombre
sin nombre... Por las ávidas miradas
que el inefable modo sólo tienen.
Al fin tengo tu voz por el acento
de saber responder a quien me llama
y me dice tu nombre
mientras en los pinares se oye el viento
y el sol quiere ser negro entre las ramas.

Recinto y otras imágenes, 10; 1941

YO LEÍA poemas y tú estabas
tan cerca de mi voz que poesía
era nuestra unidad y el verso apenas
la pulsación remota de la carne.
Yo leía poemas de tu amor
y la belleza de los infinitos
instantes, la imperante sutileza
del tiempo coronado, las imágenes
cogidas de camino con el aire
de tu voz junto a mí,
nos fueron envolviendo en la espiral
de una indecible y alta y flor ternura
en cuyas ondas últimas —primera—
tembló tu llanto humilde y silencioso
y la pausa fue así. —¡Con qué dulzura
besé tu rostro y te junté a mi pecho!
Nunca mis labios fueron tan sumisos,
nunca mi corazón fue más eterno,
nunca mi vida fue más justa y clara.
Y estuvimos así, sin una sola
palabra que apedreara aquel silencio.
Escuchando los dos la propia música
cuya embriaguez domina
sin un solo ademán que algo destruya,
en una piedra excelsa de quietud
cuya espaciosa solidez afirma
el luminoso vuelo, las inmóviles
quietudes que en las pausas del amor
una lágrima sola cambia el cielo
de los ojos del valle y una nube
pone sordina al coro del paisaje

y el alma va cayendo en el abismo
del deleite sin fin.

Cuando vuelva a leerte esos poemas,
¿me eclipsarás de nuevo con tu lágrima?

Recinto y otras imágenes, 9; 1941

LA PRIMERA tristeza ha llegado. Tus ojos
fueron indiferentes a los míos. Tus manos
no estrecharon mis manos.
Yo te besé y tu rostro era la piedra seca
de las alturas vírgenes. Tus labios encerraron
en su prisión inútil mi primera amargura.
En vano tu cabeza puse en mi hombro y en vano
besé tus ojos. Eras el oasis cruel
que envenenó sus aguas y enloqueció a la sed.
Y se fue levantando del horizonte una
nube. Su tez morena voló a color. De nuevo
fue oscureciendo el tono de los días de antes.
Yo abandoné tu rostro y mis manos
ausentaron las tuyas. Mi voz se hizo silencio.
Era el silencio horrible de los frutos podridos.
Oí que en mi garganta tropezó la derrota
con las piedras fatales.
Yo me cubrí los ojos
para no ver mis lágrimas que huían hacia mí.
Luego tú me besaste, dijiste algo. Yo oía
llorar mis propias lágrimas en el primer silencio
de la primera tristeza. El alma dese día
llegó de lejos —tu alma— y se quedó en mi pecho.

Recinto y otras imágenes, 11; 1941

SI JUNTO a ti las horas se apresuran
a quedarse en nosotros para siempre,
hoy que tu dulce ausencia me encarcela,
la dispersión del tiempo en mis talones
y en mis oídos y en mis ojos siento.
Ya no sé caminar sino hacia ti,
ni escuchar otra voz que aquella noble
voz que del vaho borde de la dicha
vuela para decirme las palabras
que azogaron el agua del poema.

¡Decir tu nombre entre palabras vivas
sin que nadie lo escuche!
Y escucharlo yo solo desde el fino
silencio del papel, en la penumbra
que va dejando el lápiz, en las últimas
presencias silenciosas del poema.

Recinto y otras imágenes, 5; 1941

EN EL silencio de la casa, tú,
y en mi voz la presencia de tu nombre
besado entre la nube de la ausencia
manzana aérea de las soledades.

Todo a puertas cerradas, la quietud
de esperarte es vanguardia de heroísmo,
vigilando el ejército de abrazos
y el gran plan de la dicha.

Ya no sé caminar sino hacia ti,
por el camino suave de mirarte
poner los labios junto a mis preguntas
—sencilla, eterna flor de preguntarte—
y escucharte así en mí ¡y a sangre y fuego
rechazar, luminoso, las penumbras...!

Manzana aérea de las soledades,
bocado silencioso de la ausencia,
palabra en viaje, ropa del invierno
que hará la desnudez de las praderas.

Tú en el silencio de la casa. Yo
en tus labios de ausencia, aquí tan cerca
que entre los dos la ronda de palabras
se funde en la mejor que da el poema.

Recinto y otras imágenes, 12; 1941

TU AMOR es el erario inagotable
que costea el país de los poemas.
Viajes a la garganta de los pájaros,
claridad, y castillos en el aire.

Fiel a jurarse en sí, la ausencia espía
mi pena de horizonte y de ventana.
Regresan por los montes de mañana
las voces claras de tu lejanía.

Hoy te mando mi voz. El mudo espacio
escultóricamente se arrincona.
Sólo en los ojos queda sangre. Ciñe
la casa una cadena de palomas.

Ya no sé caminar sino hacia ti.
Tu ausencia da a mi pie pausas veloces.
Y el pie de nube extiende la extensión
toda oído de piedra y toda voces.

Recinto y otras imágenes, 13; 1941

CUANDO mis fuertes brazos te reciban,
las voces de la ausencia, dulcemente
contarán nuestros ocios —dos caminos
sin nadie, con los dos— el nunca y siempre.

Y la pareja de palabras lía
la profunda unidad. Y tanta cifra
se reduce a la orilla del encuentro
con azoro de ser la poesía.

Ya no sé caminar sino hacia ti.
La rosa de caminos de tu ausencia
alerta en mí el aroma del retorno
y la palabra oculta de su ciencia.
Oigo mi nombre en ti, soy tu presencia.

Recinto y otras imágenes, 14; 1941

FIN DEL NOMBRE AMADO

UN SONETO de amor que nunca diga
de quién y cómo y cuándo, y agua dé a
quien viene por noticia y en sí lea
clave caudal que sin la voz consiga.

Que en cada verso pierda y gane y siga
ritmo a la cifra en luz que el agua arquea,
y suba al esplendor que así desea
música lengua y tacto a flor de espiga.

Ya la línea sandalia del terceto
abre camino al alma del objeto
que adoro y cuyo nombre dicen todos.

Nadie sabe el valor de su grandeza,
pero al decirlo de inconscientes modos
me transfiguran, pues me dan belleza.

Recinto y otras imágenes, 15; 1941

SOLFERINOS DE MEDIANOCHE

1

Vivo en una nube,
sin dirección,
desde hace ya algún tiempo.
Oigo nacer las hojas y los pájaros,
por la espiral que todo comunica.
Prefiero ver y oír, ya que el idioma
es apenas el eco
de lo que pudiéramos decir
con el puño cerrado.
(La mano abierta es para ver las líneas
del pacto nunca escrito por mi mano.)
No sé de altura ni horizonte:
vivo simplemente ALLÁ.

2

La permanencia es el instante,
leo en el chorro de la fuente.
Por lo preliminar, cuando amanece,
creemos que algo nuevo ocurre.
Para el reló de la cardiología
las 24 horas son iguales.
Siempre se vive a tiempo.
Los ríos pasan
y el mar llega sin pasar.
Así, quisiera ser.

3

La noche es más día por dentro y fuera,
eso sí yo lo sé.

Sin puertas ni ventanas,
sin techo ni paredes.

La sombra está desnuda
mucho más que la luz.

Hablo con todo sin mirar a nadie,
irradio sin moverme, estoy en todo.

Así vivo sin antes ni después.

4

Todo en la noche
está siempre joven.

Acompaño a la noche en su tarea
de no contar con nadie ni con nada.

Veo en el entreflor de una persona
que alguien me espera sin saber por qué.

Creo sorprender a la noche con alguna esperanza
y me hago pedazos al recordar un nombre
que me destituyó de mi propia dirección.

Alaridos lejanos
de meter la llave
para cerrar.

5

Siempre la confirmación
y los ojos en las manos
y las manos junto a la puerta.
¿Dónde está Dios?

Las Lomas, 27 de febrero, cuaresma de 1973

LÚCIDA ASÍ...

A Mario Alonso

EN MITAD de la noche habito el tiempo
y me pregunto, ¿dónde?,
¿espacio?, ¿sueño?
Oigo correr mi sangre en el relámpago
tórrido de mi cuerpo
y vivo sin morir un solo instante:
ayer, hoy y mañana a cielo intenso,
la sorpresa en el viento y en el mármol
no esclavo ni dueño,
el ritmo increado,
eso,
que puede ser la gota de rocío
que hace caer un pétalo
en la remota isla a que descendo
tan surgida de lirios y ceñida a celajes
que al levantar la mano sobre el cielo
tropiezo el cuadro y se trastorna el fondo
lleno de objetos sin objeto,
y entreabrió la noche un repentino
lucir de lúcidos luceros.

Subordinaciones, 1949

“PASÉ TODO EL DÍA PENSANDO EN SUS MANOS Y LUEGO ME PUSE A CANTAR”

EL RECUERDO

EN LAS horas
en que el paisaje se vacía
—todo se lo han llevado las nubes—,
los objetos de familia,
las palabras íntimas.
En una soledad de todas las cosas,
ciego, mudo, sólo me quedan unos cuantos dedos
para tocar las piedras y las rosas
que tú tocaste
o que solamente rozó el viento
de suave gloria que te trajo.
En la desaparición del panorama que fueron mis ojos;
en la interrupción del viaje de música
que fueron mis oídos;
en la pérdida de todo idioma
(acaso por una bagatela de ortografía),
me rodean las horas
sin tiempo y sin clima
para entregarme
el tacto de las piedras y las rosas
que tus pies y tus manos
tocaron
o que apenas rozó el viento
de suave gloria que te trajo.
Tu ausencia ha dejado sobre las piedras
una florecita que tal vez es negra.

Y en la vida
de la piedra y la flor tras de tu sombra,
mis manos ven y oyen y graban un signo
que compendia todas las cosas.
En las horas,
en que se perpetúan los instantes
de tu ausencia presente de paloma.

México, 1925

Hora y 20, 1927

Pasé todo el día pensando en sus manos.
¡Tan amantes sus manos de amor!
Provincia. Paisajes lejanos.
Dolor.

Mi llanto de niño de entonces...
La noche de luna de la despedida...
Nuestras manos hinchidas y ansiosas
llenaron la vida.

Pasé todo el día pensando en sus manos
y luego me puse a cantar.
¡Si el mar conociera sus manos!
Caía la tarde en el mar.

Colores en el mar, 1915-1920

¿QUIÉN que venga a decir: "tu cruz es mía",
no levantó en la palma de la mano
la estrella —que da sombra— del humano
corazón y a su cielo no se fía?

¿Quién que entona el silencio de alegría
para decir en cuerpo y alma: ¡hermano!,
no iluminó de pronto el océano
que atesora una perla todavía?

A levantar la mano desangrada
y a ponerla en el pecho, limpia y liada,
impeleré mi mano de ocio llena.

La mano pensativa corra y lleve
líquidamente el vaso y a la arena
hurte los brillos y su sed abreve.

15 de marzo de 1940

Poemas no coleccionados, 1922-1976

INSTANTE Y LÍNEA PARA ALFONSO RUISOTO

IBA el día despoblándose.
Las manos, solas, tocando sólo el aire.
La voz de lo que iba a ser la noche,
diciendo apenas, vagamente, un nombre.
Casi nada en la nada.
Las manos a la nada de la nada
sin tocar ya ni el aire.
El cielo que en los ojos de ese día
se iba poblando sin decirnos nada.
Las manos, blancas, de no tocar ya nada.
Ni la palabra,
menos la palabra.

Las Lomas, 2 de agosto de 1973

Reincidencias, 1978

DESEOS

A Salvador Novo

TRÓPICO, para qué me diste
las manos llenas de color.
Todo lo que yo toque
se llenará de sol.
En las tardes sutiles de otras tierras
pasaré con mis ruidos de vidrio tornasol.
Déjame un solo instante
dejar de ser grito y color.
Déjame un solo instante
cambiar de clima el corazón,
beber la penumbra de una cosa desierta,
inclinarme en silencio sobre un remoto balcón,
ahondarme en el manto de pliegues finos,
dispersarme en la orilla de una suave devoción,
acariciar dulcemente las cabelleras lacias
y escribir con un lápiz muy fino mi meditación.
¡Oh, dejar de ser un solo instante
el Ayudante de Campo del sol!
¡Trópico, para qué me diste
las manos llenas de color!

6, 7 poemas, 1924

POEMA PRÓDIGO

A Luis Cardoza y Aragón

GRACIAS, ¡oh trópico!,
porque a la orilla caudalosa
y al ojo constelado
me traes de nuevo el pie del viaje.
(¡Esquinas de países que anuncian el paisaje!)
En mi casa de las nubes
o bajo el cielo de los árboles,
rodeado de todas las cosas creadas
(oídas espirales del berbiquí mirada),
voy y vengo sin tocar objeto alguno
—poseedor de la puerta y de la llave—
y de la alegre rama del trino.
En la rápida pausa del antílope
se oyen las pausas lentas de la noche,
y en el desnudo torso y en los brazos que reman
tus fuerzas me saludan
brotantes
hacia otra parte siempre nueva.
Gracias,
porque en mis labios de treinta años
has puesto el gusto y el silencio
del fruto y de la flor.
Los grupos de palmeras
me sombrean la sed junto al desierto.
Y el invitado oasis
que brinda el vino siempre de los límites
tiene los labios gruesos de llamarme

y actos de bailarinas en reposo.
Voy en barca
entre arrecifes de granito.
Anclo y salto a una nube de alabastro.
El árbol de la goma
suscita el desbordar.
La hora oblicua se bisela a fondo.
Y yo surjo en el codo del camino
y canto en mí el principio de mi canto
y llego hasta mis labios
y soy mío.
Jocunda fe del trópico,
ojo dodecaedro,
¡justísimo sudor de no hacer nada!
Y el sabor de la vida de los siglos
y la orilla gentil y el pie del baño
y el poema.

Hora de junio, 1937

ESQUEMAS PARA UNA ODA TROPICAL

A Jorge Cuesta

LA ODA tropical a cuatro voces
ha de llegar sentada en la mecida
que amarró la guirnalda de la orquídea.

Vendrá del Sur, del Este y del Oeste,
del Norte avión, del Centro que culmina
la pirámide trunca de mi vida.

Yo quiero arder mis pies en los braseros
de la angustia más sola,
para salir desnudo hacia el poema
con las sandalias de aire que otros poros
inocentes le den.

A la cintura tórrida del día
han de correr los jóvenes aceites
de las noches de luna del pantano.

La esbeltez de ese día
será la fuga de la danza en ella,
la voluntad medida en el instante
del reposo estatuario,
el agua de la sed
rota en el cántaro.

Entonces yo podría
tolerar la epidermis
de la vida espiral de la palmera,

valerme de su sombra que los aires mutilan,
ser fiel a su belleza
sin pedestal, erecta en ella misma,
sola, tan sola que todos los árboles
la miran noche y día.
Así mi voz al centro de las cuatro
voces fundamentales
tendría sobre sus hombros
el peso de las aves del paraíso.
La palabra oceanía
se podría bañar en buches de oro
y en la espuma flotante que se quiebra,
oírse, espuma a espuma, gigantesca.

El deseo del viaje,
siempre deseo sería.
Del fruto verde a los frutos maduros
las distancias maduran en penumbras
que de pronto retoñan en tonos niños.

En la ciudad, entre fuerzas automóviles
los hombres sudorosos beben agua en guanábanas.
Es la bolsa de semen de los trópicos
que huele a azul en carnes madrugadas
en el encanto lóbrego del bosque.
La tortuga terrestre
carga encima un gran trozo
que cayó cuando el sol se hacía lenguas.
Y así huele a guanábana
de los helechos a la ceiba.

Un triángulo divino
macera su quietud entre la selva
del Ganges. Las pasiones
crecen hasta pudrirse. Sube entonces

el tiempo de los lotos y la selva
tiene ya en su poder una sonrisa.
De los tigres al boa
hormiguea la voz de la aventura
espiritual. Y el Himalaya
tomó en sus brazos la quietud nacida
junto a las verdes máquinas del trópico.

Las brisas limoneras
ruedan en el remanso de los ríos.
Y la iguana nostálgica de siglos
en los perfiles largos de su tiempo
fue, es y será.

Una tarde en Chichén yo estaba en medio
del agua subterránea que un instante
se vuelve cielo. En los muros del pozo
un jardín vertical cerraba el vuelo
de mis ojos. Silencio tras silencio
me anudaron la voz y en cada músculo
sentí mi desnudez hecha de espanto.
Una serpiente, apenas,
desató aquel encanto
y pasó por mi sangre una gran sombra
que ya en el horizonte fue un lucero.
¿Las manos del destino
encendieron la hoguera de mi cuerpo?

En los estanques del Brasil diez hojas
junto a otras diez hojas, junto a otras diez hojas,
de un metro de diámetro
florean en un día, cada año,
una flor sola, blanca al entreabrirse,
que al paso que el gran sol del Amazonas
sube,

se tiñe lentamente de los rosas del rosa
a los rojos que horadan la sangre de la muerte;
y así naufraga cuando el sol acaba
y fecunda pudriéndose la otra primavera.

El trópico entrañable
sostiene en carne viva la belleza
de Dios. La tierra, el agua, el aire, el fuego,
al Sur, al Norte, al Este, y al Oeste
concentran las semillas esenciales
el cielo de sorpresas
la desnudez intacta de las horas
y el ruido de las vastas soledades.

La oda tropical a cuatro voces
podrá llegar, palabra por palabra,
a beber en mis labios,
a amarrarse en mis brazos,
a golpear en mi pecho,
a sentarse en mis piernas,
a darme la salud hasta matarme
y a esparcirme en sí misma,
a que yo sea a vuelta de palabras,
palmera y antílope,
ceiba y caimán, helado y ave-lira,
tarántula y orquídea, zenzontle y anaconda.
Entonces seré un grito, un solo grito claro
que dirija en mi voz las propias voces
y alce de monte a monte
la voz del mar que arrastra las ciudades.
¡Oh trópico!
Y el grito de la noche que alerta el horizonte.

[México, 1932]

Hora de junio, 1937

TRES RECUERDOS

I

CAMPO de espigas
por todas partes,
siempre.
En Groenlandia y en Cuba,
en lo actual invariable,
por ti. Siempre, siempre.
Tu esbeltez es la sílaba ligera
que le da adolescencia a una palabra.
Que esa palabra, sola, sin decirla,
selle mis labios, diga en mí tu alma.
Campo de espigas
deja que mis manos
al estar en las tuyas, siempre, digan.

Junio de 1932

II

¿Dónde encontrar una palabra nueva
para ti, junio, que las traes todas?
Campo de espigas, vasta compañía.
Alzar los ojos y encontrarte cerca,
mover la voz ya para no llamarte,
decirte en todo objeto,
vivir en ti los hombres y las nubes...
Campo de espigas de tus actos. Campo.

Junio de 1932

Objetos colocados,
cedidos ya, definitivamente.
Unos pesan las manos y los brazos.
Otros el cuerpo entero.
Sois, ya, proporcionales, claros,
porque sus ojos fueron un instante
la actividad de vuestra sobria inercia.
Hoy os descubro —mar con islas músicas.
Objetos colocados,
cedidos ya, definitivamente.

Agosto de 1932

Recinto y otras imágenes, 1941

ESTROFAS DE CAMPO Y LLUVIA

A Joel Patiño

TAN bajas están las nubes
que es la oportunidad
de conocer a los ángeles.

Primero por la pradera,
por la cañada,
y otra vez por la pradera.

Praderas verdes de junio
en que junio sale a ver
lo que se dice de junio.

Desde las lomas, las lomas
parecen sólo praderas
para llegar a las lomas.

De los cerros a las nubes
con los ojos en las manos
llegaremos a los ángeles.

Y los ángeles crearán
que regalamos los ojos
y así nos los tomarán.

Y con los ojos sin ojos
miraremos a los ángeles
reírse de nuestros ojos.

“Estos ojos no son tal:
¡que a un poco de tierra húmeda
lo quieran llamar cristal!”

“Por eso allá
todo es igual.”

Con nuestros ojos
los ángeles jugarán.
Se van a llenar las manos
de algo entre amores y mar.
Se van a llenar las manos
de una hora que azul da.
Se van a llenar las manos
de más-acá.

Y nos tirarán los ojos
de las nubes a los árboles,
del árbol a la pradera,
de la pradera al barranco,
del barranco al otro impulso
que salga de nuestras manos
por recuperar,
por recuperarlos
entre las piedras pequeñas
mojadas de junio y mayo.

¡Ah qué recuerdos —futuros—
los de los ángeles!
Aquel que se me olvidó
ha de ser el que tú sabes
por el que suspiro yo.

Y estaban ya las palabras
tal como en un palomar
cuando de las nubes bajas,
en un abrir y cerrar
de ojos, los ojos sintieron
lo fresco de un buen mojar;
mientras las puertas del cielo,
con gran ruido fue a ocultar
una luminosa mano
húmeda de más allá.

Hora de junio, 1937

MADRIGAL DE JUNIO

Si yo te fuera olvidando
todo el amor te daría;
escúchalo y no lo entiendas:
llévelo la poesía:
si yo te fuera olvidando
todo el amor te daría.

El valle en junio señala
nuevas orillas.

Vamos a ellas robándolas,
míralas.

Orillas del mes de junio
que en una estatua se aíslan;
la lluvia después le deja
cadáveres de caricias.

Junio te lleva y te trae
con idéntica delicia.
Pensando en ti, se me va,
de junio a junio, la vida.

Subordinaciones, 1949

A mi hermano

HORA de Junio:
espiga verde aún, fuerza de abril, ligera.
¡Ya de un golpe de remo y a la orilla
de alta mar!
El cuerpo hermoso quiere el infinito
y ya no la belleza. ¡La belleza
sin nombre, oh infinito!

Hora de junio, 1937

SONETO

JUNIO, voz de la luz, mitad sonora,
negra entraña terrestre en surco abierta,
eres la desnudez sangrante y cierta,
palomar de mi voz descubridora.

Súmala a tu perfil, hora por hora,
vívela en tu pasión de nube abierta,
cántala en árbol de fragancia injerta,
róbala el día que la noche ignora.

Si en mi brazo alisté la fuerza alegre
de torcer una rama por ver cielo,
tírame el dardo que tu azar integre.

Abro todo mi pecho a tu diamante
y a ti me lanzo devorando el vuelo
de tu anchura perdido en un instante.

Subordinaciones, 1949

HORAS DE JUNIO

VUELVO a ti, soledad, agua vacía,
agua de mis imágenes, tan muerta,
nube de mis palabras, tan desierta,
noche de la indecible poesía.

Por ti la misma sangre —tuya y mía—
corre al alma de nadie siempre abierta.
Por ti la angustia es sombra de la puerta
que no se abre de noche ni de día.

Sigo la infancia en tu prisión, y el juego
que alterna muertes y resurrecciones
de una imagen a otra vive ciego.

Claman el viento, el sol y el mar del viaje.
Yo devoro mis propios corazones
y juego con los ojos del paisaje.

Hora de junio, 1937

JUNIO me dio la voz, la silenciosa
música de callar un sentimiento.
Junio se lleva ahora como el viento
la esperanza más dulce y espaciosa.

Yo saqué de mi voz la limpia rosa,
única rosa eterna del momento.
No la tomó el amor, la llevó el viento
y el alma inútilmente fue gozosa.

Al año de morir todos los días
los frutos de mi voz dijeron tanto
y tan calladamente, que unos días

vivieron a la sombra de aquel canto.
(Aquí la voz se quiebra y el espanto
de tanta soledad llena los días.)

Hora de junio, 1937

Hoy hace un año, Junio, que nos viste,
desconocidos, juntos, un instante.
Llévame a ese momento de diamante
que tú en un año has vuelto perla triste.

Álzame hasta la nube que ya existe,
líbrame de las nubes, adelante.
Haz que la nube sea el buen instante
que hoy cumple un año, Junio, que me diste.

Yo pasaré la noche junto al cielo
para escoger la nube, la primera
nube que salga del sueño, del cielo,

del mar, del pensamiento, de la hora,
de la única hora que me espera.
¡Nube de mis palabras, protectora!

Hora de junio, 1937

HORAS DE JUNIO

JUNIO, jardín de junio, yo no quise
sino sólo una voz de su ternura,
besar el aire que en sus ojos dura
y soltar en mis labios lo que dice.

Aire, junio en los aires ya predice
las imágenes muertas en la oscura
piedad de las palabras que apresura
la sola poesía que no quise.

Agua, en tus lluvias llévame ceñido
al campo de sus ojos, al latido
del corazón que halle en otra sombra.

Róbame a los espacios que su acento
busque al azar, fuera de luz y sombra.
Yo cubriré mi sombra con el viento.

Hora de junio, 1937

JUNIO que no cumpliste el prometido
fruto del sacrificio, tú caminas
y a las treinta jornadas vecinas
el ave prodigiosa del olvido.

Yo me quedo más solo que tu olvido
en la imagen creciente de tus ruinas.
¡Yo caminara lo que tú caminas!
¡Yo olvidara el olvido de tu olvido!

Por ti la angustia es llave de la puerta
que no se abrió de noche ni de día.
¡Agua de mis imágenes, tan muerta!

¡Noche de la implacable poesía!
Por ti la misma sangre, tuya y mía,
corre el alma de nadie siempre abierta.

Hora de junio, 1937

POESÍA

POESÍA, verdad, poema mío,
fuerza de amor que halló tus manos, lejos,
en un vuelo de junios pulió espejos
y halló en la luz la palidez, el frío.

Yo reboqué los cántaros del río,
paré la luz en los remansos viejos,
di órdenes a todos los reflejos;
Junio perfecto dio su poderío.

Poesía, verdad de todo sueño,
nunca he sido de ti más corto dueño
que en este amor en cuyas nubes muero.

Huye de mí, conviérteme en tu olvido,
en el tiempo imposible, en el primero
de todos los recuerdos del olvido.

Hora de junio, 1937

HORAS DE JUNIO

¿CUAL de todas las sombras es la mía?
A todo cuerpo viene la belleza
y anticipa en los aires la proeza
de ser sin el poema poesía.

Junio dos nubes mágicas me fía
y ya soy cielo en que la duda empieza.
¿Apoyaré tan pronto la cabeza
en la mano profunda que aún no es mía?

En palabras de amor se va la hermosa
vida junto a la espina y a la rosa
tan alta siempre que cuando la hallamos

antes sangran los dedos con la espina;
y la rosa en la altura de sus ramos
ya es otra rosa que se indetermina.

Hora de junio, 1937

ERA MI corazón piedra de río
que sin saber por qué daba el remanso,
era el niño del agua, era el descanso
de hojas y nubes y brillante frío.

Alguien algo movió, y se alzó el río.
¡Lástima de aquel hondo siempre manso!
Y la piedra lavada y el remanso
liáronse en sombras de esplendor sombrío.

Para mirar el cielo, qué trabajos
ruedan los ojos turbios, siempre bajos.
¿Serán estrellas o huellas de estrellas?

Era mi corazón piedra de río,
una piedra de río, una de aquellas
cosas de un imposible tuyo y mío.

Hora de junio, 1937

EN PALABRAS de amor —paloma el día—
pone y quita palabras palomares
y las pequeñas brisas por los mares
viajan con una angustia de alegría.

Riesgo de llamarada que se enfría,
luz que falta en los cuellos a collares,
perdición en los súbitos azares,
dicha de una virtud que no existía.

Si algo hay en mí que valga es la amargura
de un desdeñado vaso de dulzura
que una noche lluviosa está secando.

Ha de quedar el agua sin virtudes
agobiada de horribles juventudes,
gloriosamente oscura, recordando.

Hora de junio, 1937

HORAS DE JUNIO

¿POR qué si ya estoy lleno de mí mismo
quiero de ti la brisa, el agua, todo
tu ser en mí, profundo de tal modo
que yo sea el abismo de tu abismo?

Gloria será de mágico cinismo
ir a tus cielos desde el noble lodo.
Jerarquía: tu codo con mi codo,
encontrarte y decir: tú eres yo mismo.

Fuerza y fusión en que el amor se ahonda
y baja al seno de mayor altura.
Arriba pisa el pie de vidas de onda

y abajo, en lo más alto, se enriquece
la unidad de los dos en la figura
de un árbol submarino que florece.

Hora de junio, 1937

ESTA noche mis ojos no se cierran,
esta noche me enciendo como el día,
toda la noche es río de alegría,
toda la noche tú noches encierran.

Déjame ser el blanco en que no yerran
las manos habituales de tu guía;
óyeme sin mirarme en este día
en que cien noches sobre mí se cierran.

Tú eres la inmensidad, el imposible
amor, el dulce amor, amor terrible,
la distancia constante de mí mismo.

Y quiero estar en ti, quiero ese viaje
de infinidad, igual a su heroísmo
de ser la luz, la nube y el paisaje.

Hora de junio, 1937

ABRÍ mi pecho cual una ventana
y eras el horizonte, un vago monte
con nubes de oro, nubes de horizonte
compuesto de la noche a la mañana.

¡Cuánto tardas allí, cosa lejana!
Veo y busco tu faz de monte a monte.
Nivelé el corazón al horizonte
y está en mi mano cual una manzana.

Si de tanto mirar lo que no miro
cayera de mis ojos la belleza
como la hoja del árbol —suspiro—,

y la llevaran el viento y la brisa
con tal cuidado que toda tristeza
fuera sólo un comienzo de sonrisa.

Hora de junio, 1937

HORAS DE JUNIO

AMOR así, tan cerca de la vida,
amor así, tan cerca de la muerte.
Junto a la estrella de la buena suerte
la luna nueva anúnciate la herida.

En un cielo de junio la escondida
noche te hace temblar pálido y fuerte;
el abismo creció por conocerte
robando al riesgo su sorpresa henchida.

Hiéreme así, dejándome en la herida
la sangre que no cuaja ni la muerte
—la llaga con la sangre de la vida.

Ya estás herido por mi propia suerte
y somos la catástrofe emprendida
con todo nuestro ser desnudo y fuerte.

Hora de junio, 1937

ÉRAMOS la materia de los cielos
que en círculos inútiles parece
sin dar el fuego cósmico que crece
sino apenas el ritmo de sus vuelos.

Energía de idénticos anhelos
que aleja y avvicina y que los mece,
juntó en choque de fuerzas luz que acrece
la sombra en tierra de sus hondos cielos.

Y buscándose en ambos nuestra suerte
fluyó hacia tu esbeltez la fuerza fuerte
que al fin su espacio halló propio y profundo.

Salgo de ti y estoy en tu tristeza,
sales de mí y estás en tu belleza.
Las estrellas nos ven: ya hay otro mundo.

Hora de junio, 1937

Eso que no se dice ni se canta
es sólo un nombre ¿acaso es un suspiro?
En la sangre celeste de un zafiro
tiene lugar, y tiempo, y voz levanta.

¿En qué número numen, qué garganta,
qué secreto feliz, a cuál retiro
donde sólo el suspiro de un suspiro
pase, te he de esconder, ventura tanta?

Si estas manos vacías ya están llenas
al pensar en tu ser —lecho de arenas
con que las aguas doran su camino—,

donde ponerlas, manos asombradas
de mostrarse desnudas al destino
y levantar al cielo llamaradas.

Hora de junio, 1937

HORAS DE JUNIO

I

HORA de junio a tiempo fruta viva
dio y a tu mano va de sangre llena.
Cuélgala en tu retoño limpio, llena
tu mano con su fuerza ya cautiva.

Busco y te hallo, profunda y efusiva
gracia viril que nube tan terrena
rasó el área jardín tu voz morena
y llueve rubio tras la luz festiva.

Te digo en estas voces la callada
ventura de sentirme en tu mirada
robando luces y ocultando cielos.

Mi corazón devora tiempos de oro:
pájaros pican límpidos ciruelos
y en ti la hora pierdo y atesoro.

II

A quien trae en las manos la primera
rosa y el primer canto, yo le digo:
toma estos frutos plenos, ven conmigo,
los dos seremos vida verdadera.

Yo quisiera decirte, yo quisiera
ser tu propio silencio. Estar contigo,

seguirte sin que sepas que te sigo;
el alma te esperó, siempre te espera.

Cuando contigo estoy corto al suspiro
su camino de brisa y de palomas.
Te hablo con la garganta en un zafiro

cuyo cielo asombró la noche nueva.
Y el silencio de Junio, por las lomas
dice mi nombre y hacia ti lo lleva.

III

A junio acicalé con honda mano
y siempre en su hermosura hallé tristeza;
hoy que sólo he mirado su belleza,
lejos puso el veneno más cercano.

Junio que así me tiendes hoy la mano,
déjame en esta vez ser tu belleza,
lígame con tus oros la tristeza
que da la dicha del amor humano.

El negro manantial de sus cabellos
la miel que hay en sus ojos humedece.
Junio, mi corazón he puesto en ellos.

Ven a mi corazón, dulce criatura,
y verás, por el viento que lo mece,
la flor doblada y herida en la altura.

Recinto y otras imágenes, 1941

JUNIO, Gabriel, anunciación florida
en que un arcángel sin las alas llega.
Viene en su pie la voz que me dobliga
y el silencio en la boca de mi herida.

Mírate en el espejo que no olvida
y en sus luces la luz que al día aniega.
Cielo de junio su esplendor despliega
para el que al sueño su virtud le pida.

Yo te digo, Gabriel, toma en el viento
la flor que sube y con seguro acento
suspéndela y desátala. Descubre

lo que junio anticipa del otoño:
una nube tardía es todo octubre
y un suspiro la muerte de un retoño.

Junio de 1944

Poemas no coleccionados, 1922-1976

SONETO

LABRÓ Junio otra vez en carne viva
el campo del amor, y los terrones
su olor a entraña y húmedos talones
dieron al aire en que el amor cultiva.

Y el surco al horizonte se deriva
lleno de trinos y resurrecciones.
La mañana en las nubes, a jirones
se desnudó desnuda y persuasiva.

Los gérmenes moviéndose en el fondo
hacen crujir el campo grande y hondo.
¿Qué surgirá? Y el poderoso día

pinta de junio su asombrada boca
que rodeará la esbelta melodía
del vivo campo que el amor retoca.

Subordinaciones, 1949

DOS SONETOS DE JUNIO

A Elías Nandino

I

JUNIO trae en el hombro la paloma
que otro tiempo fue un águila. Sus manos
señalan horizontes tan lejanos
que apenas dan la altura de una loma.

Comienza a atardecer y el aire aploma
su antigua iniciativa. Con desganos
aún señalan caminos por los llanos
las vivientes angustias del idioma.

Junio en la tarde muestra su hermosura
pálidamente antigua. Noble causa
da en sus ojos la flor de su figura.

¿Aún hay tiempo de amar y ser amado?
Y un pájaro es el ritmo de una pausa
que da el valor del sueño y lo soñado.

II

Junio, si con tus manos desbaratas
el cielo acumulado de otros días,
la algarada naval, ganaderías
del gran cuerno abundante que aquilatas;

si lo que no sabías lo relatas
sin haberlo escuchado; si tus crías
tienen las luminosas energías
que a la noche en el viento le arrebatas;

si estás de pie en la cumbre panorama
donde a un lirio un antílope amalgama
la esbelta soledad de un joven triste,

toma la mía, que en su flor de fuego
distingue la verdad de lo que existe
y seriamente se dedica al juego.

Las Lomas, junio de 1958

Reincidencias, 1978

DICIÉNDOLE A JOSÉ GOROSTIZA

UNO

¿TE DISTE cuenta de que en Junio el día
tiene algo de la noche? La pregunta
lleva en la flor de tu presencia adjunta
el fruto silencio deste día.

Algo de subterránea idolatría
alcanza al cielo que el amor conjunta.
Y entre el día y la noche se barrunta
todo eso que no sé y es cosa mía.

Pasa por la alegría un soplo obscuro
que fácil pudo unirse a lo maduro.
Desbaraté con mis palabras eso

que nunca supe lo que es. Y sigo
diciéndote de Junio... Libre y preso.
Sí te das cuenta de lo que yo digo.

DOS

La ventana soy yo. El todo afuera
está dentro de mí. Te sigo ardiendo
sin que nadie lo vea. No destruyendo
la luz de piedra de tu cordillera.

Dentro de mí se ve crecer lo afuera.
La luz que no fue mía ya la enciendo.

La flor cuya belleza nunca entiendo
me da en los ojos su fulgor ceguera.

Me dices que así es Junio. Yo quisiera
desnudarme en sus ojos. Desde afuera
verme por dentro. Sin decirme nada

volver a las antiguas geometrías.
Y estoy entre mi nube y tu almohada
viendo caer las noches y los días.

TRES

Tu ausencia es para siempre. Te quedaste
para siempre también. Juntos hallamos
lo que nunca se encuentra. Embalsamamos
lo frutal de la vida. Todo amaste

sin decírselo a nadie. Tu desgaste
fue propio de la luz. Si nunca estamos
en donde todo el mundo, es porque estamos
con nosotros y en todo. No hay contraste.

El papelito de la mariposa
que cayó en una rosa, por descuido,
sólo nosotros lo leímos. Cosa

que nadie toma en cuenta. Noche tuya
fue día para mí. Lo prometido
es deuda. Que anochezca y que concluya.

Lomas de Chapultepec, 17 de junio de 1973

Reincidencias, 1978

ORGO que hablas de amor y se corona
de espina el corazón de mi amargura.
Una tarde de Junio, la más pura
de todas mis pasiones me aprisiona.

Tú eres mi libertad, íntima zona;
líbrame de mis mármoles, la dura
riqueza solitaria que me mura,
la luna que me mata y me corona.

Si quisieras tener por un instante
mi corazón entre tus manos; si una
noche del corazón —como ninguna

sombra de la belleza— desbordante
cayera sobre mí... Deja que cante,
deja que calle... Déjame la luna.

6 de junio de 1938

Poemas no coleccionados, 1922-1976

SONETO

*A un amigo incomparable,
regalándole un reloj*

EL TIEMPO que nos une y nos divide
—frutal nocturno y floreciente día—
hoy junto a ti, mañana lejanía,
devora lo que olvida y lo que pide.

Cuidar en él lo que al volar descuide
será internarse en su relojería;
y minuto a minuto y día a día,
sin quererlo, aunque poco, nos olvide.

Olvidados del tiempo, esos instantes,
serán de eternidad; los deslumbrantes
momentos del instante de lo eterno.

Junio en tus manos su belleza afina;
el otoño es dócil subalterno.
Tiempo y eternidad de tu alma combina.

Poemas no coleccionados, 1922-1976

RECUERDOS

A G. S. T.

ANTES era Junio. Ahora es Septiembre.
Pienso en ti y mi amor es tan grande,
pienso en ti y el amor es tan fuerte
que la luz deslumbrante de Junio
es el jugo frutal de Septiembre.

Llueve el hondo pesar de la dicha
que ha llegado tal vez a deshora.
En tanto que afuera la lluvia nocturna
anticipa plenitudes a las rosas.

Y te adoro y tu ausencia me da
la certeza de un día sin vida.
Deslío tu nombre en mi nombre
y cierro los ojos a todo,
dejando en un lago de olvido la flor de tu isla.

Tepoztlán, Morelos, 13 de julio de 1955

Poemas no coleccionados, 3; 1922-1976

SEPTIEMBRE

EL MEDIODÍA de septiembre
sus hondos árboles hojea;
en rumoroso y alto libro
su aliento el aire suspendió.
Es una hoja desasida
que una invisible mano herida
de lo más cielo desprendió.

Águila joven, sobre rocas
tiene las crías y ha empollado
entre huracanes y tormentas
que el cielo fueron a sangrar.
Cruje la roca en su soporte
porque unas águilas del norte
traen miseria en su volar.

Rodea la roca un nudo de árboles
en que la sombra colectiva
deshabitó lo que fue aroma
y de la muerte va a vivir.
El bosque antiguo se reúne.
De todo mal siempre está inmune.
Goce o pavor tiende a infundir.

A complacerme con su cuerpo
recio de gloria solitaria
donde vilezas y traiciones
no lo han podido entorpecer,
llego y le pongo la mirada

con ansiedades del que horada
oro y zafir de amanecer.

De aquella hora de atropello
y de domésticas ruindades,
él es el ancho tiempo breve
en que se rompe el corazón
para tender un vitalicio
puente de gloria y sacrificio
que dio al abismo salvación.

La joven águila sacude
de sombras malas su plumaje
y mira al valle-cementerio
en que la tumba es un volcán.
Bajo las alas sus criaturas
sienten las álgidas premuras
de los que el sol alcanzarán.

En Nayarit y en otros cielos
la luz, de luz, hizo más luz.
Y al levantar vuelo en diamante
águila y erías aclaró
de la miseria y de la ruina
las oquedades, y una encina
llena de cantos levantó.

Seis aguilillas vida dieron
al bosque herido. Las esbeltas
sombras hendieron el follaje
bravas en látigo viril.
Y fue una muerte poderosa
lo que a la espina dio la rosa
en una mano juvenil.

Adolescentes misterios
que dieron sangre al alto cáliz
y entre las hojas de septiembre
llevan camino de laurel,
México tiene por vosotros
el ritmo fuerte de unos potros
bajo el dominio de un doncel.

Y en esa mano de seis dedos
un rayo joven nos vigila.
¿Tendrá el Destino que soltarlo,
sobre los valles, junto al mar?
Dos veces ya septiembre suena
en esta mágica faena
de hacer la patria y de cantar.

Chapultepec, septiembre de 1947

Subordinaciones, 1949

“Y ASÍ VOY CON LOS OJOS EN LAS MANOS”

ESTUDIO

ESTA fuente no es más que el varillaje
de la sombrilla
que hizo andrajos el viento.
Estas flores no son más que un poco de agua
llena de confeti.
Estas palomas son pedazos de papel
en el que no escribí hace poco tiempo.
Esa nube es mi camisa
que se llevó el viento.
Esa ventana es un agujero
discreto o indiscreto.
¿El viento? Acaba de pasar un tren
con demasiados pasajeros...
Este cielo ya no le importa a nadie;
esa piedra es su equipaje. Lléveselo.
Nadie sabe dónde estoy
ni por qué han llegado así
las asonancias y los versos.

México, 1925

Hora y 20, 1927

ANUNCIO

LÁPICES como pinceles,
pasaremos el día
jugando con los mágicos papeles
que mi voz entintara en los patios del día.
Dóciles panoramas
que entran y salen por las ventanas
de la casa en los aires que mis ojos alertan
y que sobre el espejo de la evocación levantan
la rueda de colores del poeta.
Tengo tu oído luminosa montaña y grandes manos
para robar colores, oh mar;
tactos sutiles,
oh nube de alto paso.
Escuchan, ven y tocan los ojos serafines.
Alas que ven el vuelo de una mirada y saben
ser la orquesta del mundo, eternidad y tiempo,
de color y de música de todos los deseos.
Bazar, sala de alquimia.
La corbata del pueblo
la traigo yo. Juguetería,
yo he sembrado trigo en invierno
y he echado la casa por la ventana.
No olvide usted la esquina del Infierno
no está completamente iluminada.
Moneda 12: se regalan noches de luna
con equipo completo.
Melodías. Melodías para todas y ninguna,
el área del amor perfecto
y las ontologías de la luna.

Se venden colores para todos los amores.
El que no tiene nombre está a punto de agotarse.
Desconfíe de las imitaciones.
Juguetes de Curaçao y exquisitos recuerdos de Colombia.
Litros de agua del último naufragio
y estuches de seda con difíciles cosas.
El Trópico va a cambiar de local
para instalarse en un cómodo abismo.
Vendo toda la América Latina
excepto las Antillas-Nicaragua.
(El corazón sacude con alas aquilinas
un orgullo de mil metros con grandes ruidos de agua.)
Lápices como pinceles,
azules y verdes
para las ajenas melancolías.
Tornasolados para las cartas que van muy lejos;
lápices con melodías
y con reflejos.
Lápices blancos y amarillos
para el papel de las tinieblas;
papeles de fantásticos brillos
para el lápiz sonoro de las fiestas.
Por qué es la zona de mi corazón
floresta silenciosa y colorida orquesta;
un lápiz muy fino para mi meditación
tendré;
juguetes para la esperanza
y libros en blanco para mi fe.
Jugaré y juraré.

Noviembre de 1924

Poemas no coleccionados, 1922-1976

LAS COLINAS

DIBUJAR las colinas
de un solo trazo,
aquietar las palabras y unirlas
debajo de los árboles;
ponerlas a pacer o esparcirlas
entre las huellas de todos los caminantes
de la dulce vereda que declina,
o comprar palabras nuevas
en las tiendas de colores con brisa,
en fin, salir a la puerta y en el aire,
sencillamente,
dibujar las colinas.

Sus viajes son tranquilos y pequeños.

Son viajes a tres tintas
a flor y fruto de senderos
por donde pasa el arco iris
sin paraguas. El azul que da el cielo
por ese lado,
juega algunas veces a ser verde.

Y hay un don de amistad en las colinas
desde mi casa, en los atardeceres.

Conversación.

—Nosotras estamos aquí siempre.

Nunca vamos a la ciudad.

Estamos convencidas de la belleza
del Iztaccíhuatl y el Popocatépetl.

Cuando seamos grandes aprenderemos
también a patinar sobre la nieve.

—Pero si ustedes son más hermosas;

son la sonrisa
de mi caja de lápices. Ahora
mismo me lo decían
las palomas.
La opinión de las águilas
claro está que es muy otra.
Pero esos zopilotes estandartes...
Les envidio a ustedes la tarea
de recoger las estrellas
que quedan tiradas en la mañana.
—Sí; tenemos ya una colección bastante completa.
Dicen que las pagan muy bien en Groenlandia.

¡Dibujar las colinas!
Repartirles los ojos
y llevarles palabras finas.
Mojar largo el pincel; apartar la neblina
de las nueve de la mañana,
para que el vaso de agua campesina
se convierta en alegre limonada.

México, 1925

Hora y 20, 1927

ESTUDIO

A Carlos Chávez

LA SANDÍA pintada de prisa
contaba siempre
los escandalosos amaneceres
de mi señora
la aurora.
Las piñas saludaban el medio día.
Y la sed de grito amarillo
se endulzaba en doradas melodías.
Las uvas eran gotas enormes
de una tinta esencial,
y en la penumbra de los vinos bíblicos
crecía suavemente su tacto de cristal.
¡Estamos tan contentas de ser así!
Dijeron las peras frías y cinceladas.
Las manzanas oyeron estrofas persas
cuando vieron llegar a las granadas.
Los que usamos ropa interior de seda...
dijo una soberbia guanábana.
Pareció de repente que los muebles crujían...
Pero ¡si es más el ruido que las nueces!
Dijeron los silenciosos chicozapótes
llenos de cosas de mujeres.
Salían
de sus *eses* redondas las naranjas.
Desde un cuchillo de obsidiana
reía el sol la escena de las frutas.

Y la ventana abierta hacía entrar la montaña
con los pequeños viajes de sus rutas.

México, 1925

Hora y 20, 1927

A HÉCTOR CRUZ

I

Y así voy, con los ojos en las manos,
diseminándome por tu pintura,
en que el color es puro, sin blancura,
desnudos primaveras y veranos.

Hay un hondo sentirse, y entre hermanos
me encuentro en tu paleta con la holgura
que se da en la belleza cuando es pura:
la mano se abre por soltar los granos.

Muy poesía traigo de tu obra:
en ella nada falta y nada sobra.
Se cumple un ideal: la poesía.

Me retiro envidiándote. Quisiera
decirte un algo más; tal vez sería
desbaratar en mí tu primavera.

II

Pero algo más debo decir a punto:
pintando poesía ¿es más deveras?
Qué gas tan impalpable el que encendieras
—violeta y amarillo— en el asunto.

¿Por qué me quedo un poco cejijunto
pensando en las palabras? Como quieras.

Si yo anduviera por donde tú anduvieras,
¿se podría ejercer el contrapunto?

Tanto me inquieta lo que de tu mano
vuela a mis ojos, lo solfeo al piano
de la pradera con dedos de brisa,

que melódicamente vi el follaje,
y como todo lo que se improvisa,
fui un elemento más en el paisaje.

Lomas de Chapultepec, 26 de enero de 1976

Reincidencias, 1978

SONETO

*Al pintor Best Maugard, artista,
ahora más allá del arte*

ADOLFO, si en tus ojos o en los míos
anda la luz buscándome, te ruego
que escondas en la sombra de tu fuego
las soledades de nuestros navíos.

En el mar de los ojos hay plantíos
de peces luminosos que en el ciego
recinto vertical le ponen fuego
a cuanta sombra viene con sus bríos.

Tú que pintas miradas que no has visto
y ellas te ven, enciélate y rodea
de luces numerosas lo imprevisto.

Pinceles que a los ojos abren paso
te dan —sin que lo busques— una idea
del agua sostenida, sin el vaso...

Poemas no coleccionados, 1922-1976

TRES SONETOS A FRIDA KAHLO

I

SI EN tu vientre acampó la prodigiosa
rosa de los colores, si tus senos
alimentan la tierra con morenos
víveres de espesura luminosa;

si de tu anchura maternal la rosa
nocturna de los actos nochebuenos
sacó tu propia imagen con serenos
desastres en tu cara populosa;

si tus hijos nacieron con edades
que nadie puede abastecer de horas
porque hablan soledad de eternidades,

siempre estarás sobre la tierra viva,
siempre serás motín lleno de auroras,
la heroica flor de auroras sucesivas.

México, D. F., agosto de 1953

II

Como quien tiene flores en la mano
y se queda mirando un pueblo entero
para entregarle el corazón, te quiero.
(No pude ser tu buen samaritano.)

Nada en nuestro dolor ha sido en vano;
que vengan los pinceles: el primero
teñido en sangre te dirá en jilguero
su lágrima ambulante por el llano.

Estás toda clavada de claveles.
Fuego a la sangre pegan los pinceles.
Un niño ensangrentado sube al cielo.

Yo acampo en un abismo de ternura,
seco de sed. Tu corazón, al vuelo,
dejó caer un poco de su altura.

Villahermosa, Tabasco, agosto de 1953

III

*A Frida, enviándole un anillo
adornado con el cero maya*

Cero a la izquierda, nada. Yo te digo:
toma esta nada, pónitela en un dedo.
Nada en un dedo llevarás sin miedo.
La nada poderosa del mendigo.

Te veo por la nada de un postigo
y eres la cifra que alcanzar no puedo.
Ante tu fuerza saludable quedo
igual a un árbol hueco y enemigo.

Cero sin fin a la derecha es tuyo.
Si pienso en ti —robándote—, destruyo
toda la cobardía que me llena.

Nada soy. Todo tú. Con nuestra vida
llena de soledad, yo soy la arena
y tú la raya horizontal sufrida.

Las Lomas, D. F., octubre de 1953

Poemas no coleccionados, 1922-1976

SONETO CON UN VELASCO PARA MI SOBRINO JUAN

JUAN DE LA LUZ, que te siga inundando
como a Velasco su naturaleza.
Basta un rayo de sol y todo empieza
para saber vivir multiplicando.

Esta pintura, lejos de lo blando,
es energía de pies a cabeza.
En su iluminación hay la belleza
de la palabra cuando está cantando.

La fuerza de la luz aquí en la tierra
está en la libertad de lo que encierra.
Se va la luz y aparece el lucero.

Que así sea para ti. Miro que llegas,
y al mirarte llegar, digo en jilguero
que no he vivido para siempre a ciegas.

Las Lomas, 31 de mayo de 1968

Reincidencias, 1978

“PIE FUGAZ DE LA DANZA, PIE DIVINO”

RUEGO

Para José D. Frías

VUELVE, oh dulce Jesús, desde tu excelso trono
los ojos tornasoles, las invisibles manos,
a esta sombra desnuda que de ritmo coronó
porque a la nube tienda de tu sencillo arcano.

Libré los frutos vírgenes del filo del verano,
resucité aguas muertas que entre jacintos dono,
adelgacé las pautas y puse el mundo a tono
para danzar y danza y aumenta entre mis manos.

Zafiro graba espeso para tu nombre y alza
la luz caudal que orea la aurora en flor, descalza.
A ti seré en arenas de orilla prodigiosa.

Dios y Señor, quebranta lo que en mí no te alabe:
ven a mi sombra y crúzala, vírala hacia la Osa
y en tus aviones-ángeles su tempestad acabe.

París, 1926

Hora y 20, 1927

LA DANZA

PIE fugaz de la danza, pie divino
cuyo tacto doró la última tierra.
Paso de onda, libertad que encierra
sangre y viento en la flor de su destino.

Tono y compás orillan el camino
que abisma el pie con su sagrada guerra.
(Desnudaba la brisa una honda tierra,
música y paz y tiempos para el trino.)

Movía el corazón ruedas doradas
en un juego de sombras avivadas
por la espiral que asciende y perfecciona,

y el ritmo, todo desnudez, ceñía
los arcos de una vívida corona,
pie de la danza y copa sobre el día.

México, 1924

Hora y 20, 1927

ESTUDIO Y POEMA

A José Vasconcelos

Las estrellas danzan.

Avisad a vuestros amigos por teléfono
que las estrellas danzan.

Historiografía:

sobre los observatorios mayas
los sacerdotes de Quetzalcóatl
contemplan la suprema danza.

Los egipcios sonríen misteriosamente.

En una isla griega un hombre enrarece la atmósfera
de las matemáticas.

Las madreperlas del golfo Pérsico,
zurden, se abren y tal vez cantan.

Confesemos nuestra estupidez,
alabemos nuestros sentidos:
oíd, mirad, sentid.

Las estrellas danzan.

Romped el sobre por antiguo que sea
y escribid la postdata
con la noticia a vuestros parientes desconocidos
(acaso uno dellos hostelero de catacumbas), para
que salga un momentito a mirar esa estupenda cosa.

Las estrellas danzan.

Si el rey no lo sabe lo sabrá por el anarquista.
Mirad el trópico: se mesa sus cabellos de palmeras
adoncelladas.

El Ganges sube en espiral alrededor del Himalaya
con yates de multimillonarios yanquis
que, por fin, Señor, por fin, han perdido el oro
de la palabra.

Las estrellas danzan.

Desde mi agujero sepulcral lo veo todo.

Las nebulosas se balancean

como islas robadas

por translúcidas águilas.

Saturno desdobra sus aros atados a un huracán vertical

que les da nueva alianza. Júpiter

gira alrededor de Venus, porque a pesar del tiempo

terco...

Y todos los satélites del universo

se ruedan por la inclinación de una escala

de piano. Y los satélites

escolares y las estrellas sin nombre, danzan. Y la danza

es un poliedro deslumbrante

que de repente se abre

como la divina caja,

y se echan a volar los cometas con el mensaje

de las portentosas palabras

que todos entendemos sin saber cómo:

tal vez con los ojos

en las manos y el corazón en la garganta.

Las estrellas danzan. Y, ¡oh Dios,

es el supremo ritmo de la Gracia!

Siento que una manecilla luminosa

el ideal camino me señala;

voy entendiendo acompasadamente

el pletórico ritmo de las alas.

Crecido viento el pie certero lleva
y abandona las curvas colosales
del universo y entra en zona nueva.

Fe de cosas sin nombre da su acento
y el alma va como las melodías
sobre las pausas ágiles del viento.

Fe que dio al escalón perfectos pasos
y enfrentó la mirada a la áurea puerta
por donde salen par albas y ocasos.

Fe de átomos en cuyos electrones
gira del infinito al infinito
un poder de profundas ascensiones.

Fe sencilla y tremenda que asegura
hasta el Divino Solio el dulce tránsito
y que en vivas estrellas se madura.

La Gracia, la Divina Gracia entrega
lo que apenas entiendo sin decirlo,
que al miserable labio se alza y niega.

¡Oh Dios, oh Dios, oh Dios! La mano pudo
dibujar suavemente ignotos ritmos
como la buena espada en el escudo.

Y el alma está sobre los cielos. Brilla
y sabe por qué brilla y por qué puede
en las aguas de Dios filar su quilla.

¡Abajo, en un rincón azul
de lo que no puede medirse,
las estrellas danzan,
las estrellas danzan,
las estrellas danzan!

París, 1926

Hora y 20, 1927

LUTOS POR ANTONIA MERCÉ

A Manuel M. Ponce

POR los toreros y las bailarinas
esta voz de palmeras y marinas
ladea su esbeltez, sus arcos vivos.
Y este baile sombrío
y este río en penumbra,
con poca lluvia y pájaros heridos
pisa apenas la arena de su lecho de muerte
repasando humedades en silencio.

A la cortina escóndela, más plegada que nunca,
teatro al mediodía morado de recuerdos;
yo guardaré mis manos como guantes vacíos;
no seré el palomar de todos los aplausos.

Andaré con la brisa
de baile en baile preguntando, ¿dónde
podrá la brisa estar, que haya otra brisa
que tan de prisa y a mi voz se esconde?

¿Dónde estará la risa
de sus manos maderas en jolgorio,
las urnas claras de gentil emporio,
armas, trofeos de ligera liza?

Como una niña huérfana la brisa
tendrá en sus manos las flores descalzas
del patio abandonado. Y en las losas sin música
la huella de un pie muerto arrastrado entre encajes.

Yo palpo las cinturas y en todas dura
la ineptitud de un pobre barro seco.
Este fuego de julio descendió tan a fondo
que la raíz del ritmo se extrae con los dedos.

Y serán los roperos como ataúdes
donde los trajes, tiesos, sabiéndolo, se pudran;
después, en un museo, las viudas multitudes
dirán con suave gozo su tristeza insepulta.

Por sangres diferentes fuiste sonora,
como España es distinta y es sólo una.
La brisa acendra rosas bajo la luna.
Como en ninguna noche hay luna ahora.

Tras el tacón de tu calzado esbelto
fueron mis ojos álgebra y senda mis oídos;
la justicia del número que enigmas ha resuelto
y camino difícil a todos los olvidos.

Luna como ninguna la luna está.
Por los toreros y las bailarinas
—estatua en banderillas y pies primeros—
luna como ninguna la luna está.
Y esta voz de palmeras y marinas
y este baile sombrío
y este río en penumbra
con poca lluvia y pájaros heridos
pisó apenas la arena de su lecho de muerte,
repasando humedades en silencio.

Recinto y otras imágenes, 1941

SONETO A CAUSA DEL TERCER
VIAJE A PALESTINA

¿POR qué, Señor, a tus paisajes tomo
de nuevo entre mis brazos? ¿Por qué ordenas
—pájaros en abril, noches serenas—
que a mí desciendan nubes de tu domo?

Y al abismo cordial mi sombra asomo
y te digo mis gozos y mis penas.
Y con lágrima grande las arenas
jardines brotan y en mi fe te aromo.

La cuna y el sepulcro. Piedra y cielo.
Paisajes de Israel. La sed fecunda
la Samaria de piedra. Y desde el vuelo

del Tabor, pesca y ara Galilea.
Y le abrí el corazón agua que inunda,
para que el Sol en sus entrañas vea.

Monte Tabor, Palestina, 1929

Práctica de vuelo, 1956

TRÍPTICO

A José Manuel Puig Cassauranc

I

EN ATENAS

¿POR qué la mano lenta sobre el tambor pulido
desta columna rota, tórridamente va?
Es la misma caricia con cierto aire de olvido
que deslizó sus dedos sobre Chichen-Itzá.

Y hay un viaje remoto que a un altar dividido
dio su gozo y su espuma, sus esperanzas da.
Y hay un retorno antiguo hacia un nuevo sentido
del Sol que abrió las cifras de Grecia y Yucatán.

Doré ritmos que a veces suelo olvidar. Y echado
sobre los dulces tréboles al pie del Partenón,
pongo a danzar los lápices. Y el verso nace atado
a una columna rota y a un gran muro labrado.
Porque a un noble temblor la luz ha desbordado
la mano silenciosa que rige el corazón.

II

EN ESMIRNA

¿Qué agua ésta que tiñe de azul casi vencido
las olvidadas manos sobre la flor del viaje?
El bote cruza el golfo de Esmirna y el paisaje
pasa de mano en mano como el pie del olvido.

¡Noble melancolía del amor elegido
entre un puerto remoto y una orilla salvaje!
Las manos olvidadas sobre la flor del viaje
se afinan de aguas hondas bajo un aire caído.

De un grupo de palmeras surge un avión. Descansa
el ruido entre las últimas gaviotas de agua mansa.
Una palmera cruza llevando brisa y tono.

El bote sigue al agua y el agua al sol y alía
deslumbradoramente su viaje a mi abandono
que balancea espumas para alargar el día.

III
EN CHIPRE

MUJER cuyas miradas ágiles y serenas
mi sombra aligeraron, libradas al destino,
tu hallazgo no cedía, fugaz y así divino,
por un ciprés de Esmirna, por un laurel de Atenas.

Entre los vinos áridos de las copas ajenas
las nuestras, alejadas, se bebían el vino.
Después nos despedimos sin saludarnos, llenas
las miradas de mares hacia un dulce destino.

Corono tu recuerdo desde una isla griega
que vidria el sol y el tiempo no pasa sino juega.
Al cielo de tus ojos no volveré. Por ti,

vino de Chipre bebo, sombras de vino entono,
y en el baile de luces tu recuerdo corono
con las mismas palabras que en tus ojos bebí.

Marzo y abril de 1926

Hora y 20, 1927

CONCIERTO BREVE

BRUJAS

I

A Guillermo Dávila

CON la voz descalza
y el camino extranjero, sin preguntas,
te ando y te desando,
ciudad semilunar, aduana de la luna.

Tus autoridades
me exigen la esquila de defunción.
—Pero si yo ya no soy yo, les digo.
Compare usted el retrato de ayer al de hoy.

Y estoy en ti.
Casi como en mí dentro de pocos años.
¡Y pasa un minuto y ya siento
los recuerdos del porvenir!

Te amo a pesar de los ingleses
que copian tus tarjetas postales.
Pero hablemos de nuestros propios bienes,
tu millón de silencio, mis dones tropicales.

Te pareces a ella,
eres el retrato de mi novia.
Tarde he comprendido que la primavera
es más rica y más bella cuanto más silenciosa.

¡Eres una ciudad
o uno de mis mejores recuerdos!
Regálame tu castidad,
mira mis llagas. Y sin embargo soy un templo.

Vengo de hacer el mundo en seis momentos,
y descanso el séptimo en ti.
Todo lo he creado menos el silencio:
la perla más profunda, el aire más sutil.

Estoy cansado, véndame, átame.
Descanso en ti.

II

Buenas son vacaciones de lágrimas.
Se lava la sombra, se comprende el mar.
Los organizadores de naufragios
tienen razón: hay que viajar.

A propósito de Simbad,
¿no crees que aún tenga tiempo
mi estrella, de llegar?

Y te me quedas mirando
en actitud de canal
por cuyo puente ha pasado alguien
sin nombre, sin fecha y sin edad.

III

Hans Memling me pregunta:
¿Cómo están mis discípulos de Pátzcuaro?
—Maestro: todos los detalles te saludan,
tus discípulos pintan...

(Venado azul de Pátzcuaro que corres bajo el sorbo
de agua que en la jornada me dio mano silvestre;
tu galope sediento sesgó a la tarde de un soplo
que extingues junto al lago, sobre tus sorbos breves.

Por los belfos vibrantes que tu olfato amorata
pasa la humilde brisa que alzaste de la hierba,
petrificas el bosque de una sola-ojeada
y quiebras, perseguido, la noche de las selvas.

Silba un reflejo en tu anca. Un escorzo y un paso.
Tu mirada aludió a cien recuerdos finos.
¡Espacio de decir tu belleza, despacio!

Ligó sílabas ágiles la evocación sedienta,
venado azul de Pátzcuaro que laqueo y preciso
bebiendo al ras de la imagen profunda, clara, lenta.)

IV

Un cisne solitario sobre estrellas bogaba.
El demonio del lujo me dio a evocar Venecia.
Pero en la noche grave como en el mar de Grecia,
pasé de largo al riesgo buscando lo que amaba.

Sin juramentos y sin palabras eternas,
las manos estrechadas, tu soledad y yo.
El fuego está tranquilo en tanto que tú ciernas
la lentitud del cielo que en ti mi fe lloró.

Lágrima de alegría, degollado veneno,
pequeño paraíso sin manzana curiosa;
la serpiente doméstica a nuestros pies reposa.
Lo que fue prodigioso hoy es tan sólo ameno.

Templo sensual que atraes desde tus vivas puertas,
quintuplicado goce, espasmo de vivir
palpando con los ojos las voces entreabiertas.
Festival egoísmo, seno azul, bronce vil.

Medianoche en nosotros. Tú y yo, ciudad profunda.
(Navegación del cisne, invitación al viaje...)
Se dice la palabra que apenas se pronuncia
para dejar intacta la ausencia del paisaje.

v

INTERRUPCIÓN HEROICA. GUYNEMER

Silencio, altérate, cuájate sobre tus límites.
Grita sin que nadie lo oiga
el grito fúnebre de la victoria.
Sí, a ti mismo exígete.
El viento está en pie y saluda
al joven huracán nublador de estrellas.
Un rayo alumbra el coro de las víctimas.
Sobre la faz lleva hierros la primavera.
Sin auxilios,
el horizonte caerá en los infiernos.
Sólo Dante conoce el camino;
el sol está escueto
y Ravena se cubre de olvido.
¿Quién habla de muerte
en el jardín cíclico de las ametralladoras?
¡Tres años de morir todas las tardes
para empujar el sol al día siguiente!
Estas nubes flamencas,
poseedoras de las justas lágrimas.
Silencio, no el dedo sobre los labios
sino la mano abierta y dura junto a las sienas.

Sí, yo lo sé, fue junto a este cielo:
entre hélices y ángeles —viento mortal— el héroe.

VI

—La ciudad se construye cada vez menos.

¿Entiende usted?

Pronto quedarán las ventanas
con una mano pensativa.

Días buenos, ve, con porcelanas sensitivas.

—¿No hay peligro de estar?

—El riesgo es de no estar puntualmente a la hora
en que el sol nos reúne, lejos de él, a rezar.

—¿Y los puentes?

—Son preguntas sin respuesta.

—Es verdad, como en Brooklyn, en Londres o en Marsella.

—¿Y el loco? ¿No hay peligro?

—Pintó la muerte de Nuestra Señora
y asistió. Es loco de camino...

Y cayó una de esas horas

que hacia el reloj de Brujas moviliza el destino.

VII

En la estación de los adioses.

¿Cómo se llama ese otoño?

Poeta que otros días, echados en la grama
nos leímos los versos, ciegos de adolescencia;
el bosque suspendía su fruto de presencia
fecunda y musical, ágil de toda gama.

Hoy nuestra juventud toda ideal de drama,
a entablar los barcos se da con noble urgencia.
(Se alude y se comprende...) Nubes. Nube. Una ciencia
que enriquezca el incendio con una fría llama.

A las risas de ayer las sonrisas actuales
incorporan su ritmo de dudas desiguales.
La marea que sube profundiza el estuario.

Templé el metal del áncora porque se pudra menos,
y el mar —¡el mar, el mar!— generoso corsario,
después del abordaje dirá cantos serenos.

Brujas, 1926

Camino, 1929

ESTUDIOS VENEZOLANOS

A Arvelo Larriva

¡TEMOR de abrir los ojos y no verte!

La noche lagunar, casi invisible
entre tu seno y yo, dejó la estrella
que en el amor es luz de agua terrible.

Y es que a bordo de ti fui silencioso,
de un maduro silencio de canciones,
labio de vino en viñedo celoso.

Así los ojos en los ojos dicen
lo que sólo el aroma del encuentro
hace oír a la rosa.

(Como Santa Lucía,
llevaba yo los ojos en las manos
para ver de tocar lo que veía.)

La promesa naval de estar dejada
a medio tiempo entre una melodía
de tierras y un *coral* de mar soplada.

En los tobillos húmedos te enciende
la serenata el paso afarolado
y el rojo en los azules se desprende.

La mujer del pirata enriquecido
se baña cantando, y arriba, en las piernas,
tiene las señales de un beso aguerrido.

Porque no amanecieras en Bizancio
te amarre al *Campanile* y di a la noche
la mirada entreabierta del cansancio.

Noches en ti; las horas inclinadas
sobre tus hombros. Noches en tus manos
a merced del prodigio de tus olas varadas.

Al borde del milagro a todas horas,
estoy en riesgo de volverme un paso
fugaz o aleteo de paloma.

Y salpicas de noche deslumbrante
al inglés todo a oscuras;
mercader, submarino y anhelante.

Esta noche de jaspe abandonada
toda al ritmo del Alfa del Centauro,
te cuento las perlas al cuello orientadas.

Tu solitaria desnudez alerta
las armas cazadoras... Y la noche
es la selva de vidrio en agua abierta.

Baila el silencio en la onda movida,
buen bailarín
en tonos libres y actitud oída.

Un puente alcanza a otro y lo cubre sin ruido.
Huele a leones deseosos.
Las cosas se avvicinan y el pulso es el de un nido.

Pausa. Las vocales se cubren de acentos.
(Así de flechas vivas San Sebastián.)
Vastos esponsales: la brisa y el viento,
el cielo y la mar.

Y yo besé en el aire tus cabellos
que la peineta gótica subyuga
cuando el sol pide sol al blondo dellos.

Ciego de ti me estorba la mirada.

Temor de abrir los ojos y no verte
desbordarme los ojos con tu carne mirada.

Venecia, agosto de 1927

Camino, 1929

CUBA

CUBA divina,
tierra naval y bailarina.
Bajo las noches del Atlántico
tu azúcar endulzó mi sed marina.
Mi sed amarga que alzó gritos
sobre el amado Sur
y halló solamente un dolor infinito
bajo una cínica quietud.
Galeón de atesoradas maravillas,
de tu alta proa sale el sol.
Bello navío pirateado
por un pacífico ladrón.
Cálido buque de los trópicos,
tórrido signo de pasión,
en tus palmeras inflamadas
que un sol de ocaso abanderó
grabé a crecer mi santa cólera
y mi soberbia maldición.
Te estranguló con mano higiénica
el yanqui cínico y brutal.
Civilizáronte y perdiste
tifo, alegría y libertad.
Cuba divina,
tierra naval y bailarina,
entre el danzón de tu apogeo
corre la sombra de tu ruina.

Piedra de sacrificios, 19; 1924

ESTUDIO

A Pedro Henríquez Ureña

JUGARÉ con las casas de Curazao,
pondré el mar a la izquierda
y haré más puentes movedizos.
¡Lo que diga el poeta!
Estamos en Holanda y en América
y es una isla de juguetería,
con decretos de Reina
y ventanas y puertas de alegría.
Con las cuerdas de la lira
y los pañuelos del viaje,
haremos velas para los botes
que no van a ninguna parte.
La casa de Gobierno es demasiado pequeña
para una familia holandesa.
Por la tarde vendrá Claude Monet
a comer cosas azules y eléctricas.
Y por esa callejuela sospechosa
haremos pasar la Ronda de Rembrandt.
...pásame el puerto de Curazao!
Isla de juguetería,
con decretos de Reina
y ventanas y puertas de alegría.

Colores en el mar, 1915-1920

SURGENTE FIN

QUIEN le puso al amor una estrella en el pecho
llenó de árboles tristes la tarde y el barbecho.
¿Qué mano pensativa le dejó a la ventana
esa luz entreabierta que no tendrá mañana?
¿Es el amor que abre o es el amor que cierra?

Todo en mi pecho ha sido amor de mar y guerra.
Entrando a la belleza me dolieron las águilas.
¡Qué pálido era el cielo y la tierra qué pálida!
Mi vida a sangre y fuego, contra mi propia muerte
decidió echar los dados a espaldas de la suerte;
un te adoro de día y un te quiero de noche
son la puerta enlutada de mi propio reproche
(de un suspiro te alcanzo, mujer cuya mirada
tengo siempre en mis ojos, un poco desolada).

El río de la noche con su habitada estrella
culminó en una llama la sombra de su huella.
Ese río de día pasea un jacintal
que en la noche es horror juvenil.
Es un río de sombras que en mi recuerdo acato
porque dio a mis arterias bríos de pugilato.
Y calenté mi sangre y desbordé mis músculos.
No fui sino un atleta cercado de crepúsculos.

Pero algo, un sueño vivo de antigüedad actual
reorganiza en mi sangre su gloria intemporal.
Y quien amó en silencio la juventud eterna,
hoy bebe a flor del agua la inmensa luz fraterna.

Date, dice al día cubierto de amapolas,
date profundamente, y en tu llama alcoholas
lo azul de una palabra que se resuelve en olas.
Y una invasión de sales cintilantes y tónicas
despunte la hermosura de renovadas crónicas.
Date al hermano lobo con virtud de diamante,
encamínate claro, cífrate caminante.
Siente el aire telúrico destes días tremendos.
La desnudez del mundo llena está de remiendos.
Que se desnude el sol para todos los hombres,
caigan las jerarquías, polvo sean sus nombres.
En el paisaje humano falta la juventud.

El África negrea su desnudez prolífica,
mares de clorofila le dan sombra magnífica.
El desierto rodea con su fragilidad
y es el templo ambulante de nuestra soledad.
Allí donde la arena muda su alegoría,
tempestades humanas hacen la lejanía.
Fogatas aborígenes van fundando la aurora
que en sucintos flautines, tamboriles devora
como devora un crótalo la oquedad donde mora.
El África es espejo de lo que va a pasar.
Cuéntalo y canta. Cuenta que a la orilla del mar
los hombres que se bañan cerca de algún palmar
—hambre del mediodía— se ponen a cantar.

La romboidal jirafa ya recibió en su antena
el rumoroso alerta de toda una colmena.
La mañana camina dromedaria y serena.
Su horizontal recuerdo la arena desvalija
y se ve una mirada de libertad tan fija
que ni con rayos x —así la claridad—
se ven sístole y diástole rojos de cantidad.

El corazón del África me bulle en la memoria
porque los de las costas tenemos larga historia.
La colosal cabeza de un joven que sonríe
fue a parar a un museo junto a un río que croa.
El África profunda amarró con los trópicos
sus torsos orográficos.
En África y América el sol quemó culturas:
Tebas murió de día; Palenque se ve a oscuras.

El África plantea la cuestión animal.
El África plantea la cuestión vegetal.
El África plantea la cuestión mineral.
Adán rinoceronte, fango que se levanta
todo, raíz y copa, el sicomoro canta
y el diamante del Sur, en su fulgor se encanta.
Los europeos tienen ánimos de conquista.
Mi América y el África ¿me permiten que insista?
Allá un oscuro látigo y aquí con el dinero.

¡Qué desnudez urgente la que tiene el acero!
¡Qué avidez de sus formas tiene la libertad!
Yo he salido esta noche de mi gran soledad.
Mi América y el África —cerca y lejos—, entiendo
que el corazón del mundo es hoy bosque tremendo.
Que el corazón del mundo tiene en mi corazón
todo un grano de arena para su fundición.
La arena, fundidores, es cosa necesaria:
el metal se correa en la arena moldearía.
Soy un grano de arena que le da al horizonte
la figura increíble de gigantesco monte.
Soy un grano de arena, sólo un grano de arena,
ni siquiera el rumor de la exacta colmena.
(La arena es sólo un punto y en ese punto es buena.)

Tengo en mi sangre gotas de sangre negra, siento
crecer ríos y árboles, unificarme, siento
el desierto de sed que en mi destino instala
un mundo de agua nueva con que inunda y propala
para África y América la mano que señala
un límite a codicias y egoísmos. Yo veo
la fuga desangrada de gringo y europeo.

Yo, que salí esta noche a recordar amores,
a deshojar estrellas y a reencender las flores...
toda una geografía de suspiros. La noche
tuvo en su consonante para mí, reproche.

Y en los cuatro luceros de cardinal dominio
pulsé la sorprendente sombra de un vaticinio.
Sombreada de luceros viaja la noche entera.
Inminencia de alas el aire tenso espera
detrás de un aflautado amanecer con árboles.
(Para esta consonante voy a sembrar más árboles.)
Mi pecho tiene un grito que no da: la esperanza
es enorme y boscosa. Su bienaventuranza
esmeraldinamente huele a campo cruzado.
Es la primera noche que no estoy en pecado.
Bautismo de luceros a mi cabeza baja.
Oigo en mi cuerpo el río de un taller que trabaja.
Soy un campo de acción. En mi maderería
el tablón de la selva tiene de frutería
mi nariz y mi boca.
Miro a vuelo de pájaro un huracán de rocas
que va a venirse abajo. La libertad humana
huele con infantil aroma de manzana.
El mundo será joven cuando un poco de Cristo
se nos familiarice cual paloma en el hombro.
¡Y tanta hipocresía y tanta vanidad!

Ser lirio como Príncipe y a pie por la ciudad.
Nos falta la alegría
que da la mano abierta cuando principia el día.
El puño en alto ahora es rencor y amargura.
¿Serán así los frutos de la historia futura?
Ya estoy cerca del día.
La noche bambolea su barco en la porfía
de un oleaje profundo.
Hay un rumor tan grave, como si todo el mundo
después de callar tanto se hablara de repente.
Hay quien tenga en la frente
un lucero. La estrella
por África y América deslizará su huella.
Señor: mata en mí los afanes de singularidad:
pluralízame, dame
la fe de andar descalzo sobre el agua y Te aclame
y en Tu nombre los hombres vean el asidero
único. Yo te alargo mi mano. Y algo tuyo
brille en toda mi América y en África. Destruyo
mi ociosidad y veo
lo que necesito ofrecer: es tu deseo.
Nos parece imposible la ciencia del amor
y qué fácil ha sido la ciencia del horror.
Haz, Señor, que en justicia y en belleza yo vea:
que mi mano se quemé como una antorcha viva
y arda yo todo entero, todo fuego, todo locura activa.

Lomas de Chapultepec, 1959

Cuerdas, percusión y alientos, 1976

AMÉRICA mía,
te palpo en el mapa de relieve
que está sobre mi mesa predilecta.
¡Qué cosas te diría
si yo fuese tu profeta!
Aprieto con toda mi mano
tu harmónica geografía.
Mis dedos acarician tus Andes
con una infantil idolatría.
Te conozco toda:
mi corazón ha sido como una alcancía
en la que he echado tus ciudades
como la moneda de todos los días.
Puestas de sol, desde Buenos Aires
llevaron a México el ojo futuro de mis osadías.
Tú eres el tesoro
que un alma genial dejó para mis alegrías.
Tanto como te adoro lo saben solamente
las altísimas noches que he llenado contigo.
Vivo mi juventud en noviazgo impaciente
como el buen labrador esperando su trigo.
Serenata que te he llevado
río arriba del Paraná;
salmo que te he cantado
sobre los Andes o desde el mar.
Rango industrial de Sao Paulo.
Palacios y muelles de Buenos Aires.
Escuelas del Uruguay.
Dulzura caraqueña por las vegas del Guayre.

Y el ritmo colombiano,
y la ternura del Perú.
Desde una esquina de Valparaíso
vi alzarse un astro audaz sobre un triángulo azul.
Yo toda tú, Amada, y tus islas envilecidas
por un desembarco brutal.
Y tus breves repúblicas raídas
por la extranjera voracidad.
Rondo tu mapa en relieve
con el paso invisible de mis ojos.
Te palpo con mis dos manos,
y cuando voy a decírtelo todo,
me vuelvo un cielo de lágrimas
tan ancho y tan hondo,
como la angustia de un buque en la noche
cuyo jefe se ha vuelto loco.
América mía:
Mi juventud es tempestad nocturna
por este amor a ti, terrible, bello y solo.

Piedra de sacrificios, 9; 1924

DIVAGACIÓN DEL PUERTO

ES CLARO:

me gusta más Veracruz,
que Curazao.

Aquí llega la primavera
en buque de vapor
y allá en barco de madera.

Y con la primavera
el amor.

Mi baúl está lleno de huellas
de Nueva York
de Colombia y de Venezuela.

Dulce melancolía
de viajar.

Ilusión de moverse a otro poema
que alguna vez se había de cantar.
Nueva York se opuso a mi conciencia
pero esta invaluable ciudad,
inclusos Rockefeller y Roosevelt,
por cinco centavos la pude comprar.

¿Verdad Mr. Woolworth?

Más una tarde aguas fuertes costosísimas
húbela de abandonar.

(Crepúsculo desde el puente de Brooklyn
y última hoja otoñal.)

¡Viajar!

Es una ilusión
más.

En Cuba bailé un danzón
—impresión de baño de mar—,

adivinad: punto y guión.
La Habana
con su abanico suave
y su mujer imposibilitada
para ser Beatriz.
(Allí han estado Cleopatra Faraona
y Teodora Emperatriz.)
El que de Roma va pierde su Roma.
Cigarro y hembra viva; madrigal de Hafiz.
En las travesías
la luna exagera
mi melancolía.
Desde la cubierta,
la Noche absoluta, íntegra, perfecta,
me echa en cara su oro desde las estrellas.
Momento inexorable de ignorancia,
estupidez y miseria.
El íntimo desorden de mi raza.
Kant aplastado por Inglaterra.
La inutilidad de mi vida.
El mendigo que espera.
La Navidad estéril de la obrerita.
Los ricos y la ingratitud eterna.
Y sobre todas las cosas,
la infinita tristeza
de Nuestro Señor Jesucristo,
en las últimas tardes de Galilea.
Y el ansia de ser bueno y humilde,
y, sin embargo, querer izar muchas banderas..
En las travesías
la luna exagera mi melancolía.
En Veracruz hay muchos tiburones
que comen yanquis con frecuencia.
Truculento plato de ladrones.

Las tardes son mejores
que las de Curazao.
Las mujeres van desnudas
en su confabulación de trapos.
Recuerdo que allí tuve un amigo
que me decía: "No seas guaje,
con guitarras y liras
iniciemos mejoras al paisaje.
Yo traeré de mi casa unas sillas
y tú las forrarás con celajes".
Mi amigo se fue con una bailarina
y ahora vive de estibador en el Havre.
Viajar;
es una ilusión más.
Alma mía que te entristeces
por la tristeza humana,
y construyes a la luz de la luna
una Ciudad Sagrada.
Tú te sabes quedar sola en el puerto
para encender el faro.
Sálvate de la angustia
de tu primer naufragio
y escoge la estrella futura
a donde irás a cantar otros cantos.
En tu Universo propio hay una hora
inaugural de tu destino:
¡líbrate de no escucharla, cuídate de no sentirla!
y haz de tu vida un tiempo joven
que centralice todos los caminos.

Piedra de sacrificios, 10; 1924

UNA TARDE

LAS tardes prolongadas
con el vivo pincel de una mirada.
Baja el verde hasta el mar, y el mar y el cielo
aliándose, se cambian una ola
por una estrella: un faro y una nube.
Cierra el puerto sus ruidos, y en la cola
de un tren se va pintando
el oro bajo que la tarde azoga.
Se prolonga hasta el alma un cielo antiguo.
Prolongándose está toda mirada
que alce en gris un instante de infinito.
Está el aire desierto, y de mis manos
cae, aleteando, un fiero libro.
El ojo alisa una venganza y sueña.
Va a llorar, pero el agua que lo mira
adelanta un hilván sobre la arena.
Sopla un poco de sol sobre la ira
abrillantándola de tal manera
que canta, y en su helada
la gloria de alcanzar la estrella mística
que prolonga un puñal sobre mi vida.

Piedra de sacrificios, 20; 1924

ELEGÍA

POPOCATÉPETL,
monarca de los Andes mexicanos,
castígame con tu fuego,
perflame en tus nieves, sepúltame en tus acantilados.
Traigo las manos vacías
y el corazón derrotado.
Los hombres de mi raza
niegan su sangre de hermanos.
El veneno de la indiferencia
mengua en tus águilas el aletazo,
y a tu serpiente civilizadísima
el boa dorado la está fascinando.
¡Cólera sagrada! ¡Angustia de la impotencia!
¡Voz interior conectada con la estrella
que se está deshojando!
Ideal de los litorales llenos de faros
¿te salvarás del naufragio?
Si ésta es la ley, montaña divina,
úntame como un poco de nieve a tus rápidos flancos.
Sobrealzará mi cuerpo en el invierno,
resbalará sonante en el verano,
y envenenarás mis torrentes
para castigar a tu pueblo
y a los nuevos conquistadores blancos.
¡Popocatépetl, montaña divina,
eternízame en un gran silencio lejano!

Piedra de sacrificios, 23; 1924

“NO SÉ QUE TIENE EL IDIOMA / CUANDO LOS HÉROES HABLAN”

Jesús, te has olvidado de mi América,
ven a nacer un día sobre estas tierras locas.
¿No basta odiarse tanto? La fe que tú decías
aún no arde su hilo de luz en nuestras bocas.
Es un magno crepúsculo tras un fondo de rocas.
Sobre las fuentes negras crecen las lejanías...
Danos una mirada por nuestras melodías.
Enciédenos los ojos y sella nuestras bocas.
Que no haya “discursos” sino actos perfectos.
Yo sé (aunque no lo digas) que somos predilectos...
¡Huracanea un riesgo que hasta tus plantas grita!
¡El amor será inmenso! ¿No basta odiarse tanto?
Sobre las playas tórridas tu ola azul se agita
brotando signos turbios y acantilando un canto.

Piedra de sacrificios, 26; 1924

HISTORIA

BIENAVENTURADOS los que sufren
porque ellos serán consolados.
Y descendió de su trono de la montaña,
humilde, como el sol en el campo.
Todo el mundo tenía
el corazón en la mano.
Un egipcio escultórico y triste
le llamó a un griego hermano.
La túnica de Cristo estaba llena
de remiendos, y eran claras y fuertes sus manos.
Con nuestros corazones de piedra sangrante
le seguimos los dos mexicanos.
(Cambiábamos obsidiana y jades
y plumas de quetzal
por proféticos paisajes.)
Otros
venían cerca de nosotros.
Un millonario yanqui se acercó y le dijo:
soy el rey del fonógrafo;
si grabásemos este hermoso discurso de usted en discos,
compraría usted un yate para hacer su propaganda
sin perder tiempo.
Pero nosotros nos interpusimos;
y había en su mirada
una puesta de sol en el desierto.
Nuestras caras de bronce deslizaron
la vieja lágrima invisible.
Aludido diamante fue el silencio.
Le seguimos mirando cara a cara.

Y Él lloró por nosotros, y nosotros
mudos como nuestras diosas trágicas,
una aurora gigante en el desierto
vimos en su mirada.

Nuestra América parecía
que entre sus árboles se suicidaba.

Y Él vio nuestra angustia, nuestro oscuro llanto;
nos vio serenamente cara a cara.

Sobre nuestros hombros colocó sus manos;
bienaventurados los que sufren, dijo,
porque ellos serán consolados.

Piedra de sacrificios, 22; 1924

BOLÍVAR

¡PADRE! Tu vida es la mejor.
Recuerdo tus tristezas, tus enormes
tristezas, tu gran desolación.
Entre todos los hombres,
sólo yo me despierto entre la noche
para llorar contigo tu desastre y tu dolor.

Exágonos, 12; 1941

NAVIDAD

SACÓ tras de los Andes su Luna restaurada
la noche gigantesca solemnemente pura.
Y el cielo ecuatorial que con estrellas jura
la Cruz del Sur esconde tras niebla delicada.

Pasa la cordillera sutilmente. Robada
preconiza la noche lo que mi ser augura.
Un nombre de suspiro cerró la sepultura
que iba a tragarme... Lágrimas... y otra vida iniciada.

¿Ensueño? ¿Sueño? ¿Vida?
¿Me he vuelto de otra raza por el sol de la Luna?
¡Piedad para la angustia desplomada y hendida!

¡Música de los Ángeles... Noche de Navidad!
¡Tu nombre me salvó, Jesús blanco! Y *aduna*
mi vuelta a tu hermosura su noble claridad.

Cruzaban las estrellas lánguidamente. Platas
en grandes gotas trémulas bajo el follaje había.
Faenas argentinas la Luna proseguía
y de pedriscos nulos haciendo cosas gratas.

Del pecado del mundo sobre los escarlatas,
surtidores de lirios citáronse en la vía.
Y trastornando vínculos, violetas timoratas
fuéronse como niños hacia la Epifanía.

Los arroyos saltaban para llegar más pronto;
hasta las mismas piedras querían caminar.
Se inclinaba la Luna desde su áureo tramonto.

Querubín fue una estrella que principió a cantar.
Porque la musical noche azul fue de pronto
el cintilante ángelus de la divina paz.

Colores en el mar, 1915-1920

A BOLÍVAR

SEÑOR: he aquí a tu pueblo; bendícelo y perdónalo.
Por ti todos los bosques son bosques de laurel.
Quien destronó a la Gloria para suplirla puede
juntar todos los siglos para exprimir el Bien.

Dónanos tu pujanza, resucita la Aurora
que encendiste en los Andes iluminando el mar.
Desnuda sobre el cielo los rayos de tu espada
y úngenos con los ínclitos áloes de tu bondad.

Si una fuerza envidiosa desordenara el trazo
con que impusiste aquí los senderos al Sol,
cincela con tu espalda y funde con tu abrazo,

(Oh escultor desta América), el hondo corazón
de las veinte Repúblicas atentas a tu brazo
para mostrarle al mundo tu milagro de Amor.

En la América Española, el 7 de agosto de 1919,
primer centenario del triunfo de Boyacá

Colores en el mar, 1915-1920

SONETO

INICIACIÓN DEL MONUMENTO A BOLÍVAR EN MÉXICO

PIEDRA que va a crecer, primera y clara,
el peso de su sangre está en mis venas,
hay un trueno en la entraña en que te llenas
y un silencio arenal que en ti cuajara.

¡Cuánta fuerza en tus hombros se prepara!
¡Qué poderosa plenitud ya ordenas!
Te oigo toda en mi ser, piedra que sueñas
como el cielo ante el sol que se declara.

A las piedras de América les grito:
pesen su fuerza junto al infinito;
¡súmenla en pedestal que el cielo aguante!

Y oigo en el Continente un trueno claro
que por la luz parece de diamante
y por la soledad, de inmenso faro.

Subordinaciones, 1949

BALADA TRÁGICA DEL CORAZÓN

MI CORAZÓN, arrinconado,
lleva tres siglos de llorar.
Tiene el pecado inconfesado
de ver su América y dudar.
Mi corazón, arrinconado,
lleva tres siglos de llorar.
Ve desde el monte de sus sueños
que los crepúsculos duran más
que las auroras. Ve que el día
no se acaba de iluminar.
La raza tiene un angustioso
y desacorde caminar.
El horizonte se electriza
con un propósito imperial.
El horizonte, que es inmenso
¿como una puerta se va a cerrar?
Mi corazón, arrinconado,
lleva tres siglos de llorar.
Mira a su América: la túnica
ya desgarrada y sucia está.
Sucia y desgarrada mira
la túnica continental.
Una sombra como la que proyectan
los Andes sobre el Brasil,
está detenida en medio
de la tierra loca y hostil.
La sombra excelsa no responde.
Está pensando y su pensar
tiene una honda respuesta

que nadie quiere interpretar.
Yo que adoro esa sombra cuyo nombre
ni siquiera soy digno de pronunciar,
quisiera arrancarme el alma
y estrellarla a sus pies en un santo ademán.
Y he de esperar arrinconado,
y acaso esta duda he de expiar
pues mi corazón inundado
lleva tres siglos de llorar.

Piedra de sacrificios, 16; 1924

ROMANCE DE PATIVILCA

ESTABA el Libertador
Simón Bolívar en medio
de grande desolación.
Muy dura convalecencia
de fiebre y de corazón
adelgaza sus perfiles
de águila y de león.
Año de mil ochocientos
veinticuatro en el Perú.
Tierra de oro de los incas
le pidió a cambiar en luz
toda la sombra española
que crecía en el Perú.
Malos acontecimientos
las banderas colombianas
tienen en un rincón
y sin aire de batalla.
El enemigo tenía
mucha tropa y abundancia
de parque, y caballería
con gente tan adiestrada,
que si Napoleón volviese
a España, moría en España.
Las tropas libertadoras
además de ser escasas
rotas llegaron, pues ellas
desde la noble Caracas
vienen y de Bogotá,
las dos sobre la montaña.

Poco armamento tenía
la gente libertadora.
Tierras son desconocidas,
tierras del Perú sonoras.
Triste de mucha tristeza
tiene la cara Bolívar
en su cuartel general
del pueblo de Pativilca.
Supiera un su amigo fiel
sus malestares del alma,
y arma viaje para verlo
pues como pocos le amaba.
Señor don Joaquín Mosquera
de cierta villa, llegaba.
Apeóse de su mula
y al Libertador buscara.
Vieja silla de baqueta
en la pared reclinada
de una miserable casa;
sobre de ella el cuerpo triste
de Bolívar descansaba.
Abrazóle don Joaquín
con muy corteses palabras.
El héroe del Nuevo Mundo
apenas si contestaba.
Luego que el señor Mosquera
las penas enumerara,
le preguntó a don Simón:
“Y ahora, ¿qué va usted a hacer?”
“¡Triunfar!” El Libertador
respondió con loca fe.
Y fue sólido silencio
de admiración y de espanto
lo que siguió. Las montañas

cedían en el ocaso.
Los grillos sobre la sombra
filo hacían, fino y largo.
Meses después, el ejército
de España fue derrotado.

Piedra de sacrificios, 17; 1924

ELEGÍA DITIRÁMBICA

¿Pretendéis enterrar a aquel para
quien toda piedad está velada?

SÓFOCLES, *Antígona*

SIMÓN BOLÍVAR

POR las playas de América
diez atlantes avanzan
sosteniendo en sus hombros un féretro.
De un lado se levantan los Andes;
del otro lado el mar moja el agua del cielo.

Reina la tarde tropical. La enorme
tela desos crepúsculos que el viento
borra y pinta y enrolla
para desenrollarla sobre el otro hemisferio.
En ninguna parte aquellos hombres
hallan noble reposo para el muerto.
Bajo una agua de sol
va el cadáver del Genio.
Y parecen llevar una montaña,
así van desacoplándose sus músculos por el esfuerzo.

Cuando se acercan a las orillas
turríferas de los puertos,
los hombres los escupen
y amenazan con el fuego.
Hace cien años,
atravesando el corazón desos pueblos,

pasó aquel hombre con las manos iluminadas,
los ojos crecidos y la voluntad inexpugnable como el misterio.
¡Jamás los hombres
vieron nada más grande bajo el cielo!

Tenía

un bien entonado nombre griego
y el apellido, en vieja lengua éuskara,
significa lugar de molinos.
Yo he nacido para cantar en las plazas
de ciudades y pueblos
la vida mágica de aquel hombre
como jamás los hombres así vieron.
¡Canta, oh musa, la cólera sagrada
de quien no tiene idioma
y conoce todos los ritmos del silencio!
Desde el mástil más alto
del buque sinfónico del recuerdo
—ya enfilado a la próxima estrella—,
pienso en el héroe de los altos sueños.
Su infancia fue un juguete doloroso;
su juventud —riqueza, amor y viajes—,
un fastuoso relato de cuento,
y la madurez el texto
en que fueron rendidos todos los sueños.

Enérgico y gentil. Así la flecha
que rompiera la rodela del tiempo.
Su elegancia suscita nombres hermosos;
su conversación era una copa de luceros.

Sabía domar potros y atravesar a nado los grandes ríos.
Sobre la catarata del Tequendama
halló su agilidad un fantástico juego.

Guerreó por la libertad humana
entre los volcanes ecuatoriales, delirante y gigantesco.
Generoso, como el Sol. Buen bailador.
Su cortesía,
un aire de magnolias sobre el camino de la selva.
Las mujeres cruzan por su vida
con dulces predomínios sobre el más alto cielo.

Su pensamiento electrizó la atmósfera
de los días serenos
y sus meditaciones proféticas
desbordaron el vaso oscuro del tiempo.
Nunca los hombres
vieron nada más grande bajo el cielo.
Su corazón era sensible
cual una agua de oros en las manos del ruego.
Sintió sobre sus labios
quebrarse las palabras del Universo.
Y tenía el alma trágica y clara
de las fuentes del desierto.
La Cruz del Sur iluminó su sombra
y todos los Andes le conocieron.
En los días aciagos,
hirió al destino con los huracanes de su genio.
Amó a su América como nadie la ha amado,
y semejante a Quetzalcóatl divino,
se quemó en la pira de un sublime fuego.
¡Jamás los hombres
vieron nada más grande bajo el cielo!
La traición y la envidia le desgarraron el alma
y pueblos que iluminó le maldijeron.
Sus últimos días se cortan en abismos
llenos de gritos altísimos dinamitados en el viento.
¡Ruinas de Sol, ruinas colosales,

ruinas de un alma divina entre la luz de un trueno!
Algo de Dios sea en mí para evocarte,
¡oh Príncipe de los más altos sueños!
Tus funerales siguen en marcha
entre el mar y los Andes, junto al agua y junto al cielo.
(La Aurora sale del mar
con un trágico gesto
y la Noche engrandece su severidad noble
en la solidez monumental de los cedros.)

Leguas libres camino
tras el grupo soberbio, y encuentro solamente
infamia y miseria, oprobio y traición y poderío sangriento.

Disminuidos por el odio
viven los hombres que aliaste con tu gloria y tus sueños.
¿Araste en el mar?
¿Sembraste en el viento?
Nadie amó tanto como tú, y así, nadie
se ha sublimado en un dolor más opulento.
Padre. Amigo. Maestro.

Reina la tarde tropical. Camina
sólidamente el cortejo.
Bajo la máscara de oro
se pudre el rostro del Genio.
Con la primera estrella
se agota el mar. En una nube
se funden tres colores que retoñan
por el Oriente. Rueda
un aire de laurel. Ligan la sombra
los triángulos heridos de los Andes.
Todavía una ola
saló la arena y espumó la orilla.

Se dispersó el dibujo de las cosas
profundamente. De una enorme nube
brotó una estrella enorme. Negra y rota,
la testa de un volcán varió perfiles
al paso de una nube. Y entre toda
aquella arquitectura desplomada,
sigue el cortejo atlante —relieve en vivas sombras—
por las playas de América, malditas y apagadas.

México, 1924

Hora y 20, 1927

LAS ESTROFAS A JOSÉ MARTÍ

Estás, adolescente, encadenado.
Estás, joven maestro, desangrado.
Estás, íntimo sol, abanderado.

Entre cañaverales,
la estatua sudorosa de algún negro
bebe tu nombre fino de cristales.
Todo el mar de la isla se congrega
al hilo de tu nombre
y con los blancos niños de tu palabra juega.

¡Con cuánta holgura
cabe tu sombra
bajo la tarde de tu ternura!
El ángel de la guerra
habla
y desde cualquier nube la lucha entabla.

Se oye la tierra
bien predispuesta al mar y al sol de fuego
planta en el aire tu sueño andariego.

La estrella solitaria de tus ojos
salta de un cielo a otro
soltando águilas rojas entre sus vuelos rojos.
Tu mirada estrellada de amanecer de potro.

La independencia juvenil
y tan cubana y tan gentil

que hay un poeta fusilado.*
Se oye en su pecho encantado
la pequeña legión de un tamboril.
¿Adónde con la muerte
va tanta vida?
Una vez más mi América se juega su suerte;
águila o sol levantan vuelo en noche escondida.

¡Cuánta vida a caballo en un instante
va a morir!
¡Cuánta manera de vivir
esa sangre al galope tuvo en su trueno atlante!

La música por dentro
llevada y tan oída,
que un Continente entero la encuentra toda al centro
de un cielo libertad a todos encendida.

Te necesito en esta hora
en que la militarada
una vez más a Bolívar destierra.

Te necesito en esta hora
en que el cadáver de Sandino
en mi corazón se quema.

Te necesito en esta hora
en que el petróleo y el estaño
han principiado a entrar de nuevo en mis venas.

Te necesito en esta hora
en que mi lengua cristiana
pregunta a los ricos por tanta miseria.

* Juan Clemente Zenea. Nota de Pellicer.

Te necesito en esta hora
de horizontes que huyen
y el horror glorificado por la ciencia.

¡Líbranos de la ciencia
en manos de los déspotas y de los millonarios!

Tu boca llena de Dios, tu heroica decencia
nos haga esbeltos ríos con generoso estuario.
Que la América mía se unte de tu presencia
y haga de tus palabras su nuevo abecedario.

Hermosa vida tuya tan joven como el cielo
cuando una estrella nueva le da nuevo lugar.
Yo te he seguido en México sin que tú lo sospeches
y he tenido la dicha de ponerme a llorar.

¿Qué amistad es la tuya que en la América mía
electrifica el aire de extraña simpatía?
Y tiene tu maestría la actitud fraternal
del agua cuando toma la forma de cristal.

Y sí; tu gloria es grande, pero tu corazón
tiene un pájaro preso
y un color de embeleso
sale al joven aroma de su dominación.

Yo te digo maestro, pero no sé por qué
se me ocurre tomarte del brazo y todo fe
al fuego de tus ojos de horizonte naval
confiarte mis angustias tan llenas de esperanza,
y en mi desesperante pasión por la bonanza
de América, mirarte sonreír matinal.

Bueno, después de todo, qué profunda alegría
saber de ti. Releo tus libros. Tu retrato
honra mi casa. Eres Poema y Poesía.
¡Qué gusto de sentirme suela de tus zapatos!

Tal vez en nuevo día te encontraré en Caracas
delante del sarcófago del Héroe sin segundo,
te escucharé: ¡qué idioma que entre diamantes sacas!

(Libertad, Dignidad: Me opondré a las resacas
de la marea helada que hace crujir el mundo.)

Las Lomas, 20 de enero de 1953

Cuerdas, percusión y alientos, 1976

LÍNEAS POR EL "CHE" GUEVARA

ERA la llama andante de la Revolución.
Es la llama en la mano de todos nosotros.
Era el hombro que sostiene la tempestad.
Es el árbol desnudo de todo fruto ocioso.

Vamos a condensar el humo de nuestro cuerpo
para darle materia al tiempo,
para no ser tan pronto un recuerdo,
para vivir encendiéndonos.

Su muerte viva nos llama a todos,
es la llama que anuncia el fuego nuevo,
es la participación necesaria y dichosa
para no morir de sueños.

La abolición de la noche
pero no de las estrellas.
Todo lo que haya de luz en nosotros,
que oiga y que vea.
Que vea y que oiga,
que oiga y que vea.

Bolivia es Bolívar y el Sol es Bolívar.
Los Andes amontonan la soledad de la altura
y la aglomeración de la selva sesiona día y noche.
Ideas.
Acciones.
La selva está allá abajo con sus fábricas de vida
y en muy altos subterráneos se construye la muerte.

Campeſino y minero:
en tus manos ha dejado su sangre
el que lo quiso y el que lo quiere,
el que lo quiere siempre,
el que aunque tú no llegues
él siempre viene.

Estamos en la aurora de los pueblos
que quieren ser un solo pueblo.
La Cruz del Sur abre la luz de sus brazos.
Queremos ser un solo deseo.
Ella se arroja a nuestro pecho
desde el Techo magnífico de Bolivia.
Nos mataría si no nos diésemos prisa
en trabajar por éstos, por ésos y por aquéllos.

Necesitamos ser todos los pueblos.
Bolívar y San Martín
y el *Che* Guevara son los ejemplos.

Lomas de Chapultepec, 1967

Cuerdas, percusión y alientos, 1976

ODA A CUAUHTÉMOC

I

SEÑOR, tu voluntad era tan bella,
que en la tragedia de tus meses imperiales
aceleraba el ritmo de las grandes estrellas.
En mí ha quedado el instante
en que fue más terrible tu tristeza:
cuando buscaste alianzas
entre los hombres de tu raza
y tu grito se perdió entre las selvas.
En mí ha quedado ese instante de tu amargura sola
y ante tu desolada grandeza
rompo las melodías del amor y el ensueño
y trueno la sinfonía de la tragedia.
Y a tu soledad augusta
tiendo mi soledad de hoja que rueda.
Tu adolescencia religiosa
y tu juventud heroica y soberbia,
me tornan de hoja que soy,
en montaña y en selva
para bajar a grandes gritos proclamando tu grandeza
y despertando a puntapiés a los que han olvidado
el rumbo prodigioso de tu estrella.
El arco negro se tendió ante la aurora
y en el último astro fue a clavarse la flecha.

II

Consagremos al primero de los mexicanos
una montaña o un pedazo de cielo.
Alegrémonos por la maravilla de sus actos.
Era hermoso como la noche y misterioso como el cielo.
Pero su dolor no puede medirse
con la órbita de los planetas gigantescos,
ni con los itinerarios
de las estrellas caudales que iluminan el miedo.
Su dolor,
que en el espejo negro de mis ojos
empieza a revelarme
la eterna angustia y el dolor eterno.
Cuauhtémoc tenía 19 años
cuando en sus manos
como un águila herida cayó el Imperio.
Tenoxtitlán era la ciudad más hermosa
de todas las ciudades del mundo nuevo.
El divino Quetzalcóatl,
llamado Ku-Kul-Kan en la tierra del faisán y del ciervo,
había anunciado,
hacía ya muchas vueltas de tiempo,
que vendrían por el mar otros hombres.
Y así, tuvo sueños.

III

Y es así como en este día
con el sol roto entre mis manos
oigo rodar en mi destino,
como en un bosque de cactus,
la maldición de los dioses horadada en mi boca
y el hacha santa de la tragedia amarrada a mis manos.

¿Nadie podrá libertarme nunca
de este duelo grandioso como una ola de basalto?
¿Nadie podrá devolverme nunca
las dulces horas del amor y la alegría de cantar en el campo?
Porque estos ojos brillan solamente para el odio
y estas manos libres
sólo piensan ahora en la venganza,
en la venganza y en el odio.
Pues ¿quién puede volver a mirar serenamente las estrellas,
cuando todo semeja que el destino
va a aplastarnos con sus plantas de piedra?
Cayeron las monarquías
civilizadas de mi América.
Tenoxtitlán y Cuzco
eran sus esculpidas cabezas.
Cayeron esas razas finas
al golpe brutal de los conquistadores
que vencían a los flecheros
con las ruidosas caballerías y los ávidos cañones.
El divino profeta Quetzalcóatl,
¿anunció la llegada de estos intrépidos destructores?
Y desde entonces una estrella tristísima
se alarga sobre las llanuras y se ahonda junto a los montes.
¡Desde hace cuatrocientos años
somos esclavos y servidores!
¿Quién puede mirar el cielo con dulzura
cuando del oprobio de los europeos
nacieron estos pueblos de mi América,
débiles, incultos y enfermos?
Marcaron a los hombres como si fueran bestias
y en el rostro del campo y en el hígado de la mina
vivieron la crueldad, la miseria y el tedio.
Y ahora mismo todavía
lo miro, lo palpo y lo siento.

¿Quién puede mirar con ojo de dulzura
la dulzura misteriosa del cielo
si la ignominia y la infamia
van a sepultarnos otra vez bajo su estrépito de acero?
Los hombres del Norte piratean a su antojo
al Continente y las Islas y se agregan pedazos de cielo.
¡Oh destino de la tragedia inexorable y gigantesca!
Llenas el muro colosal de mi angustia
y frustras el flechazo que iba hacia algún lucero.
Veo tu figura dibujada en la sombra del fuego.
¿Bajo tus leyes de plata roja
todos sucumbiremos?
En las Antillas y las Nicaraguas
el sol está hundido entre el fango y el miedo.
Toda nuestra América vanidosa y absurda
se está pudriendo.
¡Oh destino de la tragedia inexorable y gigantesca!
¿Nadie podrá detenerte?
¿Volverás a ponernos las plantas en el fuego?
¿Vendrás con tus manos brutales
del país de los yanquis, mediocre, ordenado y corpulento?
¿Vendrás entre estallidos y máquinas
a robar, a matar, a comprar caciques con tu inacabable dinero?
¡Oh Señor! ¡Oh gran Rey! ¡Tlacatecutli!
¡Oh solemne y trágico jefe de hombres!
¡Oh dulce y feroz Cuauhtémoc!
¡Tu vida es la flecha más alta que ha herido
los ojos del Sol y ha seguido volando en el cielo!
Pero en el cráter de mi corazón
hierva la fe que salvará a tus pueblos.

Piedra de sacrificios, 27; 1924

CON PALABRAS Y FUEGO

I

CUAUHTÉMOC salió de las rocas,
su corazón chorrea lava,
su silencio es de diamante.

Todavía sangraban sus hombros y su frente
y en sus manos, olor a entrañas muy antiguas,
hirió el aire de aquel medio día.
Sus pies dejaban huellas de roca,
lascas volcánicas con sangre de siglos.
Los gigantescos ahuehuetes
oscurecían el canto del agua
y el secreto de aquel medio día
lo declaró la ruptura geológica tan hondamente humana.

Cuauhtémoc salió de las rocas
desnudo como el rayo de la nube.
Su estatua se había concretado
más silenciosamente que las rocas
y la huella lineal de su pie
era el comienzo de un relato magnífico.
En toda su desnudez, el ritmo de su pecho
era el único habitante de un formidable sitio.

Un hombre desnudo
en la juventud de un camino.

Era una roca palpitante,
una partícula cósmica de intención sobrehumana;
un tajo de luz hecho por un arcángel.

Ahora puedo arrojar las palabras pedradas
a la boca del infortunio
en este medio día de la vida del año
en que nada se oye para que todo se escuche.
El joven héroe camina
quemando el horizonte con sus ojos.
Apartando a codazos de mirada
la podrida ambición de tierras y de oro.
Las raíces de los árboles
crecen a su paso para tonificar el tronco
y en cada rama y en cada hoja
la sangre de un pueblo se puebla ya de otro modo.

Porque Cuauhtémoc ha salido de las rocas
para acabar con todo lo que sea injustamente poderoso.
Para compartir su corazón
de roca diamantífera en el corazón de todos.
Siento la fertilidad de su paso
como la lluvia de junio en el maizal ya tembloroso.
No podemos seguir viviendo con la esperanza de la esperanza.
El bosque se nutre de las hojas caídas
pero nosotros no debemos vivir de nuestros muertos.

Cuauhtémoc es el medio día sin sombras.
Una nueva ley hará morir los privilegios.

En el pecho acantilado del Héroe
se reúnen las palabras como pájaros nuevos.
Traen el vuelo que desintegra el egoísmo
y la alegría que enguirnalda la fraternidad de saludables tiempos.

El medio día sin sombras irradia su mano abierta.
Muros murciélagos se agrietan.

Y el corazón se llena de fe
ante la fuerza desnuda de la roca Cuauhtémoc
cuyo silencioso diamante
es la declaración más firme de su triunfo perfecto.

Arde el sol en el pecho del joven
como si estuviera en lo más alto del cielo.

II

Cuauhtémoc salió de las rocas
para decirme con una mirada,
una mirada como el cielo,
así tan alta y tan honda y tan ancha,
que la soledad en que quedaban los pueblos
era como la soledad de sus propias palabras.

No sé qué tiene el idioma
cuando los héroes hablan.
El corazón reconoce que puede estallar
sin necesidad de lágrimas.
Los que hemos visto cóndores
en las montañas
sabemos que la soledad está en razón directa de la altura
y que allá lo que se escucha
es el pensamiento, no la palabra.
Para decirlo todo,
basta con una sola mirada.
Es una ternura nueva
que termina con una sonrisa y comienza con una frente arrugada.

Aquella noche en Tabasco

los jefes se reunieron en rueda como para iniciar una danza.

Había llovido por la tarde

y había quién sabe qué sensación de desnudez

como cuando uno se acerca demasiado a un alma.

Todo estaba en su sitio:

era como si la noche fuera una nueva casa.

El parpadeo de las luciérnagas coincidía con el de los jefes

que así asentían

cuando decían determinadas palabras.

Hay personas que cierran los ojos

cuando creen que están diciendo la verdad porque les ciega

su presencia.

En el bosque una hoja más y una hoja menos

es porque así todo pasa.

El bosque entiende por muchos nombres

pero él jamás dice una palabra.

Él deja que hablen los que están momentáneamente

en sus edificios.

De noche hay un escueto servicio de señales.

De día, se canta.

El bosque es una construcción tan antigua como la aurora

pero la circulación de sus personajes

es siempre nueva como una gota de agua.

Nosotros decimos bosque, y pensamos en muchos árboles.

En realidad es uno solo

con tantas variantes como la luz en una flama.

(Estoy diciendo muchas cosas sobre el bosque,

pero ocurre que yo conozco mi casa.)

Cuando yo fui raíz de ceiba

me acostumbé a la oscuridad sabiendo que la luz me alimentaba.

¡Si ustedes supieran lo que se siente cuando la corteza

comienza a dejar de ser verde y un gris protegido por púas
envuelve el cuerpo que soberbiamente se alza!
Recuerdo que, siendo aún adolescente,
llegó el primer pájaro a posarse en mis ramas.
Era hermoso pero mudo.
No obstante lo recuerdo con toda mi alma.
Pero tenía el pecho ensangrentado
y el verde de su invención
era lo eternamente nuevo verde.
Yo no supe quién era, sino después de mucho tiempo.

Con semejante manera de ser
todo se calla por sabido y uno hace profesión de duende.
Y crecí con la atlética voluntad
del que sabe que puede.
Un día escuché que ciertos árboles se preguntaban
—de un pájaro a otro— ¿quién es éste?
Ese tiempo está en pie como la noche y el día.
Entre mis frondas se ve el cielo menos lejos y más fuerte.
Porque ser árbol significa estar en todo,
sin moverse.

Yo era un joven como de cien años
cuando una noche sentí que sobre mis brazos
colocaban un cuerpo inerte.
Después, el ruido que antecede a las grandes ausencias.
La noche era tan grande —ya se dijo—
que tuve miedo de que no amaneciese.
El silencio fue totalmente cerrado
por la presencia del incomparable pájaro verde.
Y entre brumas como luto de la inocencia,
amaneció más tarde que siempre.
Gente de mi razón bajó después el cuerpo
con el cuidado con que se roba un tesoro viviente.

Y después de ese tiempo, nada callo ni nada escucho
como no sea el sentimiento melancólico de la muerte.
Yo pertenezco a un reino
que el hombre juzga, respecto de él, indiferente.
Lo que pasa
es que nadie conoce a nadie más allá de su frente.

El águila y el jaguar hablaron con la ceiba,
el río siguió su camino y la noche, con todas sus estrellas,
volvió a encenderse.

III

Cuauhtémoc salió de las rocas
y era ya sólo una flama ambulante,
un clamor silencioso llevado por un viento de príncipe,
una sombra de fuego encendida
en la sombra de un dios caminante.
De los pies a los ojos el fuego era el fuego
que nunca consume su llama de fuego sin tarde.
Salió de las rocas geológicamente encendido
quemando los aires con fuego que enciende en conciencias
imágenes
de un ocaso imprevisto a mitad de las horas del día,
una puesta de sol infundada, la rotura de un vaso de sangre
consagrada a la vida del Sol.
Cuando el hombre se quema la yema de un dedo
se queja en alguna medida. Se sabe
que al Héroe colocaron braseros debajo de sus plantas desnudas
y una brasa invisible selló poderosa sus labios
y otra brasa —visible en el cielo—
despedía el clamor de sus ojos magníficos
que nadie ha podido decir cómo fue.
Un silencio de rocas amigas del rayo,

uno de esos silencios que llenan de gritos la Historia
y confirman la estancia de un ángel horrible y sin llanto,
todavía nivela sus aguas serenas
donde un pueblo robado
acerca sus labios para decir que está vivo
y va a restituirse lo suyo contra vientos potentes y malos.

Los que hemos visto el águila cruzar de cielo a cielo,
como flecha lanzada por el arco del día,
sabemos que hay palabras que guardan su secreto
en el árbol más grande del campo de Tabasco.
En cada ceiba está el recuerdo terrible
y es más que la esperanza, necesidad de ser.
Es el fruto de fuego que en el abismo cae,
la intimidad nocturna que al alba es un clamor.
Cuauhtémoc es un nombre que nos da el “fuego nuevo”,
la sangre derramada para que viva el Sol,
la voluntad de ser dueños de nuestros actos,
la belleza del día, flor de la desnudez.
Puede en turquesa y oro quedar su nombre escrito
sobre el silencio enorme que Tepoztlán construye
con bloques colosales de tiempo, con etapas
de huracanes de fuego sin capitán visible.
Frente a la arquitectura que ordenó la catástrofe
—tratado del paisaje abierto noche y día—,
reúno las palabras a como da lugar
esta noche de junio en que la luz camina.
Nuestra América vive de indignidad y lo tiene
todo: desde Cuauhtémoc hasta Caupolicán.
¿Hay que seguir viviendo entre avaricia y odio?

¿Cuándo por fin tendremos ojos para mirar?
La voluntad de ser con dignidad humana,
sin privilegios y sin obediencia estúpida.

Con aquella elegancia que a la flor hace flor;
con naturalidad dar el fruto y la vida.
Fuego que en tanta sombra ha de encenderse un día
es fuego de los ojos desnudos de Cuauhtémoc.
No venganza, justicia. No terror, alegría.

Poeta, mira al Sol y apacienta tus sueños.

Tepoztlán, Morelos, junio de 1962

Poemas no coleccionados, 1922-1976

ESTUDIOS (Fragmento)

Las horas se adelgazan;
de una salen diez.
Es el trópico,
prodigioso y funesto.
Nadie sabe qué hora es.

No hay tiempo para el tiempo.
La sed es labia cantadora
sobre ese oasis enorme,
deslumbrante y desierto.
Sueño. Desnudez. Aguas sensuales.
Las ceibas se estilizan. Nacen tres mil cedros.
Algo ocurre: que hay un árbol demasiado joven
para figurar en un paisaje
tan importante.
Tristeza.
Siempre grande, noble y nueva.
Los relojes se atrasan,
se perfecciona la pereza.
Las palmeras son primas de los sauces.
El caimán es un perro aplastado.
Las garzas inmovilizan el tiempo.
El sol madura entre los cuernos
del venado.
La serpiente
se suma veinte veces.
La tarde es un amanecer nuevo y más largo.

En una barca de caoba,
desnudo y negro,
baja por el río Quetzalcóatl.
Lleva su cuaderno de épocas.
Viene de Palenque.
Sus ojos verdes brillan; sus brazos son hermosos;
le sigue un astro, y se pierde.
Es el trópico.

La frente cae como un fruto
sobre la mano fina y estéril.
Y el alma vuela.
Y en una línea nueva de la garza,
renace el tiempo,
lento, fecundo, ocioso,
creado para soñar y ser perfecto.

Hora y 20, 1927

NOTICIAS SOBRE NETZAHUALCÓYOTL Y ALGUNOS SENTIMIENTOS

EL DÍA que el Rey murió
—año de mil cuatrocientos setenta y dos—
sus amigos viejos recordaron su nacimiento.
Y sus contemporáneos su niñez sangrante
al ver caer al suelo
asesinado a su padre,
desde un árbol de capulín, a orillas de Texcoco.
En los jardines los ojos
vieron las nubes desintegrarse por el viento.
Y por eso el agua de las fuentes se quedó pensativa.
Aquel hombre había hecho tantas cosas,
que las conversaciones brotaban como flores silvestres.
Las horas comenzaron a desvestirse
para llenarse de estrellas.
En la cumbre de Tetzcutzingo,
el Rey mandó tallar en una roca
el trono de la Noche
y él a sus pies escuchaba dentro de su boca
el rumor de la sabiduría que al hombre la noche propone.
Yo soy un hombre pequeño, nacido como pocos
para disfrutar de las cosas grandes.
El Rey había compartido su desnudez
con muchas mujeres,
y como amaba la belleza,
todos sus hijos hermosos fueron.
El calendario del Rey no tuvo días inútiles.
Era la imagen misma de la vida
que realizaba de día

lo que había visto en sueños.
Coleccionó animales vivos como nadie lo había hecho.
Coleccionó plantas vivas, como nadie lo había hecho.
El jaguar, el águila y la serpiente.
Los pájaros músicos y los de sonoros colores.
Aves del cielo y del agua que también son del cielo.
El venado de alas invisibles.
El armadillo mecánico
—por cierto tan sabroso como jitomate verde—
y las hojitas de aire de la libélula.
De la libélula al jaguar pasa el tiempo
como de la brisa al trueno.
¿Pudo el colibrí florecer prisionero?
Las flores raras junto a las plantas medicinales,
convivían con hondo sentido.
El cerro de Tetzcutzingo es un pequeño cono ovalado
que el Rey se adjudicó para estas cosas
y otras más importantes.
Allí se coleccionó así mismo
en la mística y en la poesía.
Allí se forjaron las leyes
iguales para todo el mundo.
Un día uno de sus hijos
cometió algo muy grave que no sabemos,
y los jueces, con las leyes de su padre,
le condenaron a muerte.
En Tetzcutzingo hay una roca
cuya mitad da al vacío.
Allí la atmósfera
pesa más que la piedra.
El Rey ordenó trabajarla
en forma de bañera,
y podía sentarse entre el agua,
y volar con los ojos

lentos de sol, de madurez y de fuerza.
Perseguido político, su atletismo fue entre los bosques
y su entereza observando las estrellas.
Ahora hace quinientos años
que el Dios Desconocido, que él tan luminosamente
adivinó, desapareciéndolo,
determinó su recompensa.
Aquella gente
cuya sabiduría llevo no solamente en los ojos,
supo poblarse de imágenes
horizontales y verticales dentro del círculo.
Este Príncipe que hoy recordamos
es la síntesis absoluta del hombre
por el cuerpo y el alma.
La naturacosa residió en él
tal vez más que él en ella.
El agua en sus manos fue acaudalada de bienes,
y la cuestión de la tierra,
una panadería bien entendida.

Ser joven, a pesar de la astronomía,
es jugarse la muerte
sin tener tiempo para más.
Así fue este trabajador nobilísimo
—que, sin quererlo,
suspiraba con tristeza por el más allá.
Y es que había muchas flores en su cuerpo.

El Dios Desconocido fue sólo para él.
Enorme intimidad a la intemperie.
La voz entera, a solas.
La voz eléctrica en el páramo
de cualquier soledad a media noche.
El esférico ámbito de la revelación.

El terror saludable de estar vivo
frente a Dios.

Él no sabe decir lo que se sabe
después de aquello. Tanta sabiduría
puesta al servicio de toda ignorancia.
Una ansiedad de todo para nadie.

Cuando uno va a Tetzcutzingo
y encuentra los pequeños acueductos,
el agua niña de jardín de niños,
recuerda las manos levantadas
en metros cúbicos de piedra con que el Príncipe
salvó de inundaciones la ciudad de Cuauhtémoc.
El agua nos refiere cómo fue derivada
desde el pie duro de Chapultepec
hasta el sitio simbólico del águila.
Las manos principales,
manos hidráulicas,
fueron también las que en esto operaron.

Vamos a tu poesía,
del abrazo de una noche totalmente encendida.
Allí se pinta el día
con los colores minerales
con que una flecha espiritual da en el blanco
de lo más bello, un poco triste, ardiendo.
Es un cielo terrestre, florecido
sin el cuidado de ninguna mano.
Eso fue consecuencia de la lluvia
que llega obscura y se deshace en luz.

Salgo de tus poemas
pensando que en las flores está el canto.

Y vuelvo a ti con la flor olvidada
que brota entre pirámides octubre.

La esperanza en el hombre, sí,
aún entre los desórdenes de la inteligencia;
sí, una vez más, lleva tu nombre.

Tepoztlán, Morelos, 14 de octubre de 1972

Cuerdas, percusión y alientos, 1976

ELEGÍA

CABALLERO Águila,
tráeme en el ojo una estrella.
Pero líbrala de las puestas de sol.
¡Muy alta es mi tristeza!
Caballero tigre,
tráeme unas ramas de roble.
Pero que estén huracanadas.
La vida,
feroz mi tristeza recorre.
Como en el reinado de Motecuhzoma,
vendrán hombres blancos,
y será por el Norte.
A cacerías de estrellas
me han invitado los dioses
y a casi todas he ido,
pero con otro nombre...
¡Qué sueños han sido esos sueños
sangrientos y nobles!
Desde sus platerías,
cintilador y formidable,
el Popocatépetl ha encendido su lámpara.
¡Y se siente una angustia y un aire
tan duro en el valle de Anáhuac!
Con sus fonógrafos y sus manos ladronas,
su religión modesta y sus catálogos,
y organizados por una dentista
vendrán los bárbaros.
Yo no sé, pero hay algo en la tarde,
que marchita mis ramos de roble y mis fuentes de nardo.

Hay un ruido insolente que enfría
mi dulce cantar mexicano.
Caballero águila voy de cacería.
Caballero tigre, voy de cacería, sueños he tenido.
Toda la tristeza del pueblo es la mía.
La sangre enarbola sus señas y escucha sus cálidos ruidos.

Piedra de sacrificios, 21; 1949

TEMPESTAD Y CALMA EN HONOR DE MORELOS

A José Clemente Orozco

1º

IMAGINAD:
una espada
en medio de un jardín.

Eso es Morelos

Imaginad:
una pedrada
sobre la alfombra de una triste fiesta.

Eso es Morelos

Imaginad:
una llamarada
en almacén logrado por avaricia y robo.

Eso es Morelos

Ya tengo las imágenes pero no las palabras.
Pero hay aceros, y piedras, y llamas.
Porque nada hay más hondamente hermoso
para el humano oído, que la palabra.
Si las palabras vinieran para decir: Morelos,
vendrían ocultas en esos nubarrones de piedra
que a unos cuantos kilómetros nos miran:

La tempestad de rocas de Tepoztlán, vecina,
el huracán de piedra de Tepoztlán, que avanza,
esas gargantas que vociferan árboles,
esos peldaños a pájaros y lluvias
cuando pasa la noche de resonantes piedras
y el sol sacude el sueño de la luz, allá arriba.
Aún hay aceros. Y piedras. Y llamas.

Ésta es la hora de las palabras
terriblemente cristianas.
Las que hieren, las que arden, las que aplastan.
¡Ah! ¡Si yo pudiera arrojar mi corazón
y provocar una grieta en la montaña!
¡Hablar en piedra y escribir en llamas!
La espada silenciosa que abrió el cerrado pecho:
ni un corazón que surja: todo estaba desierto.
La zumbadora piedra que el cuerpo ha derrumbado:
era sólo una cáscara y polvo dentro de ella.
El siempre fuego que a la ciudad ardió:
halló sólo papeles, y el humo, no duró...
Éstas son las palabras terriblemente buenas,
palabras vivas, hechas de llamas sobre las piedras.

Grité ¡Morelos!, hace quince años desde las rocas de Tepoztlán.
¡Olor a Cuautla! Y entre palmeras hechas laureles
salté al abismo del heroísmo; grité ¡Morelos!
Y vi la tierra abajo desde el verde al azul.
Y unas botas sin ruido lo estremecieron todo
y sudaba una frente su pañuelo de luz.
Grité ¡Morelos!, hace quince años en Acapulco.
Y clamoroso mar me atropelló.
Una raya de verde movida en cuatro azules
espiral rumor blanco dentro della enrolló.
Y un trueno hizo caer el roble de los vientos.

Palideció el azul del mar.
Y oí en mí mismo cuando mi pecho gritó ¡Morelos!
Y a un alto en mis arterias fue mi sangre a parar.
Bajar del monte, querer el mar.
Vivir con pocas palabras;
pero en cada palabra tener una tempestad.
Ah, si yo pudiera haberlas dicho,
acero, piedra, llama.

Gritar Morelos y sentir la flama.
Gritar Morelos y lanzar la piedra.
Gritar Morelos y escalofriar la espada.
Tú fuiste una espada de Cristo,
que alguna vez, tal vez, tocó el demonio.
Gloria a ti por la tierra repartida.
Perdón a tu crueldad de mármol negro.
Gloria a ti porque hablaste tu voz diciendo América.
Perdón a tu flaqueza en el martirio.
Gloria a ti al igualar indios, negros y blancos.
Gloria a ti, mexicano y hombre continental.
Gloria a ti que empobreciste a los ricos
y te hiciste comer de los humildes,
procurador de Cristo en el Magníficat.
Gritar Morelos
es escuchar la Gloria y sentir el perdón.

2º

Un muchacho, de pie, que ha trabajado
de sol a sol, reclina su costado
contra un árbol tan grande que parece
que el cielo abarca y que la tierra crece
en su horizonte azul, tras otro azul nublado.

Masca las hojas tiernas de un retoño
que arrancó sin querer. Cielo de otoño
nubes enormes pinta y abandona.
Un aire de esplendor y de corona,
alrededor del campo.
¿Qué mira que no ve? La luz enciende
dos luces en sus pies, y lo suspende.
Con los ojos clavados, sangró su pensamiento.
El campo agranda la quietud del viento
que a flor de soledad silencio tiende.

De cuando en vez levántasele el pecho
y aun el cercano techo
ligeramente se conturba. Sube
ya en la última nube
ese rumor de corazón maltrecho.
Un suspiro en la tarde siempre aclara
ese otro atardecer que nos separa.

Habla y no se le escucha,
cual si moviera labios de muy lejos.
Inmóvil, y así se ve que lucha
tal una sombra herida por espejos.

Por entre la camisa
blanquea su persona.
Y es negra por exacta su sonrisa
cuando la luz declárase campeona
como en plena mitad cáliz de misa.
La luz, que sombras lentas ocasiona,
cuelga los papelitós de la brisa
y así el final de su presencia acciona.

¿Qué mira que no ve joven campestre?
Tiene la cicatriz de un día ecuestre:
una bestia y un árbol. Algún día
la yegua enrojecida del combate
sentirá su talón, y su acicate
poderoso será fuerza que guía.

Bajo un árbol inmenso
crece un varón. Después olerá a incienso,
luego a pólvora. De pronto en una estrella
brilla la voz de Dios. Y en el intenso
anochecer, palabras que maduran huella
salen del joven criollo con silencioso ascenso.
La tarde se abrió el pecho y le acercó su estrella.

Cuernavaca, 9 de mayo de 1946

Subordinaciones, 1949

CON FUEGO VEGETAL

LÁZARO CÁRDENAS

EL GRAN árbol cayó.
Era un gran árbol.
Bajo un cielo a media asta
la estrella de la tarde
dio la noticia a todo el horizonte.
De raíces muy hondas
hablaba generoso su ramaje.
Y a su sombra los hombres
alzaron voluntades y conciencias,
de que volaron pájaros
soltando el grano y esperando el fruto,
con la lluvia en los ojos.
Era un árbol enorme
y como a todos los grandes árboles,
la sencillez del día
le abrió todos los campos campesinos,
y con palabras de oro dijo a la pobreza
que pronto los diamantes sucumbirían
y que el rocío
se instalara sonriente
en cada hoja y en cada pétalo.
Con la mano tendida,
cada rama del árbol
espera a quien le encuentra;
con el viento solar trabaja el día
y a fuego vegetal
prepara el desayuno de la Aurora,

que es un momento tierra y es un momento árbol
y en un instante dice eternidades.

El día campesino

come angustias y bebe agua pequeña.

En su vida silvestre,

nada con lo que el hombre se embellece

de su ingenio divino,

llega a los ojos de su entendimiento.

Lo misterioso de la Poesía,

el poético pan,

nunca llega a su mesa.

La ciudad egoísta

toma del campo salud y reposo.

1970

Poemas no coleccionados, 1922-1976

SONETOS FRATERNALES

“HERMANO SOL”, NUESTRO PADRE
SAN FRANCISCO

A Jaime Sabines

I

HERMANO SOL, cuando te plazca, vamos
a colocar la tarde donde quieras.
Tiene la milpa edad para que hicieras
con puñados de luz sonoros tramos.

Si en la última piedra nos sentamos
verás cómo caminan las hileras
y las hormigas de tu luz raseras
moverán prodigiosos miligramos.

Se fue haciendo la tarde con las flores
silvestres. Y unos cuantos resplandores
sacaron de la luz el tiempo oscuro

que acomodó el silencio; con las manos
encendimos la estrella y como hermanos
caminamos detrás de un hondo muro.

II

Hermano Sol, si quieres, voy mañana
a esperarte en la sombra. Tengo el canto

que prefieres, y el cielo que levanto
desde mi pecho, te sabrá a manzana.

Quiero estar junto a ti. De ti dimana
la energía de todo lo que planto.
Tu tempestad de luz busco y aguanto
con limpia desnudez y abierta gana.

Y fui desde la ceiba que da vuelo
hasta el primer escalafón del cielo.
Canté y mi voz estremeció mi muerte.

Hermano Sol: para volver a verte,
ponme en los ojos la humildad del suelo
para que suban con tu misma suerte.

III

Fraternidad solar, uva y espiga;
con el vino y el pan tendí la mesa.
Comenzaba la noche de una ilesa
jornada a toda suerte flor y amiga.

¡A cuánto amor el corazón obliga!
Con la frente divina su sorpresa
divina da la noche, y se profesa
con lirios la lealtad a sol y a hormiga.

Hermano Sol: mi sangre es caloría
de tus entrañas que el Poder Divino
concretó lentamente un ancho día.

Si quieres, a la puerta de mi casa
voy a esperarte. Beberás el vino
y comerás el pan. Enciende y pasa.

Las Lomas, 29 de agosto de 1948

Sonetos lamentables

ESTROFA AL VIENTO DEL OTOÑO

A Gabriela Mistral

OH VIENTO del otoño, tus olas regocijan
las danzas pastorales, y en tu caudal paseo
mueves dulces señales en la flor de la espiga.

¡Maravilloso viento del otoño!

Tu espíritu sacude los huertos coronados de frutas
y tu sutil presencia aligera los gajos henchidos.

Pera de plata, manzana pintada o despintada,
higo como el crepúsculo, dulcísimo y sombrío.

Tu brazo y tu ala estremecen los árboles
y se oye el ruido oscuro de los frutos que caen.

¡Oh viento del otoño, maravilloso viento
del otoño!

Acaricias los anchos trigales de la dulce Argentina
y haces rodar las últimas piedras bajo los Andes
y en mis ojos levantas una nueva alegría.

Alza la voluntad de los hombres de América,
abre los corazones de los hombres de América,
madura sus almas todavía tan amargas,
ahoga en tus telas de oro a la esperanza,
fatal a los hombres de América.

Dales la fe superior al Destino
y la virtud mágica de tu sutil presencia.
Sacúdelos como a los árboles a tu paso divino.

¡Oh viento del otoño,
maravilloso viento del otoño!

Piedra de sacrificios, 13; 1922-1976

“POETA, MIRA AL SOL Y APACIENTA TUS SUEÑOS”

HOMENAJE A AMADO NERVO

VIDA,

Vida que te restituyes a ti misma
con la vivaz aurora campesina.

Vida que sobre las rosas bautizadas
soplas el aura de la gracia eterna.

Desnudo el cuerpo, vestida el alma con tus alas
vengo a dejarte el bronce de mi juventud
a cambio de las joyas con que me adorna el alba.

Vida fuerte y prolífica
que me impeles al sol del día máximo
con una gran sonrisa,
y cuelgas de una estrella mi destino
que ha de llevarme a ella.

Vida que me has salvado de otra vida
que en ti está y no me das, porque pudiste
fascinar la serpiente de mi tristeza indígena,
hostil como el nopal en que se arqueaba,
y me lanzaste el águila de tu fuerza optimista.

Joven y redimido, vengo a escuchar la música del campo
y a enriquecerme con tu estío.

Dórame con tu sol junto a los trigos,
vénceme con tus frutos femeninos,
revíveme después con tus intactos vinos.

Hoy es tu fiesta,

hoy es la fiesta de tu mejor hijo.

De aquel que al fin te dijo:

"Vida, nada me debes, vida, estamos en paz".
Ya llegó a tu regazo:
Por eso eres más bella y es más fuerte tu abrazo
y es más noble tu faz.
Hoy es la fiesta concéntrica del mundo.
Si tú le das tus rosas, él te dio sus manzanas.
Llueva la lluvia límpida del cielo matinal,
en tanto en las ciudades de Cristo, las campanas
sobre las hondas Catedrales
sacudan hasta el vaso del altar.
Vida, ya es tuyo el hombre
cuyo nombre es amado por todos y por todas.
Hoy renuevas tus bodas
y renuevas los planes a la Esfinge,
tu animal predilecto.
El tiempo ha amanecido una vez más
de yerba limpia y de jocundo insecto.
Corro sobre los prados
cantándote los cantos de alegría
de la alegría plena
porque llegó a tus bosques el poeta
que ya no va a cantar,
sino que va a escuchar;
que ya no va a decir,
sino que va a oír.
¡Ríname con un roble
que ramas lanzo y que corteza opongo!
Harás el dístico rotundo
para iniciar el homenaje fuerte.
Vida
generosa y magnífica,
alégrate más, alégrate,
hasta poner las rosas en los árboles
y tu corazón junto a los lirios.

El jardinero de tu flora óptima,
el hermano del agua,
te florece sus manos conmovidas.
En conjunción intensa
miro al cristiano sin liturgias, puesta
la mano con dulzura en la mejilla,
besándote la frente
y lleno de sonrisa en la pupila.

Vida

¡generosa y magnífica!,
alégrate más, alégrate,
el poeta es ya tuyo.
El hijo del Ensueño y de la Esfinge
llegó a tu corazón. Sobre el planeta
cruza la escuadra aérea
de las palomas de la paz.
¡Abrácense las liras, súmense las Auroras!
Ríjase el río por lo que diga la torcaz,
porque integró la vida su prosapia recóndita.

Pasa el Solemne Soplo del Templo de la Paz.

Bogotá, septiembre de 1919

Colores en el mar, 1915-1920

POEMA EN DOS IMÁGENES

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

La segunda

LA PATRIA que en el agua de tus ojos
se desnudó no tiene sino esa misma imagen.
Entrañas opulentas que el extranjero
saqueó durante cuatro siglos.
Las dos costas desnudan su belleza
y la alegría tropical y el aire
que libera sentidos y razones
dan al sexo jaguares, girasoles.
Plataformas centrales
construidas a la altura de las águilas
ponen fuego a la luz y el cielo crece.
El hombre-campo guarda un dejo de pirámide
aun cuando su pobreza
arrinconca inconsciente una sonrisa.
Las lenguas poesía milenaria
dicen lo necesario, sobreviven.
La Patria necesita hombres más hombres
que le hagan ver la tarde sin tristeza.
Hay tanto y lo que hay es para pocos.
Se olvida que la Patria es para todos.
Si el genio y la belleza entre nosotros
fue tanto y natural,
que el recuerdo del hombre de otros días
nos comprometa para ser mejores.
La patria debe ser nuestra alegría

y no nuestra vergüenza por culpa de nosotros.
Es difícil ser buenos.
Hay que ser héroes de nosotros mismos.
Conversamos, Ramón, a piedra y lodo.
Es el barco que habla por lo que fue en la mano
de quien nos hizo enteros.
Víspera de tu ausencia
te fuimos a llevar una magnolia
a tu cuarto de agonía,
mis amigos y yo.
Hoy hace cincuenta años
que eres más joven.
Flor y canto en los labios deste día,
en los labios de México,
en todo el corazón de nuestros labios.

Lomas de Chapultepec, Pascua de Resurrección de 1971

Cuerdas, percusión y alientos, 1976

LA ODA A DÍAZ MIRÓN

A TU vejez solar llego ceñido
del laurel invisible de ser joven,
familiar a la muerte y al olvido.

Aprendiz de huracanes pastoreo
las atrasadas nubes de la aurora
y silbo apenas que en la flor lo veo.

Aún se amargan los labios escolares
de no saber decir como quisieran
del fuego, de la tierra y de los mares.

Pie a las danzas daré cuando me arranque
la raíz del rencor, la sogá torpe
y surja como el loto en el estanque.

Y porque soy miseria y porque grito
pronto de voz y de esperanza, y vengo
pálido de mirar el infinito,
te saludo.

Veó tu soledad, cárcel abierta,
donde el recuerdo brilla en los rincones,
lleno de cicatrices en la mano desierta.

Tu soledad soberbia y silenciosa,
incitante al saqueo y a la Luna,
abierta al mar, al monte y a la Osa.

Y se me van los ojos tras el brillo
de los cinco deleites que en tu casa
saben que el rojo se hace de amarillo.

Y te envidio el relámpago y el trueno
y el ojo cazador y el puño asirio
y la visión oral del Nazareno.

Azotados con cintos militares
los números más ágiles te entregan
los náufragos tesoros de tus mares.

Tu poderosa mano se recrea
esculpiendo el andar al potro bello que
palpitadoramente bozalea.

Y me desvía el tren de bandidaje
con que vas al idioma y lo registre
lo mismo que las nubes al paisaje.

La libertad y el homicidio beben
al vuelo el agua en tu mano sonora.
La pareja de vértigos te lleve

al espejo glacial que en los volcanes
antiguos sobre el cráter se reposa
y sabe de divinos ademanes.

Y allí estará el Señor si transparente
que tus miradas más esclarecidas
tendrán peso y medida oscuramente.

Y el amigo de Judas y homicida
verá su desnudez *manchada a trechos*
y en la mano las huellas de la huida.

Por las ternuras y las rebeldías,
por el trato genial con toda cosa
y por tu trágica melancolía.

Por el manto de infamia y de pecado,
por el insulto y por la cárcel sola
y la lágrima errante tras el muro horadado.

Porque bajo el laurel el rencor zumba
y el formidable brazo envejecido
tactea algo que crece y algo que se derrumba.

Porque Caín su voz mezcla a las voces
del odio, por tu bello poderío,
por la gota de hiel que bailó entre tus goces.

Por tu ternura y por tu rebeldía,
la serenada voz del Nazareno
dejará entre tus labios su divina alegría.

Infinito perdón, voz luminosa.
El agua en el desierto subió muda,
huella de luz en la noche azarosa.

El desolado corazón escala
la pálida montaña de la aurora
rápida de deseos y de alas.

Se cruzan los sentidos de luceros
y la mano caótica esparcida
crea el espacio en el ojo del tiempo.

Y hay un ansia de ser fuego volátil,
la llama de un instante que circule
sobre la onda eléctrica más ágil.

Y llegar hasta ti, *orden y gloria*
la inconcebible *excelsitud*. (Los signos
que tu recuerdo crea en mi memoria.)

Tu deslumbrante evocación me ciega;
soy tu tiniebla coronada de fe
y oigo la eternidad...

Y viro órbita abajo y te reencuentro
y te alzo los laureles, oh poeta,
y me acentúa el ritmo de tu centro.

¡Alegría al idioma! Es tu fiesta,
y los flácidos perros que te ladran
ignoran al antílope en la siesta.

Y desembarco el mar junto a tu casa
y es natural que agolpe tus poemas
y un soplo litoral los dé en la plaza.

Y hay agua viva en la boca de mayo,
y una palmera se puso a bailar.
Sesgó la tempestad su hermoso rayo

y la lluvia encendió los naranjales,
y el Sur bajo los puentes acrecía
la copa de sus magnos festivales.

Del mar al Citlaltépetl va tu rumbo:
por cada estrella que cintila el monte
se zambulle en el Golfo un largo tumbo.

Y vuelo en trampolín. Flecha desnuda,
horado el agua y surjo en arco vivo
sin que el hermano tiburón me eluda.

Y transparente nadador serpeo
y rozo los corales, y el idioma
no se enturbia a pesar del serpenteo.

Baño de sal que a libertades huele.
El pie descalzo por la playa deja
la pisada del viento que lo impele.

Y este libre tuteo con el mundo,
fruto de luminosas intemperies
ancho en llanura y ágil en talud.

A tu vejez solar llego ceñido
del laurel invisible de ser joven,
familiar a la muerte y al olvido.

Desde su labio colosal, el día
dice tu gloria. Buques y alabanzas
ganan tu puerto. Tórrida y plantía

la tierra de mi verso cruje o canta
en el alba espumosa. Se diría
el sol que por el pie va a la garganta.

En balaustrada espléndida me acodo.
Salutación y voces. Tus poemas
sujetaron mi sangre a fuego y oro.

Yo robara tu rayo,
maravilloso jugador de cielos,
sagitario y discóbolo. Prendiera

sobre el Nahucampatépetl las señales
de tu dominio. Triángulos de aviones
llegaran de invisibles litorales.

De una hora a otra hora se dispersa
el horizonte pálido y desnudo.
Nace la flor al árbol de la fuerza,

cierro las sombras, lío la danza,
y así cae tu nombre de mis labios
alternados de amor y de esperanza.

París, abril de 1927

Camino, 1929

TRES NOTAS PARA UN RETRATO DE ALFONSO REYES

I

LA PALABRA a la mano y en la mano
toda la flor de la sabiduría.
Era un bosque y hablaba como el día;
noche de lucidez tuvo su arcano.

Fue como un príncipe republicano;
un diamante de toda garantía.
Un diamante engarzado en la alegría
de tener siempre cerca lo lejano.

Si de la Poesía los confines
alcanzó, los antiguos paladines
le vieron junto al mar armando el viaje

que entre sirenas y constelaciones
colocó, a la manera de un paisaje
lleno de misteriosas relaciones.

II

En el espacio de una perla, cabe;
es todo el mar y sólo es una gota.
Escribe con ternura de gaviota
poniéndole la sal a su jarabe.

Hay un rincón en el que todo cabe:
el arpa abandonada y lo que brota
de tanta soledad. De odio, ni jota.
Nada que la armonía menoscabe.

Si con los ojos la palabra hechiza
y sonrío al mirar, su voz maciza
de pájaro barítono clarea.

¡Ay, Alfonso, qué hermoso haber estado
contigo tantas veces! Lisonjea
toda una vida haberte siempre amado.

III

Si sacar las palomas del sombrero
aun cuando en el sombrero no hay palomas...
Esto fue así ¿no es cierto? Las palomas
a veces fueron águilas primero.

Toda Tenoxtitlán y todo Homero
y diagonales límpidas de aromas.
Y las Grecias, las Francias y las Romas
le dieron de sus luces el lucero.

Si Góngora y el Cid —alma y diadema—
diéronle conjunción y no dilema;
si habitar el idioma fue su silla

y comprender, el drama de su juego,
Alfonso Reyes, hombre y maravilla,
tuvo del sol la luz y el amor ciego.

Las Lomas, 4 y 5 de junio de 1960

Poemas no coleccionados, 1922-1976

SONETO

*A un amigo, enviándole un ejemplar
de Visión de Anáhuac, de Alfonso Reyes*

MÍRALA aquí —ciudad y poesía—,
flor tan viva que en sangre se derrama.
Una mano perfecta le da fama,
música historia de su biografía.

Su ejercicio final de primacía
—quetzal atardecido en una rama—
brilla entre los metales de ese drama
que angustia en oro su mortal valía.

Oro sangró la tierra mexicana
junto al maíz de sus felicidades.
¿Oyes en mis arterias la mañana?

Ven a escuchar entre mis soledades
la caída de un vaso de obsidiana
sobre un muerto collar contado en jades.

Subordinaciones, 1949

SONETO

Al poeta Hernández Campos

JORGE, sobre las rocas de Tepoztlán, divinas,
sopla un viento geológico que nuestra sangre lleva.
Una ciudad de rocas en terror se subleva
y esa altura mortal se coronó de encinas.

Ladean las coníferas las trampas aquilinas
donde a las nubes núbiles la luz caricia lleva,
y una flor abismal el miedo azul renueva
cuando entre cielo y tierra sus pétalos culmina.

Mire el poeta y cruja, y al viento de la nada
oponga la clarísima verdad de su mirada.
El tumultuoso cuerpo torció nueva raíz.

Su cosecha de pájaros levantó la mañana.
Y abajo, por las calles de la honradez aldeana,
se oyó hablar entre dientes la diosa del maíz.

Subordinaciones, 1949

“TODO, CON UNA SOLA PALABRA LUMINOSA”

¡SABER una palabra!
Una palabra sola, y elevaré la Luna
tras las ruinas fantásticas de esta náufraga duda.
De cada ciudad fúnebre haré una dulce aldea.
Los montes se abrirán nuevas gargantas
y el canto estará abierto en medio de la selva.
Trágicas madrugadas y espesas lejanías.
¡Tristes almas gloriosas!
¡Pintando, borraría!
Todo, con una sola palabra luminosa.

Piedra de sacrificios, 15; 1924

FRAGMENTOS

a

¡LAS palabras!
¡Los tropeles pueriles
sobre el espejo de la imagen!

Las palabras vagabundas
en la mala suerte de mi sonrisa.
Y el sueño resucitado en plena tarde
junto a las maquinarias y las ruinas.
Y hablarte con la voz con que hablo al viento
y a la sombra.

Y la voz que me dice: "Perdone, pero está usted en la calle".
Y encontrarme casi desnudo.
¡Ah, las palabras,
que llamaban a todas las cosas por su apodo escolar!
¡Labios de las canciones que no volví a besar!

b

Tienes una sonrisa que en las noches de luna
se posaba en mis hombros igual que una paloma.
Y yo sentía el peso de mi suerte
en la balanza de joyería de aquellas horas.

Tendida a oros, mi vida estaba jugada en reinas sobre
tus manos.

Yo descubrí la apuesta del destino
y perdí las Américas de tu amor inhumano
y así volví a las fieles angustias del camino.
Porque en esa sonrisa la aurora era un azar:
un viaje por la noche prolongado en el mar.

c

Todo tenía el roce de tus alas:
la nube retocada, mis ideas, la brisa
que rondó las horas de una fecha vaga.
Todo vibró en tus huellas arenas de sonrisa.

Cual si vinieses de cortar una manzana
tus manos eran ágiles y romas.
Tu voz tenía el tacto de las luces del ámbar,
de perfil sobre un cielo de esperanza.

En la mesa de vidrio los poemas
brillan huellas de brisa cruzada de palomas.

d

La dicha de no hablarse cuando se ama tanto
alza el brillo del tiempo, se ve pasar el aire.
De las miradas caen tesoros a las manos
y la luz es un fruto que devora el paisaje.

La ventana que mira tiembla ligeramente.
Bajo el pie se hunde el mundo pálido e inocente.

Crece la yerba. Vienen de bañarse las nubes,
súbitas y morenas. Las casas guardaluces
oscurecen la calle. Tan cerca estás de mí

que la estrella del ángelus nace entre nuestras manos.
¡Amor de ti! ¡Amor de ti!

e

Fuiste en mi vida el vuelo de más largo horizonte.
Se queman en mi vida tus ojos solitarios.
Nuestras dos soledades —música de la noche—
ligan a las estrellas los inefables actos.

He de mirarte un día junto a mí, sin que sepas
por qué estás junto a mí, ni yo por qué sea lágrima
en tus ojos que guían al signo que se acerca.

Y cuando tú me beses
y sientas que a tus ojos sube mi corazón,
tu nombre será fe y tu lágrima mía
el rescate del tiempo y el lujo del amor.

Camino, 1929

LAS palabras emigran
y en la huida
los plurales abandonan las *eses*
y queda así un rumor de viento manso,
de despueses y adioses,
de la actitud actriz que en nuestras manos
nos convence de ausencias.

Las palabras emigran y abandonan
el buen surco del verso que ya estaba
sembrado y las estrofas
revestidas de oro y las imágenes
frescas aún en el espejo igual
de donde tan difícil es sacarlas.
En todas las ventanas
cuelga el ojo su fuego simultáneo
sobre cuatro horizontes silenciosos,
llenos aún de huellas de la huida
de las palabras que te prefirieron
porque tú eres la causa de su suerte,
tú, poema, mejor que poesía.

Recinto y otras imágenes, 17; 1941

LA VOZ

I

CUANDO en el pensamiento
de Dios, las cosas y los seres
fueron,
la voz del universo en cada acto —divina—
fue de la piedra al hombre y del cielo a la tierra
en órbitas magnéticas,
cambiando de apariencia y de silencio,
pero en su identidad, unánime.

Aprender esas voces gracia del aire es sola.
Y repetir la sombra de su eco
en palabras de ángeles caídos,
es perseguir desnudos en suelo espejeante,
poema y poesía.

Cuando la voz del ángel mostró al hombre la soledad
(el hombre antes formaba parte de la montaña,
del río y nube y flor y esmeralda y abeja),
la voz primera humana fue de un asombro inmenso;
primero, la distancia de las cosas
y después la terrible belleza de las cosas.

La voz de cada cosa fue enumerando el mundo
y el macho poesía y la hembra poema,
en claridad confusa como de amor presente
oyeron y se amaron bajo un techo de voces.

II

La multitud de un río desde la infancia llega
y el espejo en huida de su presencia igual.
Su noche tuvo acentos de quien pronto se entrega.
Pasaron diez mil años y esa voz es igual.

Mi voz busca de nuevo unificarse al Todo
y yo escucho las voces más lejos cada vez.
Tiene a veces la gracia del milagro en el modo:
juego en el aire negro que sólo juego es.

Sólo al callarme escucho cerca de mí las voces
del universo. ¿Muda ha de valer mi voz?
Y desde una gacela de silencios veloces
aguardo alerta y solo la universal fusión.

III

A la estatua desnuda pregunto:
¿de quién es esta voz?,
¿es del viento o del mar?
Y la roca mortal me responde:
no preguntes nada.

Y la voz tenía noticias de tierra
y su desnudez era en espiral.
Sus últimas líneas llegaban al cielo,
azules, moradas, violeta.
Y ésa era la voz del poema.
Y la Poesía
era ante todo súplica, secreta,
y yo era en secreto, poesía.

IV

Yo quise un instante, ser,
para siempre. Quise estar,
para siempre.
Y entre el odio y el amor
oí la voz
de lo que se ha de callar
sólo, para sólo ser.

V

Un bosque de palmeras para llegar al mar
y en el camino el ave de un trino. ¡La Belleza!,
dijo la voz saliendo del alma, y en el alma
el eco: ¡la Belleza! Mar y trino, un palmar.

Las palmeras danzaron sin moverse y el agua
que lamía la sombra de la danza,
iba y venía, iba y venía, iba y venía
y sin mudar de voz cambiaba las espumas.

En cada espuma el sol tuvo un hijo. La arena
puso y quitó a los ojos lo que después ponía.
Y quitaba y ponía y ponía y quitaba
la luz de cada instante que la espuma servía.

Cayó la luz del trino y en su limpia caída
la Belleza volvió a encerrarse en el alma,
nunca más transparente, nunca más bien herida
por un juego de mar, un ave y una palma.

Cuando en el pensamiento
de Dios, las cosas y los seres
fueron, mi voz estaba ya prevista.
Lejos de lo divino se oye esta voz. Su angustia
es no saber callar. A todo da un nombre. ¡El mismo nombre!
Grita y la soledad le responde con alto
eco de soledad.

En la tierra, en el agua, en el aire, en el fuego,
su ritmo tiene inercias irremediables.
Algo de Dios a veces parece que le espera.
Un tiempo de colores, su mundo es una nube
frente a una aurora o crepúsculo. Sabe lo que es Poema.
Y de la Poesía ¿nunca sabrá? ¿Ya sabe
y no sabe qué sabe?

Voz del ángel caído,
voz de los ángeles en tierra,
voz que en el tiempo da su tiempo
y de pan y agua sólo vive.
La voz de callar nos dé fuerzas
para oír el llamado oportuno
de la abeja y del mar, de la palmera
y la esmeralda y el río
para ser la voz íntegra que al Paraíso
de la voz de Dios vuelva
en la voz de los ángeles que no caerán, jamás.

Hora de junio, 1937

“TIEMPO SOY ENTRE DOS ETERNIDADES”

EN MEDIO de la dicha de mi vida
deténgome a decir que el mundo es bueno
por la divina sangre de la herida.

Loemos al Señor que hizo en un trueno
el diamante de amor de la alegría
para todo el que es fuerte y es sereno.

El corazón al corazón se fía
si el alma cual las águilas natales
estrangula serpientes en la vía.

Gloriosa palma la que de los males
del huracán se libre porque eleve
la fruta con sus aguas tropicales.

El corazón al corazón se fía
lo mismo en esas palmas que en el breve
corazón de la perla más sombría.

Porque la flor más alta dance y ría,
el viento entre los árboles se mueve.

Mi corazón, Señor, como el poema,
sube la escalinata de la vida
y te da su pasión como una gema.

Por la divina sangre de la herida,
es fuerte y es sencillo y cancionero.
Filas de oro pusiste a su ola henchida.

El amor, que en el caos fue primero,
lo lanzó sobre la órbita más pura
y así cumple su ciclo, dulce y fiero.

Órbita la mejor porque es ténura
esquilhada a la oveja del pastor
que en diciembre hace eterna su ventura.

Izaré las banderas del amor
lo mismo en esta magna venturanza
que en palacio en ruinas del dolor.

Danzaré alegremente, y en la danza
anillaré las espirales nobles
con que subo hasta ti viva alabanza.

Sembrar mi vida de cordiales robles
—hóspitas curvas para el peregrino—,
y en junio darte mis cosechas, dobles.

Ser bueno como el agua del camino
que la herida refleja y que la alivia.
Ser dichoso, Señor, no es ser divino

pero ser bueno, sí. Por eso, entibia
la nieve, y que sea lago. La infinita
palabra del amor arda y conviva

en mi ser, y se dé la estalactita
de la obediencia a ti. Toma mi frente,
y cíñela Señor con la infinita
corona del amor.

HE OLVIDADO MI NOMBRE

HE OLVIDADO mi nombre.
Todo será posible menos llamarse Carlos.
¿Y dónde habrá quedado?
¿En manos de qué algo habrá quedado?
Estoy entre la noche desnudo como un baño
listo y que nadie usa por no ser el primero
en revolver el mármol de un agua tan estricta
que fuera uno a parar en estatua de aseo.

Al olvidar mi nombre siento comodidades
de lluvia en un paraje donde nunca ha llovido.
Una presencia lluvia con paisaje
y un profundo entonar el olvido.

¿Qué hará mi nombre,
en dónde habrá quedado?

Siento que un territorio parecido a Tabasco
me lleva entre sus ríos inaugurando bosques,
unos bosques tan jóvenes que da pena escucharlos
deletreando los nombres de los pájaros.

Son ríos que se bañan cuando lo anochecido
de todas las palabras siembra la confusión
y la desnudez del sueño está dormida
sobre los nombres íntimos de lo que fue una flor.

Y yo sin nombre y solo con mi cuerpo sin nombre
llamándole amarillo al azul y amarillo

a lo que nunca puede jamás ser amarillo;
feliz, desconocido de todos los colores.

¿A qué fruto sin árbol le habré dado mi nombre
con este olvido lívido de tan feliz memoria?
En el Tabasco nuevo de un jaguar despertado
por los antiguos pájaros que enseñaron al día
a ponerse la voz igual que una sortija
de frente y de canto.

Jaguar que está en Tabasco y estrena desnudez
y se queda mirando los trajes de la selva,
con una gran penumbra de pereza y desdén.

Por nacer en Tabasco cubro de cercanías
húmedas y vitales el olvido a mi nombre
y otra vez terrenal y nuevo paraíso
mi cuerpo bien herido toda mi sangre corre.

Correr y ya sin nombre y estrenando hojarasca
de siglos.

Correr feliz, feliz de no reconocerse
al invadir las islas de un viaje arena y tibio.

He perdido mi nombre.

¿En qué jirón de bosque habrá quedado?

¿Qué corazón del río lo tendrá como un pez,
sano y salvo?

Me matarán de hambre la aurora y el crepúsculo.
Un pan caliente —el Sol— me dará al mediodía.
Yo era siete y setenta y ahora sólo uno,
uno que vale uno de cerca y lejanía.

El bien bañado río todo desnudo y fuerte,
sin nombre de colores ni de cantos.
Defendido del Sol con la hoja de toh.
Todo será posible menos llamarse Carlos.

Villahermosa, 15 de mayo de 1952

Poemas no coleccionados, 1922-1976

ESTO SOY

NACÍ de olmecas y mayas
y gente española de la montaña y el mar.
Por eso
las cosas saben más de mí
que yo de ellas.
Mi abuela materna
era de sangre indígena.
Mi bisabuelo paterno era peruano.
Soy más agua que tierra
y más fuego que cielo.
Navega en mi sangre
lo más antiguo de México.
Y por el puente de Quetzalcóatl
llegué al taller divino de Jesucristo.
Cristo es Dios; lo demás
es solamente interesante.
Amo más el agua que la tierra
porque ella duplica el cielo.
El viento es mi jirón elemental
y el fuego está en mí
como en el centro de la Tierra.
Gracias a la noche
puedo llevar la cuenta de los días.
He crecido como un árbol
para necesidad de los pájaros.
El jaguar y la serpiente me conocen.
En la piel de uno
el jeroglífico del otro
inscribo. La iguana y yo somos hermanos verdes.

Hay algo en mí de lo que no hablaré
sino hasta el día en que mi corazón enmudezca.
El día en que esto
sea aquello.
El juego saludable
del cielo y la tierra.
Pero pasando
a lo deliciosamente transitorio,
declaro que vivo en mí
para todo y para todos.
El odio animal
se echa a los pies de la Poesía
y descansa un momento
oyendo invisibles coros.
¡Ay de nosotros
si no fuera por la Poesía!
Aunque la realidad, magnífica y sola,
está solamente en Cristo.
Es el Amor
que ha creado el amor.
Yo soy el mendigo de todas las cosas
enriquecido por el Amor.
Flor y canto.
Bolívar
es la montaña de mis ascensiones,
para ver el mundo.
En mi corazón,
está alegremente escondido
Francisco de Asís.
Cuauhtémoc,
enorme diamante sin lágrimas,
que todo lo vio.
Me destrozo y me reintegro con él.
Lo que sea el amor está en mis ojos

para volverme nube en la llanura.
Cuando la sombra está en el cielo
renazco siempre para no olvidarme.

Ella, la Noche, la que me enseña
a ver el Universo.

Aquí estoy, despoblándome de sueños,
yendo a la realidad sin conocerla.

México, D. F., 9 de julio de 1972

Reincidencias, 1978

SONETOS NOCTURNOS

TIEMPO soy entre dos eternidades.
Antes de mí la eternidad y luego
de mí, la eternidad. El fuego;
sombra sola entre inmensas claridades.

Fuego del tiempo, ruidos tempestades;
si con todas mis fuerzas me congreso,
siento enormes los ojos, miro ciego
y oigo caer manzanas soledades.

Dios habita mi muerte, Dios me vive.
Cristo, que fue en el tiempo Dios, derive
gajos perfectos de mi ceiba innata.

Tiempo soy, tiempo último y primero,
el tiempo que no muere y que no mata,
templado de cenit y de lucero.

Sonetos lamentables, 2

EL VIAJE

Y MOVÍ mis enérgicas piernas de caminante
y al monte azul tendí.
Cargué la noche entera en mi dorso de Atlante.
Cantaron los luceros para mí.

Amaneció en el río y lo crucé desnudo
y chorreando la aurora en todo el monte hendí.
Y era el sabor sombrío que da al cacao crudo
cuando al mascar lo muelen los dientes del tapir.

Pidió la luz un hueco para saldar su cuenta
(yo llevaba un puñado de amanecer en mí).
Apretaron los cedros su distancia, y violenta
reunió la sombra el rayo de luz que yo partí.

Sobre las hojas muertas de cien siglos, acampo.
Vengo de la montaña y el azul retoñé.
Arqueo en claro círculo la horizontal del campo.
Sube, sobre mis piernas, todo el cuerpo que alcé.
Rodea el valle. Hablo,
y alrededor, la vida, sabe lo que yo sé.

4 de noviembre de 1946

Subordinaciones, 1949

SONETOS DOLOROSOS

HE PASADO la vida con los ojos
en las manos y el habla en paladeo
de color y volumen y floreo
de todos los jardines en manojos.

¡Con cuánta agilidad robé cerrojos!
No conoció la lengua titubeo;
y después de geográfico cateo
amorateé el azul desde altos rojos.

Ya con las piernas de un camino hermoso
sudé para sentir en el reposo
los hilos de la brisa humedecidos.

Si mi sombra a mi cuerpo corresponde
es que el silencio aconteció entre ruidos
y ha sabido saber cómo y adónde.

Sonetos para el altar de la Virgen

SEÑAS PARA UN RETRATO

UNA

Soy fiel a mi palabra:
lo diga el colibrí de florido momento.
Que se desnude el día y lo declare.
Que se agriete la tierra
para emitir su voto.
Que si hay un día nublado,
él sabe lo que me cuesta callarme.

Nunca he dicho no a nada.
Aunque sí:
 siempre he dicho no a la traición.
Me duele el alma
del apóstol vendedor.
¡Cómo habrá sido
la mirada de Cristo aquella tarde!
¡Con cuánta alegría
soy fruto de humildad!
Ando por todas partes,
libre,
sin que nadie me vea.

Lomas de Chapultepec, 25 de marzo de 1972

DOS

Camino firme
y con la cabeza

hermosamente en su lugar.
Trátese del mar o del cielo,
llevo siempre
la cabeza en su lugar.
Al encender el día,
mis manos esconden
lo que de estrella haya tenido mi sueño.
Y la vellosidad
de mi pecho y de mi vientre
indican la orientación del viento.
Mi sexo es fruto variable
de las órdenes del día
y la hechura de mis piernas
es cosa habida en la montaña.
Siempre mi boca
anda por mis ojos.
Mi voz es la del viento entre los árboles.
Acto de presencia al medio día,
y a espaldas de la tarde,
me llevo lo que puedo
para esperar la noche.

26 de marzo de 1972

TRES

Si al tocar la puerta
veo que nadie sale,
camino un poco más y pido
la limosna que me corresponde.
Lo que pido
es porque creo que me pertenece
así sea
de la noche a la mañana.

Cuando hablo no pido
porque me están mirando.
Cuántas puertas se cierran
para dejarme abrir una ventana.

Lomas de Chapultepec, 26 de marzo de 1972

Y CUATRO

La medianoche cae sobre mis labios.
¡Ni hablar! digo como todo el mundo.
Que el sueño tenga la categoría
de la media noche.
Que todo lo que sea para mí
lo tenga yo sin dármelo.
Que amanezca en mis ojos,
tan luminosamente,
que me quede mirándola
dormir,
la poesía.
Que yo sea su sueño
en el agua más limpia de la luz.
Diamante enorme de la medianoche.
Ancla que tocó el fondo.
Voluntad absoluta
de cuanto soy.
¿Una palabra más?
Ni una palabra.

Lomas de Chapultepec, 9 de mayo de 1972

Reincidencias, 1978

“DE AQUELLA LIBERTAD QUEDÉ CAUTIVO”

SÚPLICA

QUÉDATE CON NOSOTROS,
Niño Jesús,
mientras al pecho de mi madre
vuelve la salud.

2 de febrero de 1949

Poemas no coleccionados, 1922-1976

NOCTURNO A MI MADRE

HACE un momento
mi madre y yo dejamos de rezar.
Entré en mi alcoba y abrí la ventana.
La noche se movió profundamente llena de soledad.
El cielo cae sobre el jardín oscuro.
Y el viento busca entre los árboles
la estrella escondida de la oscuridad.
Huele la noche a ventanas abiertas,
y todo cerca de mí tiene ganas de hablar.
Nunca he estado más cerca de mí que esta noche:
Las islas de mis ausencias me han sacado del fondo del mar.
Hace un momento,
mi madre y yo dejamos de rezar.
Rezar con mi madre ha sido siempre
mi más perfecta felicidad.
Cuando ella dice la oración Magnífica,
verdaderamente glorifica mi alma al Señor y mi espíritu
se llena de gozo para siempre jamás.

Mi madre se llama Deifilia,
que quiere decir hija de Dios, flor de toda verdad.
Estoy pensando en ella con tal fuerza
que siento el oleaje de su sangre en mi sangre
y en mis ojos su luminosidad.
Mi madre es alegre y adora el campo y la lluvia,
y el complicado orden de la ciudad.
Tiene el cabello blanco, y la gracia con que camina
dice de su salud y de su agilidad.

Pero nada, nada es para mí tan hermoso
como acompañarla a rezar.

Todos los días, al responderle las letanías de la Virgen

—Torre de Marfil, Estrella Matinal—,

siento en mí que la suprema poesía
es la voz de mi madre delante del altar.

Hace un momento la oí que abrió su ropero,
hace un momento la oí caminar.

Cuando me enseñó a leer me enseñó también a decir versos,
y por ese tiempo me llevó por primera vez al mar.

Cuando la pobreza se ha quedado a vivir en nuestra casa,
mi madre le ha hecho honores de princesa real.

Doña Deifilia Cámara de Pellicer

es tan ingeniosa y enérgica y alegre como la tierra tropical.

Oigo que mi madre ha salido de su alcoba.

El silencio es tan claro que parece retoñar.

Es un gajo de sombra a cielo abierto,
es una ventana acabada de cerrar.

Bajo la noche la vida crece invisiblemente.

Crece mi corazón como un pez en el mar.

Crece en la oscuridad y fosforece

y sube en el día entre los arrecifes de coral.

Corazón entre náufrago y pirata

que se salva y devuelve lo robado a su lugar.

La noche ahonda su ondulación serena

como la mano que en el agua va la esperanza a colocar.

Hermosa noche. Hermosa noche

en que dichosamente he olvidado callar.

Sobre la superficie de la noche

rayé con el diamante de mi voz inicial.

Mi voz se queda sola entre la noche
ahora que mi madre ha apagado su alcoba.
Yo vigilo su sueño y acomodo sus nubes
y escondo entre mi angustia lo que en mi pecho llora.

Mi voz se queda sola entre la noche
para decirte, oh madre, sin decirlo,
cómo mi corazón disminuirá su toque
cuando tu sueño sea menos tuyo y más mío.

Mi voz se queda sola entre la noche
para escucharme lleno de alegría,
callar por que ella no despierte,
vivir sólo para ella y para ella,
detenerme en la puerta de su alcoba
sintiendo cómo salen de su sueño
las tristezas ocultas,
lo que imagino que por mí entristece
su corazón y el sueño de su sueño.

El ángel alto de la media noche,
llega.
Va repartiendo párpados caídos
y cerrando ventanas
y reuniendo las cosas más lejanas,
y olvidando el olvido.
Poniendo el pan y el agua en la invisible mesa
del olvidado sueño.
Disponiendo el encanto
del tiempo enriquecido sin el tiempo;
el tiempo sin el tiempo que es el sueño,
la lenta espuma esfera
del vasto color sueño;
la cantidad del canto adormecido

en un eco.

El ángel de la noche también sueña.

¡Sólo yo, madre mía, no duermo sin tu sueño!

Las Lomas, 8 de marzo de 1942

Subordinaciones, 1949

SONETOS TODO UN DÍA

I

SIENTO en mi desnudez, rampa y ceniza
por donde suben ángeles de fuego,
caer la lluvia con tendido apego
y en cada poro hallar luz llovediza.

Y soy la nube que en volcán se iza
aparentando sólido sosiego,
y el clima azul del aire solariego
con impalpable don la encoleriza.

Tal pensé y escribí. Y a medio cielo,
el sol igual a mí, desnudo y fuerte,
acompañó mi material desvelo.

Y el campo y yo temblamos de tal suerte
como si en un jardín, a trino y vuelo,
cruzara un ruiseñor lleno de muerte.

II

¡Qué campo, qué esplendor! ¡Con cuánta anchura
se abría el horizonte! En cada hoja
de hierba que palpé, la vida moja
de esbelta sangre la campal cultura.

Y el alma iba hacia Dios, llena de holgura,
sin la tristeza que la vida arroja.

Si pudiera contar hoja por hoja
fuera suma menor a mi ventura.

Al rumor temporal siguió la eterna
contemplación. El cielo se prosterna
ante Aquel que es Pre-Esencia y es Misterio.

Qué hermoso estaba el aire de aquel día
en que lo más azul del planisferio
fue un ruidoso fulgor que se pudría.

III

Al regresar del campo, atardeciendo,
hallé a mi madre junto a la ventana,
y al besarla sentí la fuerza arcana,
lo que hoy a luces sin clamor trasciendo.

Y estuve en Dios con ella. Y hoy extendo
toda mi vida en esta noche humana
en que relampaguea y acampana
mi voz que en el "Magnificat" suspendo.

Dios y Señor: levanta en mi camino
poderosa espiral, y en torbellino
esta ceniza en fuego que has creado

llegue a tu pie. Hábitame y señala
mi pecho como el sueño abandonado
al que de pronto le surgiera un ala.

¡Si otra vez fueran dos! ¡Si yo pudiera
ser el ángel que fui! ¡Si en cada mano
llevara yo los puños de ese grano
misterioso que al monte es primavera!

Si delante de mí se detuviera
el árbol que camina por el llano
y con la voz frutal dijera: hermano,
¿cómo puedes sembrar la primavera?

A veces siento que con poco ahínco
y en la fertilidad de un hondo brinco
podré saltar del mar a la otra orilla.

Y entre soberbias y lujurias canto
sabiendo que del roble soy astilla
y del desorden el bestial encanto.

Sonetos lamentables

SONETOS BAJO EL SIGNO DE LA CRUZ

I

ALCÉ los brazos y la cruz humana
que fue mi cuerpo así, cielos y tierra
en su sangre alojó. Su paz, su guerra,
su nube palomar, su piedra arcana.

¡Cómo sentí en mis brazos la campana
del aire azul! Y el pie que desentierra
su pisada en la tierra que lo encierra.
Del corazón salía la mañana.

Y cuerpo en cruz, el corazón abierto
—pájaros de diamante en aire vivo—
brotó y el aire fue el más claro huerto.

De aquella libertad quedé cautivo.
Bebíendome la sed planté el desierto
y del sol en el cielo fui nativo.

II

Una vez, una noche en Palestina,
el cielo cintiló y alcé el oído
y abrí los brazos y oculté al olvido
la nube de su pálida cortina.

¡Jesús, tú que eres Dios!, dije y divina
la sangre derramó su vaso herido

sobre la mesa festival crecido
como rosa alcanzada por su espina.

Aquella noche llena de luceros
oí mi voz por vez primera —aleros
de la primera voz—. Y el alma cupo

en el paisaje inmenso. Poesía,
mira, calla, ven, ve, vuelve a tu grupo
y escucha la perfecta melodía.

III

Cuando tenga en mi voz el agua clara
de ser con los demás como conmigo,
del agua montañosa seré amigo
junto al hermoso mar que se acitara.

Cítara el huracán tendrá por cara
y azul la mano de rozar el trigo.
Toda criatura me dirá: “contigo”,
cuando en el agua escuche mi voz clara.

¡Si yo pudiera levantar los brazos
y abrirlos como en fruto bien maduro
hace el árbol al sol! A tus hachazos,

oh vida, mucha rama está cayendo.
Tal vez queden las dos que el tronco oscuro
entre sombras y estrellas va pidiendo.

Las Lomas, noche del 23 de enero de 1940

Práctica de vuelo, 1956

NO LO sé, pero un día bueno y sano
y hermoso de estar lleno de alegría,
sangrando todo un fruto de energía,
saldré a buscarte con el sol mediano.

Seré de tus palabras artesano,
tan silenciosamente que ese día
junto al mar o en profunda serranía,
veré la luz saliendo de mi mano.

Y te diré: Señor, yo nada entiendo;
por Ti la sombra de mi vida enciendo
como Tú de la noche das el día.

Y si me miras un instante apenas
sembraré entre las rocas azucenas
y junto a mí estará la lejanía.

Sonetos para el altar de la Virgen

¿QUIÉN es aquel que viene como sobre un compacto
rebaño al que jamás cortáronle el vellón?

¿Quién es aquel que trae maravilloso el manto
como jirón de sol?

¿A dónde va ese esbelto fantasma luminoso
que viene iluminando los músculos del mar?

Y pasó Jesucristo, divino y melancólico.

¡Cuando estalló la aurora, volvimos a llorar!

Colores en el mar, 1915-1920

SONETOS A LOS ARCÁNGELES

A José Bergamín

MIGUEL

AL RIESGO y la virtud libró su vuelo;
y el pie que alzó entre brisas luminosas
tocó la oscuridad y las ruidosas
orillas donde el monstruo hunde su suelo.

Se oyó el abismo de la tierra al cielo.
Y ante el mundo sangrante de las cosas
cortó el arcángel las pestilenciosas
cabezas de volcánico flagelo.

La Virgen de las vírgenes subía
del cielo que enfloró con nuevas voces
a otro cielo de incógnita alegría.

Suspendiendo los coros de la vida
pasó el arcángel —nube y luz veloces—
punzando estrellas con su espada henchida.

Sonetos lamentables

AVE MARÍA

I

¿CON qué mano de luz —y así no leve—
las manos arcangélicas llevaron
el gran lirio de Dios y deliraron
bajo la luz que en su presencia llueve?

Late inmensa la noche y todo mueve:
árboles que los ángeles plantaron,
sílabas que las aves ocultaron,
el agua azul y su tardanza breve.

El aire que su túnica despliega
baila ligeramente; se despega
de todo objeto la engañosa tara.

El mar coordina su paisaje a fondo.
Y un lirio submarino se declara
y sube, lentamente, desde el fondo.

III

Abril que en Nazaret cipreses toca,
imán de cantos en su boca tiene.
Ya está el día moreno. Su alma viene
toda en las luces que le da su boca.

Acodó pensamientos en la roca
feliz como el azul que lo retiene.

Cuando la Virgen a la fuente viene,
un lucero en sus hombros se coloca.

Mientras llena sus cántaros, el viento
mueve su cabellera. (El joven viento
de abril.) La tarde canta y enmudece.

Canta y enmudece. Canta y mira
a la Virgen que vuelve y que suspira
y a las primeras sombras resplandece.

Sonetos para el altar de la Virgen

“REGINA COELI”

I

Ojos para mirar lo no mirado;
oídos para oír lo nunca oído.
Ritmo de más nivel no fue sonido;
el sol de junio, teatro desolado.

Tacto para tocar lo no tocado;
olfato para oler lo nunca olido.
La mano que rocé, un día herido.
Abril en flor jardín jamás plantado.

Lengua para decir aquel lenguaje
que oiga la luz en el primer celaje.
Cuerpo para encerrar otros sentidos;

sangre que en las arterias se amotina
por correr en el aire que origine
eternos corazones sin latidos.

Sonetos para el altar de la Virgen

NADA como la noche
para llenarnos de todo.
Entonces no soy yo:
somos nosotros.

La Luz que se ha encendido
nos ayuda a entender
lo que es la eternidad:
es un acto de fe.

Porque antes que el átomo
está Dios,
en esta noche humilde
Pan diamante nos dio.

En la Luz desta noche
levantó la señal.
Dios es amor,
amor-eternidad.

La Creación
es un acto de Amor.
También entre las rocas
nace la flor.

El árbol de la noche
y los lagos del día,
caminan con nosotros,
son el guía.
Con árboles y pájaros,
con aguas y lejanías,

ofrezcámonos perdonar para siempre:
sólo así tendremos
la eterna alegría.

Así nos lo dijo
el Joven Obrero
de carpintería:

Jesucristo—Dios,
alegría, alegría, alegría.

24 de diciembre de 1975

Casillas para el Nacimiento, 33

LA NOCHE

LA NOCHE
esa doncella de mirada entreabierta
y corazón azul
ha escogido una estrella
para encenderle al mundo
—por fin—
la eterna Luz.

Entre ruinas de adobes,
la Luz nacida
sólo tiene palabras
de eterna Vida.

El universo brilla
sobre los cielos,
pide perdón por todos
y anuncia Gloria.

La hermosa llamarada
de nuestro pecho
—si nosotros queremos—
será una rosa.

Kyrie eleison, decimos,
y después ¡Gloria!
¡Kyrie eleison!
¡Gloria! ¡Gloria!

Con un volcán, la tierra
voces dio, todas fuego.

El corazón del mundo,
de honda pasión es dueño.

Compartamos la vida
tan generosamente
que una nueva, inmensa alegría
nos llene.

El árbol que está solo
mitad de la llanura
nos mira desde todas las posturas.

¿Será tal vez el alma del pintor, doctor Atl?
Doctor agua,
doctor ola,
doctor alma.

Hombre paisaje y fuego,
hombre libertad y amor.
Su soledad fue
como una enorme flor.

Este paisaje nuestro
por él tiene color.
Nuestro Señor,
cielos y tierra
muy hondamente lo miró.

Miró al pintor
y la paleta
fue toda luz
a toda voz.

Nacimiento, 1964

El Sol en un pesebre. Nacimientos, 1987

LA PALABRA EN LA NOCHE

LA PALABRA en la noche,
fuego sin llama,
profundo acorde.

Lo que se quema
va en la palabra
junto a una estrella.

Arde en el alma
la luz de un rayo
de sol que canta.

Incendio a oscuras,
lengua de Cristo
que se empurpura.

Junto a los árboles
se ve la música
que son los ángeles.

Sólo el amor de Cristo
tiene montañas
con vistas al infinito.

Entre altos riesgos
salva el pastor
todo su anhelo.

Así nosotros
a flor de cielo
dar fuego a tierra.

Fuego de Cristo
que a toda hora
lo necesito.

Señor de cielos y tierras,
¿cuándo seré
diamante de humildad
para ver tu grandeza?

Víspera de Navidad, 1974

Casillas para el Nacimiento, 1987

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS DE LOS POEMAS

- "Eternidad", 6, 7 *poemas*, 1924, *Pellicer* 1981, p. 101.
- "A la poesía", *Camino*, 1929, *Pellicer* 1981, pp. 174-175.
- "Grupos de figuras", *Hora de junio*, 1937, *Pellicer* 1981, pp. 231-233.
- "El mar —que no es un aspecto físico del Mundo—", *Colores en el mar*, 1915-1920, *Pellicer* 1981, p. 13.
- "Lanzó el mar el gran grito de la aurora", *Colores en el mar*, 1915-1920, *Pellicer* 1981, pp. 13-14.
- "Dúos marinos", *Hora de junio*, 1937, *Pellicer* 1981, pp. 225-226.
- "Al dejar un alma", 6, 7 *poemas*, 1924, *Pellicer* 1981, pp. 109-110.
- "Soledad", *Piedra de sacrificios*, 1934, *Pellicer* 1981, p. 95.
- "Grupos de palomas: 1. 'Los grupos de palomas'. 2. 'La gris es una joven extranjera'. 3. 'Hay una casi negra'. 4. 'La inevitablemente blanca'. 5. 'Corre un automóvil y las palomas vuelan'", *Hora y 20*, 1927, *Pellicer* 1981, pp. 141-142.
- "Poética del paisaje", *Hora de junio*, 1937, *Pellicer* 1981, pp. 237-238.
- "Poema elemental: 'El aire'; 'El agua'; 'El fuego'; 'La tierra'; 'La muerte'; 'Envío'", *Camino*, 1929, *Pellicer* 1981, pp. 175-180.
- "Invitación al paisaje", *Hora de junio*, 1937, *Pellicer* 1981, pp. 285-287.
- "Paisajes: 1. 'Cuando los árboles entraban a la casa'. 2. 'Yo estaba azul de ausencia'", *Hora y 20*, 1927, *Pellicer* 1981, pp. 144-145.
- "Nocturno de Constantinopla", *Hora y 20*, 1927, *Pellicer* 1981, pp. 153-154.
- "El paisaje decía", *Recinto y otras imágenes*, 7; 1941, *Pellicer* 1981, pp. 280-281.
- "Yo acaricio el paisaje", *Recinto y otras imágenes*, 3; 1941 *Pellicer* 1981, pp. 277-278.

- “Que se cierre esa puerta”, *Recinto y otras imágenes*, 2; 1941, *Pellicer 1981*, pp. 278-279.
- “Vida”, *Recinto y otras imágenes*, 4; 1941, *Pellicer 1981*, pp. 278-279.
- “Con cuánta luz camino”, *Recinto y otras imágenes*, 6; 1941, *Pellicer 1981*, p. 280.
- “Estudios: 1. ‘Vida’. 2. ‘Apenas te conozco y ya me digo’”, *Recinto y otras imágenes*, 1941, *Pellicer 1981*, pp. 318-319.
- “Antes que otro poema”, *Recinto y otras imágenes*, 1941, *Pellicer 1981*, pp. 275-276.
- “Tú eres más que mis ojos porque ves”, *Recinto y otras imágenes*, 8; 1941, *Pellicer 1981*, p. 281.
- “Ya nada tengo yo que sea mío”, *Recinto y otras imágenes*, 10; 1941, *Pellicer 1981*, pp. 283-284.
- “Yo leía poemas y tú estabas”, *Recinto y otras imágenes*, 9; 1941, *Pellicer 1981*, pp. 282-283.
- “La primera tristeza ha llegado”, *Recinto y otras imágenes*, 11; 1941, *Pellicer 1981*, pp. 284-285.
- “Si junto a ti las horas se apresuran”, *Recinto y otras imágenes*, 5; 1941, *Pellicer 1981*, p. 279.
- “En el silencio de la casa, tú”, *Recinto y otras imágenes*, 12; 1941, *Pellicer 1981*, pp. 285-286.
- “Tu amor es el erario inagotable”, *Recinto y otras imágenes*, 13; 1941, *Pellicer 1981*, p. 286.
- “Cuando mis fuertes brazos te reciban”, *Recinto y otras imágenes*, 14; 1941, *Pellicer 1981*, pp. 286-287.
- “Fin del nombre amado”, *Recinto y otras imágenes*, 15; 1941, *Pellicer 1981*, p. 287.
- “Solferinos de medianoche: 1. ‘Vivo en una nube’. 2. ‘La permanencia es el instante’. 3. ‘La noche es más de día por dentro y por fuera’. 4. ‘Todo en la noche’. 5. ‘Siempre la confirmación’”, *Reincidencias*, 1978, *Pellicer 1981*, pp. 571-573.
- “Lúcida así...”, *Subordinaciones*, 1949, *Pellicer 1981*, p. 365.
- “El recuerdo”, *Hora y 20*, 1927, *Pellicer 1981*, pp. 139-140.
- “Pasé todo el día...”, *Colores en el mar*, 1915-1920, *Pellicer 1981*, p. 32.

- “¿Quién que venga a decir: ‘Tu cruz es mía’”, *Poemas no coleccionados*, 1922-1976, *Pellicer 1981*, p. 631.
- “Instante y línea para Alfonso Ruisoto”, *Reincidencias*, 1978, *Pellicer 1981*, pp. 167-168.
- “Deseos”, 6, 7 *poemas*, 1924, *Pellicer 1981*, p. 118.
- “Poema pródigo”, *Hora de junio*, 1937, *Pellicer 1981*, p. 253.
- “Esquemas para una oda tropical”, *Hora de junio*, 1937, *Pellicer 1981*, pp. 216-220.
- “Tres recuerdos: 1. ‘Campo de espigas’. 2. ‘¿Dónde encontrar una palabra nueva...?’. 3. ‘Objetos colocados’”, *Recinto y otras imágenes*, 1941, *Pellicer 1981*, pp. 325-326.
- “Estrofas de campo y lluvia”, *Hora de junio*, 1937, *Pellicer 1981*, pp. 247-249.
- “Madrigal de junio”, *Subordinaciones*, 1949, *Pellicer 1981*, p. 216.
- “Hora de junio”, *Hora de junio*, 1937, *Pellicer 1981*, p. 216.
- “—Soneto: ‘Junio, voz de la luz...’”, *Subordinaciones*, 1949, *Pellicer 1981*, p. 360.
- “Horas de junio: ‘Vuelvo a ti soledad, agua vacía’. ‘Junio me dio la voz’”, *Hora de junio*, 1937, *Pellicer 1981*, pp. 227-228.
- “Hoy hace un año, Junio, que nos viste”, *Hora de junio*, 1937, *Pellicer 1981*, p. 228.
- “Horas de junio: ‘Junio, jardín de junio’. ‘Junio que no cumpliste el cometido’”, *Hora de junio*, 1937, *Pellicer 1981*, pp. 235-236.
- “Poesía: ‘Poesía, verdad, poema mío’”, *Hora de junio*, 1937, *Pellicer 1981*, p. 236.
- “Horas de junio: ‘¿Cuál de todas las sombras es la mía?’; ‘Era mi corazón piedra de río’. ‘En palabras de amor’”, *Hora de junio*, 1937, *Pellicer 1920*, pp. 243-245.
- “Horas de junio: ‘¿Por qué si ya estoy lleno de mí mismo...?’. ‘Esta noche mis ojos no se cierran’. ‘Abrí mi pecho cual una ventana’”, *Hora de junio*, 1937, *Pellicer 1981*, pp. 251-252.
- “Horas de junio: 1. ‘Amor así, tan cerca de la vida’. ‘Éramos la materia de los cielos’. ‘Eso que no se dice ni se canta’”, *Hora de junio*, 1937, *Pellicer 1981*, pp. 257-258.

- "Horas de junio: 1. 'Hora de junio a tiempo fruta viva'. 2. 'A quien trae en las manos la primera'. 3. 'A junio acicalé con honda mano'", *Recinto y otras imágenes*, 1941, *Pellicer 1981*, pp. 316-317.
- "Junio, Gabriel, anunciación florida", *Poemas no coleccionados*, 1922-1976, *Pellicer 1981*, pp. 635-636.
- "Soneto: 'Labró junio otra vez en carne viva'", *Subordinaciones*, 1949, *Pellicer 1981*, p. 363.
- "Dos sonetos de junio", *Reincidencias*, 1978, *Pellicer 1981*, pp. 583-584.
- "Diciéndole a José Gorostiza: 1. '¿Ya te diste cuenta de que en Junio el día...?'. 2. 'La ventana soy yo. El todo afuera'. 3. 'Tu ausencia es para siempre. Te quedaste'", *Reincidencias*, 1978, *Pellicer 1981*, pp. 595-597.
- "Oigo que hablas de amor y se corona", *Poemas no coleccionados*, 1922-1976, *Pellicer 1981*, pp. 630-631.
- "Soneto: 'El tiempo que nos une y nos divide'", *Poemas no coleccionados*, 1922-1976, *Pellicer 1981*, p. 663.
- "Recuerdos, 3: 'Antes era Junio...'", *Poemas no coleccionados*, 1922-1976, *Pellicer 1981*, p. 656.
- "Septiembre", *Subordinaciones*, 1949, *Pellicer 1981*, pp. 365-367.
- "Estudio: 'Esta fuente no es más que el varillaje'", *Hora y 20*, 1927, *Pellicer 1981*, p. 161.
- "Anuncio", *Poemas no coleccionados*, 1922-1976, *Pellicer 1981*, pp. 617-618.
- "Las colinas", *Hora y 20*, 1927, *Pellicer 1981*, pp. 142-144.
- "Estudio: 'La sandía pintada de prisa'", *Hora y 20*, 1927, *Pellicer 1981*, p. 146.
- "A Héctor Cruz: 1. 'Y así voy con los ojos en las manos'. 2. 'Pero algo más debo decir a punto'", *Reincidencias*, 1978, *Pellicer 1981*, pp. 594-595.
- "Soneto: 'Adolfo, si en tus ojos o en los míos'", *Poemas no coleccionados*, 1922-1976, *Pellicer 1981*, p. 662.
- "Tres sonetos a Frida Kahlo: 1. 'Si en tu vientre acampó la prodigiosa'. 2. 'Como quien tiene flores en las manos'. 3. 'Cero a la

- izquierda, nada. Yo te digo", *Poemas no coleccionados*, 1922-1976, *Pellicer 1981*, pp. 647-649.
- "Soneto con un Velasco para mi sobrino Juan", *Reincidencias*, 1978, *Pellicer 1981*, pp. 597-598.
- "Ruego", *Hora y 20*, 1927, *Pellicer 1981*, p. 173.
- "La danza", *Hora y 20*, 1927, *Pellicer 1981*, p. 170.
- "Estudio y poema", *Hora y 20*, 1927, *Pellicer 1981*, pp. 170-173.
- "Lutos por Antonia Mercé", *Recinto y otras imágenes*, 1941, *Pellicer 1981*, pp. 314-316.
- "Soneto a causa del tercer viaje a Palestina", *Práctica de vuelo*, 1956, *Pellicer 1981*, p. 399.
- "Tríptico: 1. 'En Atenas'. 2. 'En Esmirna'. 3. 'En Chipre'", *Hora y 20*, 1927, *Pellicer 1981*, pp. 151-152.
- "Concierto breve. Brujas", *Camino*, 1929, *Pellicer 1981*, pp. 208-212.
- "Estudios venecianos", *Camino*, 1929, *Pellicer 1981*, pp. 193-195.
- "Cuba", *Camino*, 19; 1929, *Pellicer 1981*, pp. 90-91.
- "Estudio: 'Jugaré con las casas de Curazao'", *Colores en el mar*, 1915-1920, *Pellicer 1981*, pp. 23-24.
- "Surgente fin", *Cuerdas, percusión y alientos*, 1976, *Pellicer 1981*, pp. 459-464.
- "América mía", *Piedra de sacrificios*, 9; 1924, *Pellicer 1981*, pp. 73-75.
- "Divagación del puerto", *Piedra de sacrificios*, 10; 1924, *Pellicer 1981*, pp. 75-77.
- "Una tarde", *Piedra de sacrificios*, 20; 1924, *Pellicer 1981*, p. 91.
- "Elegía", *Piedra de sacrificios*, 23; 1924, *Pellicer 1981*, pp. 94-95.
- "Jesús, te has olvidado de mi América", *Piedra de sacrificios*, 26; 1924, *Pellicer 1981*, pp. 96-97.
- "Historia", *Piedra de sacrificios*, 22; 1924, *Pellicer 1981*, pp. 93-94.
- "Bolívar", *Exágonos*, 1941, *Pellicer 1981*, p. 266.
- "A Bolívar", *Colores en el mar*, 1915-1920, *Pellicer 1981*, pp. 49-50.
- "Soneto: 'Piedra que va a crecer...'", *Subordinaciones*, 1949, *Pellicer 1981*, pp. 361-362.
- "Balada trágica del corazón", *Camino*, 16; 1929, *Pellicer 1981*, pp. 86-87.

- "Romance de Pativilca", *Camino*, 17; 1929, *Pellicer 1981*, pp. 87-88.
- "Elegía ditirámica", *Hora y 20*, 1927, *Pellicer 1981*, pp. 147-150.
- "Las estrofas a José Martí", *Cuerdas, percusión y alientos*, 1976, *Pellicer 1981*, pp. 470-471.
- "Líneas por el Che Guevara", *Cuerdas, percusión y alientos*, 1976, *Pellicer 1981*, pp. 458-459.
- "Oda a Cuauhtémoc: 1. 'Señor, tu voluntad era tan bella'. 2. 'Consagremos al primero de los mexicanos'. 3. 'Y es así como en este día'. 4. 'Y ahora mismo todavía'", *Piedra de sacrificios*, 1924, *Pellicer 1981*, 97-100.
- "Con palabras y fuego", *Poemas no coleccionados*, 1922-1976, *Pellicer 1981*, pp. 691-697.
- "Estudios, 3", *Hora y 20*, 1927, *Pellicer 1981*, pp. 166-167.
- "Noticias sobre Netzahualcóyotl y algunos sentimientos", *Cuerdas, percusión y alientos*, 1976, *Pellicer 1981*, pp. 464-468.
- "Elegía: 'Caballero Águila'", *Piedra de sacrificios*, 21; 1924, *Pellicer 1981*, pp. 92-93.
- "Tempestad y calma en honor de Morelos: 1. 'Imaginad'. 2. 'Un muchacho, de pie, que ha trabajado'", *Subordinaciones*, 1949, *Pellicer 1981*, pp. 381-384.
- "Con fuego vegetal. Lázaro Cárdenas", *Poemas no coleccionados*, 1922-1976, *Pellicer 1981*, pp. 720-721.
- "Sonetos fraternales: Hermano Sol, Nuestro Padre San Francisco", *Sonetos lamentables*, *Pellicer 1981*, pp. 422-423.
- "Estrofa al viento del otoño", *Piedra de sacrificios*, 1924, *Pellicer 1981*, pp. 84-85.
- "Homenaje a Amado Nervo", *Colores en el mar*, 1915-1920, *Pellicer 1981*, pp. 51-53.
- "Poema en dos imágenes. Ramón López Velarde: 2. 'La segunda'", *Cuerdas, percusión y alientos*, 1976, *Pellicer 1981*, pp. 180-185.
- "La oda a Díaz Mirón", *Camino*, 1929, *Pellicer 1981*, pp. 180-185.
- "Tres notas para un retrato de Alfonso Reyes: 1. 'La palabra a la mano y en la mano'. 2. 'En el espacio de una perla cabe'. 3. 'Si sacar las palomas del sombrero'", *Poemas no coleccionados*, 1922-

- 1976, *Pellicer* 1981, pp. 681-683.
- "Soneto: 'Mírala aquí —ciudad y poesía—'", *Subordinaciones*, 1949, *Pellicer* 1981, p. 361.
- "Soneto: 'Jorge, sobre las rocas...'", *Subordinaciones*, 1949, *Pellicer* 1981, p. 362.
- "¡Saber una palabra!", *Piedra de sacrificios*, 15; 1924, *Pellicer* 1981, p. 85.
- "Fragmentos", *Camino*, 1929, *Pellicer* 1981, pp. 187-189.
- "Las palabras emigran", *Recinto y otras imágenes*, 17; 1941, *Pellicer* 1981, p. 289.
- "La voz", *Hora de junio*, 1937, *Pellicer* 1981, pp. 187-189.
- "En medio de la dicha de mi vida", *Colores en el mar*, 1915-1920, *Pellicer* 1981, pp. 11-12.
- "He olvidado mi nombre", *Poemas no coleccionados*, 1922-1976, *Pellicer* 1981, pp. 645-646.
- "Esto soy", *Reincidencias*, 1978, *Pellicer* 1981, pp. 555-557.
- "Sonetos nocturnos: 2. 'Tiempo soy...'", *Sonetos lamentables*, *Pellicer* 1981, p. 415.
- "El viaje", *Subordinaciones*, 1949, *Pellicer* 1981, p. 331.
- "Sonetos dolorosos: 'He pasado la vida con los ojos'", *Sonetos para el altar de la Virgen*, *Pellicer* 1981, p. 443.
- "Señas para un retrato: 1. 'Soy fiel a mi palabra'. 2. 'Camino firme'. 3. 'Si al tocar la puerta'. 4. 'La medianoche cae sobre mis labios'", *Reincidencias*, 1978, en *Pellicer* 1981, pp. 580-583.
- "Súplica", *Poemas no coleccionados*, 1922-1976, *Pellicer* 1981, p. 636.
- "Nocturno a 'mi madre'", *Subordinaciones*, 1949, *Pellicer* 1981, pp. 378-380.
- "Sonetos todo un día: 1. 'Siento en mi desnudez rampa y ceniza'. 2. '¡Qué campo, qué esplendor!' 3. 'Al regresar del campo'. 4. '¡Si otra vez fueran dos...!'", *Sonetos lamentables*, *Pellicer* 1981, pp. 409-411.
- "Sonetos bajo el signo de la cruz: 1. 'Alcé los brazos y la cruz humana'. 2. 'Una vez, una noche en Palestina'. 3. 'Cuando tenga en mi voz el agua clara'", *Práctica de vuelo*, 1956, *Pellicer* 1981, pp. 399-401.

- "No lo sé, pero un día bueno y sano", *Sonetos para el altar de la Virgen*, Pellicer 1981, p. 449.
- "Quién es aquel que viene..." (Fragmento), *Colores en el mar*, 1915-1920, Pellicer 1981, p. 26.
- "Sonetos a los arcángeles: Miguel", *Sonetos lamentables*, Pellicer 1981, p. 411.
- "Ave María, 1 y 3", *Sonetos para el altar de la Virgen*, Pellicer 1981, pp. 427-428.
- "Regina Coeli", *Sonetos para el altar de la Virgen*, Pellicer 1981, p. 432.
- "Nada como la noche", *Casillas para el Nacimiento*, 33, Pellicer 1981, pp. 771-772.
- "La noche", *El Sol en un pesebre. Nacimientos*, 1987, pp. 81-82.
- "La palabra en la noche", *Casillas para el Nacimiento*, 32, Pellicer 1981, pp. 769-770.

ÍNDICE

I. APUNTE PREVIO

[11]

II. "POEMA Y POESÍA" EN LA OBRA DE CARLOS PELLICER

"Poema y poesía" en la obra de Carlos Pellicer	17
Contexto histórico-cultural y visión del mundo	20
De la poesía a una estética.	41
El motivo de junio en los poemas de Carlos Pellicer.	53
Voz y escritura	84
De la contemplación a la mística	85
Bibliografía citada	87

III. LOS POEMAS EN BUSCA DE LA POESÍA

Eternidad	99
A la poesía	100
Grupos de figuras	102

IV. LOS MOTIVOS DEL POETA Y EL AMOR

"¡El mar, y siempre el mar!"

El mar —que no es un aspecto físico del mundo...	109
Lanzó el mar el gran grito de la aurora...	110
Dúos marinos	111
Al dejar un alma	114

"Perfumes y palomas espirales / ala de aroma..."

Soledad.	115
Grupos de palomas	116
Poética del paisaje	118

"...La tierra, el agua, el aire, el fuego"

Poema elemental	121
---------------------------	-----

"Yo acaricio el paisaje, / oh adorada persona"

Invitación al paisaje	126
Paisajes.	129
Nocturno de Constantinopla	131
El paisaje decía...	133
Yo acaricio el paisaje...	134
Que se cierre esa puerta...	136
Vida...	138
Con cuánta luz camino...	139
Estudios	140
Antes que otro poema...	142
Tú eres más que mis ojos porque ves...	144
Ya nada tengo yo que sea mío...	145
Yo leía poemas y tú estabas...	146
La primera tristeza ha llegado...	148
Si junto a ti las horas se apresuran...	149
En el silencio de la casa, tú...	150
Tu amor es el erario inagotable...	151
Cuando mis fuertes brazos te reciban...	152
Fin del nombre amado	153
Solferinos de medianoche.	154
Lúcida así...	156

"Pasé todo el día pensando en sus manos y luego me puse a cantar"

El recuerdo.	157
Pasé todo el día pensando en sus manos...	159
¿Quién que venga a decir: "tu cruz es mía"...?	160
Instante y línea para Alfonso Ruisoto.	161
Deseos	162
Poema pródigo.	163
Esquemas para una oda tropical	165

"Junio, voz de la luz, mitad sonora"

Tres recuerdos	169
Estrofas de campo y lluvia	171
Madrigal de junio	174
Hora de Junio	175
Soneto	176
Horas de junio	177
Junio me dio la voz	178
Hoy hace un año, Junio, que nos viste	179
Horas de junio	180
Junio que no cumpliste el prometido	181
Poesía	182
Horas de junio	183
Era mi corazón piedra de río	184
En palabras de amor	185
Horas de junio	186
Esta noche mis ojos no se cierran	187
Abrí mi pecho cual una ventana	188
Horas de junio	189
Éramos la materia de los cielos	190
Eso que no se dice ni se canta	191
Horas de junio	192
Junio, Gabriel, anunciación florida	194
Soneto	195
Dos sonetos de junio	196
Diciéndole a José Gorostiza	198
Oigo que hablas de amor	200
Soneto	201

"Antes era Junio. Ahora es Septiembre"

Recuerdos	202
Septiembre	203

"Y así voy con los ojos en las manos"

Estudio	206
Anuncio	207

Las colinas	209
Estudio.	211
A Héctor Cruz	213
Soneto	215
Tres sonetos a Frida Kahlo	216
Soneto con un Velasco para mi sobrino Juan	219

"Pie fugaz de la danza, pie divino"

Ruego	220
La danza	221
Estudio y poema	222
Lutos por Antonia Mercé.	226

"Geografía del paisaje"

Soneto a causa del tercer viaje a Palestina.	228
Tríptico	229
Concierto breve	231
Estudios venecianos	237
Cuba	240
Estudio.	241
Surgente fin	242
América mía...	247
Divagación del puerto	249
Una tarde	252
Elegía	253

"No sé qué tiene el idioma / cuando los héroes hablan"

Jesús, te has olvidado de mi América...	254
Historia	255
Bolívar	257
Navidad	258
A Bolívar.	260
Soneto	261
Balada trágica del corazón	262
Romance de Pativilca	264
Elegía ditiirámica	267

Las estrofas a José Martí	272
Líneas por el Che Guevara	276
Oda a Cuauhtémoc	278
Con palabras y fuego	282
Estudios (Fragmento).	290
Noticias sobre Netzahualcóyotl y algunos sentimientos	292
Elegía	297
Tempestad y calma en honor de Morelos	299
Con fuego vegetal	304
Sonetos fraternales	306
Estrofa al viento del otoño	309

"Poeta, mira al Sol y apacienta tus sueños"

Homenaje a Amado Nervo	310
Poema en dos imágenes	313
La oda a Díaz Mirón	315
Tres notas para un retrato de Alfonso Reyes	321
Soneto	323
Soneto	324

"Todo, con una sola palabra luminosa"

¡Saber una palabra!...	325
Fragmentos.	326
Las palabras emigran...	329
La voz	330

"Tiempo soy entre dos eternidades"

En medio de la dicha de mi vida...	334
He olvidado mi nombre	336
Esto soy	339
Sonetos nocturnos	342
El viaje.	343
Sonetos dolorosos.	344
Señas para un retrato	345

"De aquella libertad quedé cautivo"

Súplica	348
Nocturno a mi madre	349
Sonetos todo un día	353
Sonetos bajo el signo de la cruz.	356
No lo sé, pero un día bueno y sano...	358
¿Quién es aquel que viene...?	359
Sonetos a los arcángeles.	360
Ave María	361
<i>Regina coeli</i>	363
Nada como la noche...	364
La noche	366
La palabra en la noche	368
Referencias bibliográficas de los poemas	371

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de diciembre de 1998 en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. En su composición, parada en el Taller de Composición Electrónica del PCE, se utilizaron tipos Garamond 3 de 12:14, 11:13 y 10:12 puntos. La edición, que consta de 2000 ejemplares, estuvo al cuidado de
Julio Gallardo Sánchez.



Carlos Pellicer es un poeta deslumbrante y dueño de una de las voces más perdurables de la lírica mexicana del presente siglo.

Octavio Paz afirma: "Con él no nace el mundo: con él, brilla. Apenas roza las cosas, las cambia, las metamorfosea. Sopla sobre la creación y la ordena en un vuelo, en un arrebató mágico. Es el poeta del entusiasmo y el milagro, todo lo que toca resplandece. Sin duda es el más poeta de su generación: el que posee mayor aliento, mayor aire, mayor soplo creador".

Pellicer buscaba el orden luminoso que subyace en la pluralidad desbordada del mundo que le tocó vivir; no por abstracción de sus componentes y sucesos, sino por la disposición de ánimo que quiere abarcar lo aparentemente diverso e inabarcable. Espiga de junio intenta ser, más que una antología, una memorable selección de poemas que muestre todas las facetas de su obra. No hacer parcelas, sino presentar la amplia gama de matices de su expresión y de su sensibilidad. Aspiramos a que este recorrido poético sea el libro deseado que tanto elogian escritores y lectores, porque nos lleva de la mano con el poeta y su mundo, en una vívida complicidad.

El FCE ha publicado de Pellicer en la colección Letras Mexicanas sus Obras y en la colección Tezontle Cartas desde Italia y Con palabras y fuego; con prólogo de José Alvarado, Gabriel Zaid y Guillermo Fernández —este último realizó la selección— apareció en Colección Popular su Primera antología poética. En Espiga de junio, el estudio, la selección y la edición son de Yvette Jiménez de Báez, de quien esta casa editorial ha publicado Juan Rulfo. Del páramo a la esperanza: una lectura crítica de su obra.

Fotografía de la portada: José Báez Espinda

